

René Freund

El amor entre los peces

Traducción
Claudia Toda Castán



ALFAGUARA



Lectulandia

Fred Firneis es un autor de éxito sumido en una profunda crisis personal y creativa. Su editora le recomienda que abandone Berlín y vaya a descansar a una cabaña en los Alpes austriacos, un lugar recóndito en el que ni sus propios fantasmas podrán perseguirlo. Allí conoce a August, un guardabosques dueño de una peculiar filosofía de vida, y, sobre todo, a Mara, estudiante de Biología que está escribiendo una tesis sobre el piscardo, un pez fascinante. El amor parece llamar de nuevo a su puerta y Fred encuentra las fuerzas para escribir. Sin embargo, un día Mara desaparece sin dejar rastro...

Lectulandia

René Freund

El amor entre los peces

ePub r1.0

Titivillus 14.10.2018

Título original: *Liebe unter Fischen*
René Freund, 2014
Traducción: Claudia Toda Castán
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El amor entre los peces

Sobre el autor

Notas

16 de junio

—Contestador de Alfred Firneis. Por favor, no deje un mensaje. No pienso llamarle.

—Saludos, señor Firneis. Soy la señora Beckmann, si es que mi nombre aún le suena. Escuche, ya va siendo hora de hacer algo, de sacar un buen librito. No hace falta que sea mucho, Firneis. Seguro que tiene ya algo en la recámara. Por favor, tenga la amabilidad de llamarme, ya veo que por correo electrónico no hay manera. ¿Le da problemas el ordenador?

18 de junio

—Contestador de Alfred Firneis. Por favor, no deje un mensaje. No pienso llamarle.

—Soy yo otra vez, la señora Beckmann. Escuche, de verdad que va siendo hora de sacar algo nuevo. ¡Los comerciales empiezan a presionarme! ¡Señor Firneis, el mercado se muere por usted! Hemos vendido ciento cincuenta mil ejemplares de *A la luz de los rascacielos*. Y *Más allá de Mitte* está agotado, ahora mismo estamos reimprimiendo. Es usted el único poeta en lengua alemana que hace caja, tiene que escribir más. ¡El mercado olvida rápido! Llámeme lo antes posible, ¡o al menos encienda el móvil!

19 de junio

—Contestador de Alfred Firneis. Por favor, no deje un mensaje. No pienso llamarle.

—Se me ocurre incluso un título para usted, señor Firneis. Algo con Kreuzberg. Algo así como *Querido Kreuzberg*, pero diferente. Con más garra, más poético. Usted sabe a lo que me refiero, Firneis. No podemos perder más tiempo.

19 de junio

SMS: «Estimado señor Firneis: odio su contestador. Por favor, llámeme».

20 de junio

Mensaje en el buzón de voz:

—Querido señor Firneis, sé que está usted en Berlín. Este jueguito suyo es ridículo. Le diré la verdad: ya he anunciado su próximo poemario. Solo nos faltan los textos. ¡Y el título! Yo... En fin, le subo los derechos al once por ciento. ¡Por favor, llámeme! Susanne Beckmann. Soy su editora, por si lo ha olvidado...

21 de junio

«Pues bueno —pensó Susanne—, al final habrá que hacerlo por el camino difícil». No es que le molestara, así al menos saldría de la editorial y, en una tarde soleada como esa, tampoco estaba tan mal. Sin embargo, retrasó un tanto su visita al barrio de Kreuzberg^[1]. Como buena «moderna de Mitte^[2]» (así se autodenominaba) primero disfrutó del paseo de media hora que separaba su oficina, en Tucholskystraße, de su piso, en Kollwitzstraße. Aunque para su gusto la cantidad de iPhones y iPads que se veía por el barrio era exagerada, toda aquella gente joven y elitista la hacía sentirse rejuvenecida y cosmopolita.

Susanne había tenido la suerte de encontrar una vivienda asequible en las inmediaciones del barrio de Prenzlauer Berg^[3] antes del *boom*. Nada menos que un ático con terraza, en la que en ese momento se estaba tomando un café. Le encantaba su pequeño refugio, con el entarimado y la mesa de madera, en el que se reunía algunas noches con sus amigos al amor de una botella de vino y unas velas. No podía ser mejor. En fin, quizá faltaba un hombre para que la perfección fuera completa, como tenía que reconocer si era sincera consigo misma. Claro que había hombres en su vida, pero faltaba *el* hombre. Lo que esperamos de una pareja no disminuye precisamente con la edad, y las expectativas de Susanne eran tan grandes como su determinación de vivir sola antes que con alguien que no la convenciera del todo.

Regó las matas de romero y los pequeños laureles y se dio una ducha fría antes de ponerse en camino a Kreuzberg. Un camino que no emprendía a gusto, no solo por la misión que tenía que cumplir, sino porque Kreuzberg no le entusiasmaba. En especial la zona de Bergmannkiez, donde vivía Alfred Firneis, le parecía un poco mugrienta y completamente sobrevalorada.

La editora Susanne Beckmann se detuvo delante de un edificio y miró la fachada. Las ventanas del segundo piso estaban cerradas y muy sucias. Cogió aire y empujó la pesada puerta de la calle.

Ya arriba, llamó una y otra vez al estridente timbre. En la puerta había una plaquita de latón donde ponía: «Alfred Firneis». Al lado, cuatro agujeritos que demostraban que se había quitado una placa anterior. El descansillo parecía un punto de reciclaje de papel: había pilas de cartas, folletos y paquetes por todas partes. Se quedó inmóvil y escuchó atentamente: alguien se movía dentro del piso. Así que decidió seguir llamando, dando a los timbrazos un ritmo lo más impertinente posible.

Por fin se abrió la puerta. Alfred Firneis apareció ante su editora un poco encorvado, pero en absoluto sorprendido. Llevaba pantalones cortos y una camiseta interior de tirantes, cuyas innumerables manchas bien podían servir para determinar su dieta de los últimos días.

—Lo sabía —dijo.

—Pues si lo sabía, podía haber abierto un poquito antes —contestó ella—. ¿Puedo pasar?

El hombre se hizo ligeramente a un lado:

—No está muy ordenado...

Susanne sorteó a su autor para entrar y la puerta se cerró. La oscuridad reinaba en aquella casa antigua porque la suciedad de los cristales no dejaba pasar la luz. Miró a su alrededor: «*No muy ordenado* es quedarse muy corto —pensó—. Es quedarse cortísimo». En realidad, no había ni un asiento despejado que Alfred pudiera ofrecerle a su editora. Había botellas vacías y semivacías por todas partes. Los ceniceros rebosaban, las cajas de *pizza* con restos y los recipientes de comida china bloqueaban el sofá y las sillas, mientras que montones de periódicos y revistas se apilaban en la mesa.

—¿Quiere algo de beber? —ofreció el escritor—. ¿Jack Daniel's, Smirnoff? Tengo burdeos por algún sitio... ¿O prefiere un montepulciano?

—¿Y algo sin alcohol?

—Agua del grifo.

—Entonces mejor vino.

Cogió una de las copas que andaban por ahí y se la llevó a la cocina. El panorama era peor que en el salón. Alfred la siguió, un poco avergonzado.

—Deje, ya la friego yo —le dijo Susanne, que prefería ir sobre seguro con su copa.

—¿Por qué ha venido?

—Oiga, su fregadero tiene hongos.

—Son para la *pizza funghi*.

Como no encontró ningún trapo que le inspirara confianza, le preguntó con un gesto de la copa aún goteando:

—¿Dónde está el vino?

Por toda respuesta él comenzó una búsqueda que lo llevó a un armario de la cocina, luego a la nevera y finalmente al salón. Pero solo encontraba botellas vacías. Eso sí, por el camino tropezó con el Jack Daniel's y le dio un buen trago directamente a morro. Y es que el *whisky* va muy bien para los sobresaltos, por ejemplo los de una visita inesperada.

—Voy a llamar a la tienda de abajo —dijo al fin—. Aunque es musulmán, Özer me sube vino cuando tiene tiempo. Pero puede que tarde una o dos horas.

—¿Y por qué no baja usted solito a comprarlo?

—No puedo —Susanne lo miró inquisitiva. Él le dio otro trago a la botella y suspiró—: Hace semanas que no salgo a la calle.

—¿Por qué no?

—No me interesa...

—Bueno, pues ahora mismo vamos a salir los dos a buscar esa botella.

—¡Ni hablar! —advirtió que había levantado la voz más de la cuenta y explicó—: Es que verá... Ahí fuera me dan como..., como mareos. A mucha gente le pasa. Como si todo diera vueltas...

—Si le doy la mano, estará a salvo.

—No se moleste, de verdad. Ahí fuera hay demasiado lío para mí. Cuando hay mucha gente, por ejemplo en el supermercado... ¿Conoce la sensación? El corazón se me acelera, se me desboca, me va totalmente irregular. Siento mareos y tengo que volver corriendo a casa. Aquí estoy bien. Así que ahora voy a llamar a Özer. Es uno de los últimos turcos que quedan en Kiez, los están echando esos amiguitos suyos berlineses occidentales de Mitte, con sus cochecitos de niño de superlujo.

—Primero: no son *mis* amiguitos berlineses occidentales. Y segundo: el único inmigrante aquí es usted, que para eso es austriaco.

—Dígame, ¿para qué ha venido?

Susanne se acercó a una de las ventanas del salón y la abrió de par en par:

—Necesita usted ayuda.

El aire fresco entró por la ventana y, con él, el ruido de la calle, unas carcajadas y el canto de los pájaros. El escritor se cruzó de brazos:

—No se debe ayudar a quien no lo ha pedido.

—Alfred, necesita ayuda profesional.

—¿De un psiquiatra?

—Antes que nada, de una señora de la limpieza.

22 de junio

SMS: «Querido Alfred: por favor, encienda el ordenador. Un saludo, Susanne».

SMS: «gracias por la limpieza. me temo que ahora quien necesita ayuda profesional es ella. psicológica, esta vez 😊».

SMS: «Abra el correo electrónico para que pueda escribirle. Me cansa el móvil».

SMS: «no puedo abrir el correo».

SMS: «?».

SMS: «he tirado el portátil».

SMS: «¡¿Con los poemas nuevos dentro?!».

SMS: «no se preocupe. primero lo hice añicos con un martillo y solo después lo eché al contenedor».

Conversación por el móvil:

Susanne: Dígame que era una broma.

Fred: ¿Por qué iba a serlo?

Susanne: ¿De verdad ha destrozado el portátil?

Fred: Sí.

Susanne: Tenemos que hablar.

Fred: No necesito ayuda.

Susanne: ¡Yo sí que necesito ayuda!

Fred: ¿Doméstica o psicológica?

Susanne: Necesito un libro que se venda, y lo necesito con urgencia.

Fred: Pues debería buscarse un buen autor. Inténtelo con una novela negra, parece que funcionan muy bien.

Susanne: Ya sé lo que ha pasado. Ha decidido cambiar de editorial.

Fred: ¿Pero qué dice?

Susanne: Seguro que se ha ido a Suhrkamp.

Fred: No.

Susanne: ¡A Hanser!

Fred: ¡No!

Susanne: ¿Quiere que quedemos a comer?

Fred: No.

Susanne: ¡Por favor, Alfred! Colabore un poco... ¡También usted necesita dinero!

Fred: No puedo. No puedo estar ahí fuera, con toda esa gente...

Susanne: Voy yo a su casa.

Fred: No sé...

Susanne: En dos horas, a las siete estoy allí.

Fred: Hoy ha venido la señora de la limpieza, ya no puedo más. Estoy cansado.

Susanne: Mañana.

Fred: Llámeme mañana.

Susanne: ¡No cogerá el teléfono!

Fred: Bueno...

Susanne: Mañana a las siete estoy en su casa. ¡Adiós!

23 de junio

Alfred Firneis y Susanne Beckmann estaban en casa de este, sentados a la mesa del comedor, que volvía a parecer una mesa de comedor. La señora de la limpieza había hecho un trabajo espectacular.

Mientras el escritor bebía una copa de vino tras otra, la editora vaciaba los recipientes del restaurante de comida asiática. Había dudado si con tres platos para dos personas sería suficiente, pero solo comía ella: pato crujiente, gambas al jengibre, ternera con cilantro.

—También usted podría comer un poco —le dijo a su autor en tono de reproche.

—No tengo hambre, pero hay que reconocer que no está nada mal. Aunque es evidente que no es comida vietnamita sino china. Dicen que es vietnamita solo para hacerse los interesantes.

Entonces sonó el iPhone de Susanne, que siguió pescando gambas con la mano derecha mientras con la izquierda revisaba los nuevos correos y actualizaciones.

Puesto que Fred continuaba bebiendo sin parar y mirando al vacío, decidió tomarse su tiempo para contestar mensajes y, a la vez, inició una conversación:

—Debería comprarse un ordenador o, al menos, una tableta.

—No quiero.

—Tiene que volver a conectarse, tiene que reconectar con el mundo. ¡Debe comunicarse! Espere, le voy a enseñar algo —echó las cáscaras de gamba en un recipiente vacío y se limpió los labios. Cogió el iPhone, tecleó algo y se sentó a su lado—: Mire, esta es la página de Facebook que hemos creado para usted. ¡Tiene 2768 amigos! ¿Se da cuenta? ¡A todos «les gusta»! Lea esto: «*Más allá de Mitte* es el mejor poemario que he leído, el más irónico, jocoso y enigmático. ¡Quiero más!». Esto lo dice una tal Petra. ¡Y fíjese en lo guapa que es! O este otro comentario de Mercedes, de Barcelona: «¡Felicidades a Fred!». En España hemos vendido tres mil ejemplares, por no hablar de Francia, donde les encanta la poesía. *A la luz de los rascacielos* ha vendido allí más de once mil ejemplares. Vea, otro, «*Bonjour, je dévore À la lueur des gratte-ciel. Je ris, je pleure! Merci! Isabelle, Paris*».

—Todo mujeres... —dijo el autor, con un suspiro malhumorado.

—No, no, también hay hombres. Mire, un profesor de Filología Alemana de una universidad de Estados Unidos: «*I loved your books (Jenseits von Mitte and Im Scheim der Wolkenkratzer). Will there be more poems?*». Usted hace feliz a la gente, Alfred, lo quieren. Se mueren por algo nuevo.

—¿Y se puede saber quién demonios la ha autorizado a crear esta página?

—Alfred, la publicidad en los nuevos medios está recogida en el contrato. Sería muy poco profesional no tener una página en Facebook de nuestro autor de mayor éxito.

Y se metió en la boca tres trozos de pato, a lo que él contestó vaciando su copa:

—Seguro que la mayoría ni siquiera se ha leído los poemas. Y si los han leído, no se han enterado. Todo eso son imposturas de mierda. ¿Sabe lo que pienso de Facebook? Que es como los programas *El triunfo de tu vida* o *El mejor talento de Alemania*. ¡Un casting gigantesco! Todo el mundo es a la vez candidato y jurado, y todos tienen que demostrar lo geniales que son y lo bien que les va y lo mucho que se merecen que alguien los quiera. ¡Cuando ellos son los primeros que no se quieren, porque ni saben quiénes son ni qué cualidades tienen...!

—No me venga con discursitos intelectualoides, Alfred.

—Además, Facebook es de anteayer —insistía, testarudo—. ¿Cree que destrocé el ordenador por diversión? Odio esa patética vida virtual. ¡Fíjese! Mientras hablo, su móvil ha hecho *tin-ton-tin* cinco veces, y se ha perdido usted tres llamadas o actualizaciones o SMS o *e-mails* ¡o lo que sea! ¡Todo el día perdiéndonos cosas!

Se sirvió otra copa y encendió un cigarrillo, al que dio una calada furibunda. Susanne suspiró:

—Alfred, usted se emborracha a diario, no escribe una línea y no sale de casa. ¿Qué me dice de eso? ¿Le parece una «vida de verdad» comparada con esa «vida

virtual»? Ni siquiera se atreve a salir a la calle... ¡Tiene miedo!

—¿Cómo dice?

—Reconózcalo: sufre estados de ansiedad y ataques de pánico. Tiene *burnout*, está profesionalmente quemado. Y, si quiere saber mi opinión, se encuentra al borde de una depresión severa.

—¿Ahora es especialista?

—Créame, sé de lo que hablo.

—No me interesa ese rollo psicológico. Cuando quiera puedo ayudarme a mí mismo yo solito.

—¿Me pondría una copa de vino? Se ha bebido casi entera la segunda botella...

—Perdón —y la terminó, llenando por igual ambas copas.

—Vamos, Alfred. Es usted el maestro de la sorpresa, de lo nuevo, de lo fresco —intentaba sonar entusiasta—. Jamás he leído una línea suya que contuviera un cliché. ¿Y ahora esto? El escritor en crisis, solo en su casa sucia y desordenada... ¿No se avergüenza de tanto lugar común?

Tenía que intentarlo: halagar su vanidad, hacerle un pequeño cumplido... Pero en la cara del escritor no apareció ni el más mínimo asomo de una sonrisa. Muy al contrario, afirmó con la mayor convicción:

—Lo que escribo es basura, con clichés o sin ellos. Es así.

Susanne gruñó un poco y apartó nerviosamente a un lado los brotes de soja:

—Vamos, no se ponga dramático.

—Tiene toda la razón. No necesito su compasión.

—No siento ninguna compasión. ¡Soy su editora y lo que quiero es sacar un libro nuevo!

—¡Habla usted mucho! ¡Y muy alto! Ya sé que vive en Prenzlauer Berg y que allí todo el mundo quiere hacerse oír y es superficial, pero creo que usted lo exagera un poco.

—Usted tampoco se queda corto, viviendo en un barrio de pseudobohemios adictos al *latte macchiato*.

Había dado en el blanco. Y es que hacía ya bastante tiempo que Alfred se había planteado mudarse a Neukölln^[4] pero la pereza del traslado había sido más fuerte.

—Esa gente de Mitte la ha contagiado —contraatacó—. Dinero, eso es lo único que quiere. ¡Hacer caja conmigo!

—¡Pues claro! ¿Y sabe por qué? Porque su éxito por poco nos mata. Es un tema de impuestos: por estúpido que suene, ahora tenemos que hacer frente a la vez a los pagos anticipados y a los atrasados. Ahí sí que no hay compasión. Y esto, por cierto, también le afectará a usted.

—Yo soy austriaco.

—No le servirá de mucho. También va a necesitar dinero.

—Pues me dedicaré a otra cosa. A algo que no tenga nada que ver con escribir.

—¡Ya empezamos otra vez!

—No se preocupe, ya lo dejo. Para siempre —se hizo un silencio—. *Tin-ton-tin*. ¿Lo ve? Ya se ha vuelto a perder algo de su vida virtual.

Susanne enterró el móvil en el bolso. Le hubiera encantado marcharse pero no era de las que se rinden y, además, era completamente cierto que necesitaba un *best seller* para sanear las cuentas de la Editorial S. Beckmann. Y el único autor de *best sellers* que tenía era Alfred Firneis. Un poeta. Era para echarse a llorar.

—Alfred, lo que pasó con usted fue un milagro, y lo sabe muy bien. Es casi imposible vender más de quinientos ejemplares de un poemario. Usted, sin embargo, ha vendido más de ciento cincuenta mil ejemplares de cada libro. Si sumamos las ediciones de bolsillo y las traducciones, nos ponemos en casi medio millón. Señor Firneis, eso es un regalo del cielo. ¡Un milagro! No lo desaproveche...

—Los milagros no pueden repetirse.

—¡Pero si usted ya lo ha hecho! Y estoy segura de que sucederá una vez más.

—Yo no.

—¿Y no querría intentarlo?

—Es muy difícil encajar un fracaso después de haber alcanzado el éxito.

—¿Acaso tiene miedo?

Alfred bebió un trago de vino, dio una calada al cigarrillo y reflexionó. Susanne se dio cuenta de que se ablandaba un poco, así que le preguntó:

—¿De qué huye, Fred? —Como no contestaba, añadió—: ¿Aún escribe algo?

—Claro que sí. Pero es todo basura.

—Eso lo dice usted, pero quizá no sea verdad. Déjeme que lo lea.

—Yo mismo me doy cuenta. Antes, con los poemas buenos, sabía más usted que yo. Me abrió puertas hacia lugares que yo no conocía. Pero ahora las puertas están cerradas, y esos lugares han desaparecido...

—¡Escriba sobre eso!

—No.

—¿Y qué hace en todo el día?

—Para ser sincero, no hago gran cosa.

—Ni siquiera tiene televisión...

—La regalé. Un día vi un anuncio en el que salía una vaca en una pradera (una de esas preciosas praderas alpinas austriacas) y se me alegró el corazón. Pero después salía una bandeja de carne y una voz en *off* que decía: «Precios sin piedad. Solomillo de ternera a doce euros con noventa y nueve». Me eché a llorar.

—Hace tiempo habría escrito un poema.

—Tampoco *usted* tiene piedad...

—¿Así que se echó a llorar como un niño y regaló el televisor?

—Sí. Desde entonces solo como *pizzas* vegetarianas y esa cosa china con gambas. «Está loco de verdad», pensó Susanne, y dijo:

—¿Y por qué no hace el Camino de Santiago? Ha ayudado a muchas personas a cambiar de perspectiva.

Él soltó una risa sarcástica:

—Es oír «Camino de Santiago» y me da una crisis.

—Bueno, ya está en crisis, así que...

—... Así que cree que me marcharé y volveré con la mochila cargada de poemas, como un Hape Kerkeling^[5] de la poesía —la interrumpió.

—Solo digo que un cambio de aires le iría bien.

Alfred no contestó. En medio de aquel silencio descorchó la tercera botella de vino tinto y solo se sirvió él.

—Bueno —dijo fríamente—, gracias por venir. Y gracias por el vino.

—Mi padre murió hace tres semanas.

—Lo siento mucho.

—No tiene que sentirlo. Era un hombre amargado. Lo único que quería desde la muerte de mi madre era abandonar él también este mundo. Me da pena pensar en los buenos ratos que aún habría podido disfrutar. Yo no lo veía mucho, vivía en Múnich. Hasta hace dos años pasaba todos los veranos en nuestra cabaña del lago Elbsee, pero luego ya no quiso ir. A pesar de la eslovaca que lo cuidaba, de la que decía que parecía una bailarina de *striptease* y que cocinaba como si lo fuera...

—¿Está intentando decirme algo?

—La cabaña está vacía. Si quiere, puede disfrutar allí de un retiro creativo.

Como no contestaba, ella se puso a recoger los restos de comida sin poder evitar llevarse a la boca algún que otro bocado. Entonces decidió picarlo un poco, se lo tenía merecido:

—¿Y Charlotte? ¿Cuándo se ha ido?

—Hace tres meses. No quiero hablar de eso.

—¿No tiene usted amigos? ¿Un buen amigo?

—No quiero hablar con nadie.

—Le hace falta una musa.

—Déjelo de una vez.

—Necesita una mujer.

—La necesito tanto como un tiro en la rodilla.

Nada más decir eso dio un respingo y se puso en pie. Se tambaleaba y tenía la cara roja, casi amoratada. Empezó a sudar a mares, y el sudor le goteaba por el enmarañado pelo:

—¿Qué vino es este? ¿Californiano? ¡Soy alérgico!

—¡Siéntese! ¡Está rojísimo!

—¡Es por los taninos! —Se arrastró hasta un mueble del salón y sacó un tensiómetro.

—Es del sur de Francia, un vino de agricultura ecológica —lo tranquilizó—. ¡No se mueva mientras se toma la tensión! —Sabía muy bien cómo se hacía, había practicado de sobra en sus escasas visitas a su padre. Se oyó un pitido—: ¿Lo ve? Lo ha hecho mal...

El escritor comenzó de nuevo. Ella se levantó para ver la pantalla del aparato:

—Eso no puede estar bien. Doble el brazo.

Repitió el procedimiento. Los dos contemplaban la pantalla. Alfred susurró:

—Ciento ochenta de tensión ya había tenido antes... ¡Pero ciento noventa y cinco pulsaciones...!

La intranquilidad de Susanne empezó a convertirse en pánico. Apresuradamente le cogió el brazo y le puso los dedos en la muñeca:

—¡Tiene el corazón a mil!

—¡Eso ya lo sé! —Se levantó y fue tambaleándose al sofá, donde se dejó caer con un gemido y acertó a decir—: No se preocupe, se me pasará... Por favor, váyase...

La editora había sacado el móvil del bolso:

—¡Fred! ¡Respire! ¡Procure respirar! Voy a llamar a una ambulancia.

24 de junio

Tres facultativos rodeaban la cama del paciente Alfred Firneis: una doctora de mediana edad, una doctora joven y un doctor. Su aspecto era bastante siniestro, seguramente por culpa de las mascarillas. Nadie que vaya enmascarado puede parecer amable, característica que comparten los ladrones de bancos, los forajidos del Oeste y los médicos.

Los tres observaban los distintos monitores que parecían flotar sobre la cabeza de su paciente, y que mostraban líneas de lo más disarmónicas. El pitido que controlaba la frecuencia cardiaca sonaba de forma atropellada y arrítmica. El médico comprobó los electrodos colocados en los brazos de Alfred y miró el reloj: pasaban cinco minutos de la medianoche.

Las doctoras se miraron. El sonido se convirtió en un chirrido y después en algo parecido a la alarma de un coche. De repente se hizo el silencio. Y, al poco tiempo, comenzó un pitido continuo.

De los monitores desaparecieron las irregulares líneas picudas.

Solo quedó una línea recta.

25 de junio

A pesar de sus años de experiencia la doctora de más edad se asustó al entrar en la habitación, que estaba bañada por el sol. Había un cuerpo en la cama, tapado por una sábana que le cubría también la cabeza.

Con tres grandes pasos sorteó la distancia que la separaba de la cama y tiró de la sábana. Alfred se sobresaltó y se incorporó de inmediato:

—¡Me ha dado un susto de muerte! —exclamó.

—Bueno, bueno... —contestó la doctora, con mirada afable y un fuerte acento berlinés—. ¿Qué? ¿Jugando a los muertos?

—Hay tanta luz que no puedo dormir.

—¿Cómo se siente? ¿Cansado? ¿Agotado?

—Después de esa prueba de esfuerzo, también usted estaría agotada.

La mujer se rio y se sentó en una silla que estaba a un lado de la cama. Al escritor le cayó bien desde el primer momento. El olor a tabaco que desprendía y su cara bronceada y con arrugas bastante marcadas lo tranquilizaban, por lo que se atrevió a formular *la* pregunta:

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Bueno, por eso he venido —él sintió que se ponía pálido y se recostó en la cama—: Esta tarde lo mandamos a casa.

—¿Me dan por perdido? ¿Es que no se puede hacer nada?

—Señor Firneis, está usted perfectamente sano. Aunque, eso sí, anoche estuvo un ratito muerto...

—¿Cómo dice?

—¿Qué sintió? Muchos pacientes dicen que no es muy agradable...

—¡Yo no sentí nada! ¿De verdad estuve muerto?

—En casos indicados detenemos las taquicardias con adenosina.

—¿Lo que quiere decir...?

—Se trata de un método eficaz para detener palpitaciones como las tuyas. Le inyectamos adenosina, una sustancia que causa una breve parada cardiaca. Es una sustancia muy segura, no se preocupe. Su vida media es de tan solo unos segundos y después el corazón vuelve a latir a su ritmo normal. ¿Lo comprende? Es como el botón de reinicio, todo empieza de cero. En su caso, el pulso cayó de doscientas veinte a setenta y cinco pulsaciones en unos pocos segundos.

»Por otro lado, como sabe, entre ayer y hoy le hemos realizado varias pruebas. Pues bien, el electrocardiograma es normal y la ergometría no muestra signos de hipoperfusión causada por el esfuerzo. Se mantiene en ritmo sinusal y su cinética miocárdica es normal a pesar de la sobrecarga. La ecocardiografía arroja una buena función sistólica y no muestra ninguna valvulopatía. En cuanto al metabolismo, hemos detectado eutiroidismo.

—Eurotidismo... —murmuró Alfred, abrumado—. ¿De eso se muere uno?

La doctora se rio:

—*Eutiroidismo* significa que la glándula tiroides funciona de manera normal. Señor Firneis, está usted perfectamente sano.

—Pues a mí no me lo parece.

—Mire, si le vuelve a dar una taquicardia como esa tenga claro que no es peligrosa, no le va a pasar nada. Si quiere un consejo, mójese la cabeza con agua fría, suele ir muy bien. ¡Y haga el favor de fumar menos!

—¿Así que no me van a recetar nada? —Parecía decepcionado.

—Bueno, le puedo dar un betabloqueante, con eso se sentirá tranquilo —y añadió en voz baja—: Algunos colegas se lo recetarían de por vida, por precaución, pero yo

le aconsejo que se tome las pastillas una semana y después tire la caja. Eso sí, yo no le he dicho nada...

—No entiendo...

—Señor Firneis, soy fan suya. Aquí no le dan una habitación individual a cualquiera, ¿sabe? Mire, pensaba que después de leer a Hölderlin y a Klopstock en la escuela no volvería a leer poesía. Pero me encantan sus poemas. Especialmente los de amor.

—Ya, ¿y por eso no me puedo tomar las pastillas...?

—¡Es usted un hombre joven!

Al oír eso, él se incorporó en la cama:

—¡Hacía años que no me decían eso! ¡Enfermera, champán para la señora!

—Hablo en serio, señor Firneis. Los betabloqueantes tienen efectos secundarios que afectan a la función eréctil. Y sería una pena...

El escritor se encogió de hombros. En ese momento aquello no le importaba lo más mínimo, pero no se atrevió a decirlo.

—Además —remarcó la doctora—, no está enfermo.

—¡Eso dice usted!

—Lo dicen todos estos aparatos.

—Pero...

—¡No me interrumpa cuando lo sermoneo! Comprendo que su aguda percepción del mundo no concuerde con los limitados conocimientos de nuestros ordenadores, pero puedo tranquilizarlo: no está ingresado en una clínica del tres al cuarto, ¡esto es la Charité de Berlín!

—Qué honor —gimió irónicamente Alfred.

—Si de verdad quiere librarse de esas taquicardias, solo puedo recomendarle tres opciones. La primera, la psicoterapia.

—Ni hablar.

—La segunda, la meditación.

—Aún peor. Eso de la meditación me saca de quicio.

—La tercera, que se retire por un tiempo. Váyase a un lugar tranquilo, a una cabaña en el monte, por ejemplo.

De pronto, él saltó de la cama, fue a la ventana y se volvió teatralmente hacia la doctora:

—¡Esto es un complot! ¡Confiese que están compinchadas! —Eso de la cabaña no podía ser casualidad. ¿Qué había dicho Susanne? «Disfrute en mi cabaña de un retiro creativo», o algo así. ¡Allí había gato encerrado!

—¿De qué complot habla, señor Firneis?

—¡Del complot de la cabaña!

Se dirigió al armario y empezó nerviosamente a vestirse. La doctora pareció un poco irritada:

—No sé de qué habla. Pero las ideas obsesivas son propias de su cuadro clínico. En fin, ¿no se quiere quedar a comer?

—No, gracias.

—Bueno, pues nada. Adiós, señor Firneis. Me alegraré de que no sea un «hasta la próxima» —ya en la puerta se giró y con voz suave dijo—: Mi nieta acaba de cambiarse de colegio. Tenía mucho miedo de ir al nuevo pero un día me contó cómo lo controlaba: «Abu, cuando no sé qué hacer, hablo con el hada que vive en mi corazón. Siempre me da una respuesta».

Alfred no la estaba escuchando y se quedó mirándola sin saber qué decir... ¿Es que el hada esa también formaba parte del complot?

—Piense en ello, señor Firneis —y la doctora se fue, cerrando la puerta tras de sí.

27 de junio

Llovía desde que Alfred había cruzado el Danubio en Passau. El agua caía a mares por el cristal y los limpiaparabrisas no daban abasto ni puestos al máximo. Al menos ahora avanzaba, después de haber estado en un atasco de veinticinco kilómetros en la autopista A-9 antes de llegar a la salida salvadora en dirección a Hof. De haberlo sabido, habría ido por Gera o por Chemnitz sin importarle que fuera más largo, lo único que quería era avanzar.

Conducía despacio porque había agua en la carretera y su coche no tenía ni ABS ni ESP ni ninguna de esas cosas que no sabía muy bien para qué servían porque no le interesaban. Le parecía ridículo el entusiasmo por los coches y las cosas técnicas o, al menos, hacía como que se lo parecía. No era del todo cierto porque su Mercedes le encantaba; era antiquísimo, automático y de gasolina, uno de esos con los faros delanteros rectangulares.

Iba disfrutando de la maravillosa calefacción, que le mantenía los pies calientes, y de la agradable suavidad de los asientos de cuero. Cuando vio pasar el cartel en el que, dentro de un círculo de estrellas, ponía «República de Austria» no sintió el más mínimo sentimiento patriótico. Claro que le gustaba Austria pero también le gustaba Alemania, su país de adopción, a pesar de que lo habían educado (como a todos los niños austriacos de su tiempo) de una forma muy antialemana. En su casa, en lugar de «alemán» se decía por principio «alemanote» y despedirse con el «hasta luego» alemán suponía quedarse castigado sin salir. El alemanote era ruidoso, sin gusto y pedante, mientras que el austriaco era encantador, elegante y estiloso.

Incluso en aquellos momentos seguía sin gustarle la despedida alemana pero la usaba de vez en cuando para no parecer demasiado estirado utilizando todo el rato «hasta la próxima». Sin embargo, había tenido que incorporar otras palabras que en su infancia habían sido tabú, simplemente porque eran imprescindibles para la vida diaria. Con el paso del tiempo, muchas expresiones alemanas y berlinesas se habían sumado a su idiolecto austriaco. Podía decirse que se había sobrepuesto a aquella

educación antialemana, como demostraba el hecho de que en los grandes campeonatos deportivos simpatizaba con Alemania cuando Austria quedaba eliminada. Y, en general, la verdad es que iba bastante con los alemanes.

¿Por qué demonios había decidido ir a la cabaña? En realidad, no había una razón clara, había sido un acto irreflexivo como muchos otros en su vida. Una vez que Susanne le aseguró que no conocía de nada a la doctora, aquel plan había empezado a interesarle. Al volver del hospital se sentía en su casa aún peor que antes. Quería irse. Instintivamente sabía que si se quedaba entre aquellas cuatro paredes, el ciclo volvería a empezar: el pánico, la desesperación causada por el pánico, la histeria causada por la desesperación... Tenía que aprovechar las energías que le había dado su diagnóstico («perfectamente sano») para liberarse de la prisión de sus malos hábitos, de la bebida, las dudas, el miedo y la desesperación. Debía irse. Pero tenía que ser a algún sitio donde se sintiera protegido, donde pudiera estar solo. Consideró alquilar una casa junto al mar, en el Báltico. La secretaria de la editorial rastreó por todo Internet pero, como era de esperar, resultó imposible encontrar a finales de junio una casa de verano libre y asequible.

Susanne le había enseñado en el mapa dónde se hallaba la cabaña: en Grünbach am Elbsee. Alfred había oído hablar de la región. El valle Elbtal se encontraba en la cara norte de los Alpes y en él estaba el lago Großer Elbsee, el más grande y del que nacía el río Elbfluss. Arriba, en las montañas, estaba el Kleiner Elbsee, más pequeño. A la orilla de este último se encontraba la cabaña, hecha de madera de alerce.

—Es un sitio realmente idílico —le había asegurado ella.

—Un sitio solo es idílico si no le prestas la suficiente atención.

—Si quiere, puede ir escribiendo un librito de aforismos —inmediatamente se corrigió—: Pero no se sienta obligado a nada. Disfrute de su estancia y no piense en escribir. Descanse, respire hondo —como editora experimentada sabía que lo mejor es no presionar a los escritores: es lo único que de verdad los presiona. Ya le había contado dónde encontrar agua y madera, y añadió—: Las llaves las tiene Alois en el bar Gasthof zur Gams. Está en la carretera, en el desvío que lleva al Kleiner Elbsee. Salude a Lois de mi parte y páselo bien.

Ahora, mientras se acercaba a los Alpes, notaba el cansancio en la cabeza. Seguía lloviendo a cántaros y ochenta kilómetros por hora no era una velocidad como para despejarse. Odiaba estar parado, por eso evitaba las áreas de servicio, que además le daban mareos. En el Mercedes se sentía a salvo.

En vista de aquella lluvia se podía haber ahorrado lavar el coche. Cuando lo fue a buscar a la calle lateral en la que llevaba medio año aparcado se lo encontró cubierto de tal capa de suciedad pringosa que había tenido que rascar un agujero en el parabrisas para poder llevarlo al túnel de lavado. Pero enseguida brilló de nuevo: «Solo un Mercedes es un Mercedes», como decía el eslogan. Un eslogan que, en su sencillez, conmovía a Fred como un verso de Rilke.

Al volver a casa había tenido la suerte de encontrar un sitio justo delante del portal. Aparcó y fue a la tienda de Özer, que se alegró mucho de verlo, y compró algunas provisiones: queso de oveja, pan, aceitunas y tomates. Y *jalvás*, un dulce a base de frutos secos que le serviría para emergencias porque un solo bocado te sacia durante días. Y vino, por supuesto. Doce botellas serían suficientes para los primeros días. Aparte de eso no iba a necesitar gran cosa en aquella cabaña, como mucho un poco de ropa y un cepillo de dientes.

Cuando pensó en el vino que llevaba en el maletero recordó el dicho de un sabio colega: «Un día sin vino es como un día sin cerveza». Al final, la perspectiva de una cerveza austriaca, a ser posible una Gösser de barril, lo hizo parar en un área de servicio. Salió del coche y corrió encorvado bajo la lluvia, como si eso fuera a evitar que se mojara.

Nada más entrar en el local empezó a agobiarse. Aquello era espantoso. Los decoradores habían intentado darle el aire idílico de una antigua posada rural pero, para empezar, el supuesto suelo de madera era de plástico imitando tablones. Además, en medio de la sala había marcos de ventana adornados con flores cuya función parecía ser separar el espacio pero cuyo efecto era completamente raro y absurdo. No podían faltar los típicos detalles rústicos, como horcas, rastrillos o ruedas de carro, que estaban por todas partes. Logró llegar hasta la barra. La camarera llevaba un vestido tradicional, un falso *Dirndl*^[6] que más bien parecía un disfraz. Todo en ese sitio era de mentira.

Se agarró a la barra porque, de tanto conducir y de tanto *kitsch*, se sentía mareado. Al menos había una cosa auténtica: «La buena, la mejor: Gösser». Otro eslogan estupendo. Aprovechó la dorada cerveza para tomarse una de las pastillas, que estaba tolerando muy bien. En todo eso de la disfunción eréctil ni siquiera pensaba.

Tras haber repostado él, invitó a un buen trago a su Mercedes. Tenía que reconocer que lo del consumo sí era un problemilla. Llenó el depósito porque si se quedaba sin gasolina en la cabaña, se vería allí atrapado. Y quedarse atrapado, fuera en un atasco de tráfico o en un funicular, era una de sus peores pesadillas, solo comparable con ir al teatro y comer brócoli.

Ya en la autopista había temido que nunca dejaría de llover, y ahora que estaba en el valle Elbtal y se dirigía a las montañas comprobó que no se equivocaba. En el pronóstico del tiempo siempre decían que las nubes se acumulaban en la cara norte de los Alpes. Efectivamente, iba atravesando nubes, una auténtica pared de agua. No se veían ni las montañas. En un momento dado distinguió los contornos de una casa muy antigua: «Gasthof zur Gams», ponía en letra gótica en un cartel.

Aparcó ante la puerta y entró corriendo; aquellos pocos metros bastaron para que llegara bastante calado. No había nadie detrás de la barra ni en todo el local, salvo tres personas en un rincón. Del techo, por encima de la mesa en la que estaban, colgaba un rústico cartel de madera que rezaba: «Parroquianos». Al principio Fred solo veía los sombreros tiroleses que llevaban puestos. Luego los tres hombres

levantaron la vista y, si hubieran estado hablando cuando él entró, su conversación se habría apagado. Pero estaban en silencio y así continuaron mientras lo miraban con ojos vidriosos y algo enrojecidos, como si vieran el primer *Homo sapiens* de su vida.

—Buenas —se atrevió a decir.

La palabra sonó muy extraña en el local vacío y se planteó si añadir un saludo más austriaco, pero eso solo serviría para dejar aún más patente que era un alemanote. Durante el viaje había ido pensando que, en realidad, las diferencias entre Alemania y Austria eran mínimas. Ahora, esas reflexiones se hacían añicos contra los rostros de aquellos nativos. La Austria profunda estaba en un planeta a años luz de Berlín.

—A las buenas —murmuró finalmente el más joven de la mesa, el único que llevaba en el sombrero el tradicional adorno de pelo de rebeco. Aquel adorno contrastaba con el tatuaje que lucía en el brazo derecho, una sirena de elegante cola y protuberantes pechos que parecían mirar al mundo con curiosidad.

De pronto, como obedeciendo una orden secreta, los tres encendieron un cigarrillo. «Austria es el único país en el que aún se puede fumar en todas partes», pensó Fred, y aunque él mismo era fumador (y no muy moderado), aquello lo puso de mal humor.

Se sentó a una mesa en la que se encontraba, como recordaba de toda su infancia, la Santísima Trinidad Culinaria: el salero (con granos de arroz dentro), el pimentero (o al menos eso parecía aquel fino polvo gris) y una botellita de salsa Maggi (con potenciadores del sabor). Los tres hombres continuaban mirándolo. No había que ser adivino para leer sus pensamientos: «No lo conocemos. Es la primera vez que lo vemos. Más vale que no traiga problemas».

De la cocina salió un tipo que parecía ser el dueño, el tal Alois, y que vestía los tradicionales pantalones cortos de cuero. Iba dándole mordiscos a un tieso filete empanado que llevaba en la mano. Arrastró los pies hasta su mesa, lo miró e hizo un gesto interrogativo con la cabeza, que Alfred interpretó como la forma local de decir: «Buenas tardes, ¿qué le pongo?», reducida a la mínima expresión. Tuvo que concentrarse para no pedir una cerveza berlinesa ni utilizar la expresión que se usaba en Viena. Intentando pronunciarlo a la manera de esa zona, pidió «media». Pero sonó tan forzado como el «buenas» cuando entró.

—¿Una cerveza grande? —le preguntó el hombre, sin el menor rastro de acento austriaco.

Fred asintió, avergonzado:

—Y algo de comer, por favor. Sin carne.

El dueño, que ya iba camino de la barra, se paró en seco y se giró lentamente:

—¿Sin carne? —preguntó incrédulo.

Y el escritor volvió a asentir, aún más avergonzado. Cuando Alois le puso la cerveza con su posavasos le dijo, con sincera preocupación y esta vez con un fuerte acento:

—Es que casi no tengo cosas sin carne. Puedo hacerle huevos fritos con beicon, o pasta con carne picada, que lleva muy poca. Tengo también unas salchichitas...

—Huevos con beicon sin beicon, ¿puede ser?

El dueño reflexionó un momento y finalmente preguntó:

—¿Un huevo frito?

—Dos.

—¿Dos?

—Sí. Y pan con mantequilla.

Los hombres de la mesa de al lado apuraron sus bebidas y se levantaron.

—Que vaya bien —se despidió el chico del tatuaje y el sombrero adornado.

Ahora Fred era el único cliente. Los huevos fritos estaban muy buenos y aquel pan con mantequilla era sin duda una de las mejores cosas del mundo. Todo bien acompañado de un vaso de vino blanco, y de otro, y de otro... Casi se sentía bien:

—La señora Beckmann le envía saludos. Estoy aquí por la llave —le dijo entonces a Alois.

—No conozco a ninguna Beckmann. ¿Qué llave?

—Susanne Beckmann. La llave de la cabaña del lago.

—¡Ah, Susanne! ¿La hija de Prinz? Hace años que no la veo —una especie de sonrisa casi le iluminó la cara sin afeitarse.

—Me voy a quedar unos días allí. Soy Alfred Firneis, trabajo con Susanne.

Alois empezó a rebuscar en un cajón:

—¿Dónde habré metido esa llave? Si yo fuera tú... digo usted, no subiría ahora. Casi ha oscurecido y el camino no es bueno. Está sin asfaltar y después de tantos días de lluvia... No es por ofender pero no parece muy montañero. ¡Aquí está! —Sacó de un sobre una llave muy antigua y se la tendió—. ¿Tienes un todoterreno?

—No exactamente. Pero servirá.

—No digas que no te avisé. En fin... En la barrera grande gira a la izquierda. Si llegas a una explanada llena de pilas de leña, es que te has pasado. Esta es la llave del camino forestal, déjalo siempre bien cerrado.

—Gracias.

Pagó y se dirigió al coche bajo la lluvia, pero esta vez sin prisa. El vino lo había calmado y se alegraba de salir del bar. Estaba ya oscuro porque la espesa capa de nubes había adelantado el atardecer. A la luz de los faros vio a Alois a la puerta del local, que lo miraba marcharse.

Condujo bosque adentro. La única señal era la de una ruta de senderismo donde ponía: «Kleiner Elbsee. 16,4 km». Al poco tiempo tuvo que bajarse del coche para abrir la barrera del camino forestal. Luego volvió a cerrarla cuidadosamente. Le gustó mucho tener un acceso tan exclusivo a aquel bosque: al cerrar dejaba fuera al resto del mundo motorizado. Aunque, de haber tenido un GPS en el coche, este le habría recomendado dar la vuelta lo antes posible.

Pasados unos cinco kilómetros, el camino salía del bosque y seguía un torrente de aguas marrones y turbias que bajaban con fuerza hacia el valle. Primero venía una pendiente, luego un rato de bosque denso, después una meseta, luego otra vez bosque y después, nada más. Reconoció la explanada con las pilas de leña. Era el final de la carretera, el fin del mundo. Se había pasado de largo.

Dio la vuelta y vio a la derecha una especie de pista muy inclinada y que, en algunos puntos, parecía una torrentera. Notó cómo las ruedas traseras se hundían inmediatamente en la grava. Dejó que el coche rodara un poco hacia atrás porque iba a necesitar impulso para subir la pendiente. Se alejó todo lo que pudo del precipicio que tenía a la izquierda, cuya profundidad se perdía en la oscuridad.

El Mercedes traqueteaba por la pista y a veces las ruedas patinaban y derrapaban, pero siempre volvían a agarrarse al terreno. Solo quedaban cien metros para llegar arriba. En un sitio caía desde lo alto un pequeño torrente que anegaba la pista, por lo que no se veía si el terreno era firme. No podía dar la vuelta y, desde luego, era imposible hacer ese camino marcha atrás. «Tengo que atravesarlo», se dijo, y pisó el acelerador. Se metió debajo del torrente, que caía en el techo, y oyó un fuerte golpe en los bajos al tiempo que notaba que se hundía en el barro. No veía nada, el agua marrón nublaba los cristales. Aun así, los limpiaparabrisas lograron abrir un pequeño hueco y justo en ese momento el Mercedes salió victorioso. «Como un fénix renacido del barro», pensó Fred, y se le escapó una risa histérica. Ya estaba arriba. A escasos cien metros los faros iluminaron una pequeña cabaña. Un poco más allá acababa la pista. Se bajó del coche y respiró hondo, envuelto en la oscuridad.

La cabaña constaba de dos espacios. El primero era el más grande y tenía en un lado una pequeña cocina y una alacena vieja pero bonita. En la esquina, bajo las dos ventanas, había una mesa de madera con un banco corrido esquinero y dos sillas. Al fondo, una puerta llevaba al segundo espacio, una pequeña habitación con una ventana minúscula.

El ratoncito que apareció a las tres horas de su llegada olisqueó a aquel hombre dormido en la cama de madera. Los zapatos estaban tirados en el suelo de cualquier manera y, como se veía bajo la manta raída con la que se había tapado, no se había quitado nada más antes de acostarse.

En la mesa había una botella de vino vacía y otra mediada, además de un cenicero con un asa de cuerno de ciervo. El vaso estaba volcado y la cera roja de una vela se extendía por la mesa. La visión de unas cortezas de queso alegró mucho al ratoncito.

El hombre respiraba profundamente y gemía un poco en sueños mientras un rayo de luna le iluminaba la cara. El ratoncito trepó por la manta, se paró ante su cara y contempló el vaho de su respiración, que se veía a la perfección a la fría luz de la luna. Luego se le subió hasta la nariz y el escritor gruñó y se puso de lado, espantando al animalito.

28 de junio

Cuando Fred salió de la cabaña el sol ya estaba alto, por encima de las montañas que rodeaban el valle. Casi se veía cómo, bajo sus rayos, se fundía la nieve que había caído durante la noche. De los bosques que cubrían las faldas de los montes subían jirones de niebla que se desvanecían en el aire límpido y cálido. «Qué bonito», pensó. Luego recordó que había decidido estar gruñón, así que se sacudió el polvo de la ropa con gesto de disgusto mientras refunfuñaba:

—Mierda.

Pero era difícil enfadarse. Ante él se extendía el lago, con sus aguas ligeramente rizadas por el viento de mediodía que bajaba de las montañas. En la orilla se mecían los juncos. Se dirigió al embarcadero, que se encontraba casi a la puerta de la cabaña y que se internaba unos veinte metros en el agua. Se tumbó boca abajo en los tablones y se lavó la cara. El agua estaba menos fría de lo que había pensado.

Volvió a la cabaña y rebuscó en la alacena en busca de café, té o cualquier cosa que lo ayudara a despejarse. No solo se había olvidado la ropa de cama, a pesar de que Susanne había insistido, sino también de traer algo para beber con el desayuno. Normalmente le gustaba tomarse un café antes del primer vaso de vino. Sintió una gran nostalgia de Berlín, donde solo tenía que meter una capsulita de aluminio en su máquina, pulsar un botón y ya tenía su *espresso*.

No podía estar más lejos de cápsulas de aluminio y máquinas de *espresso*. En aquella maldita cabaña no había ni electricidad. Susanne se lo había advertido y él la había escuchado sin darse cuenta de lo importante que era: ¡no había electricidad!

Por suerte encontró un bote de café soluble. La fecha de caducidad era de hacía diez años pero qué más daba, al fin y al cabo en el café soluble no había nada que pudiera ponerse malo. Sin embargo, para calentar agua tenía que encender primero la cocina de leña. Y para eso tenía que buscar leña, que encontró en grandes cantidades detrás de la cabaña. Cogió tres tarugos y volvió dentro. Junto a la cocina encontró papel de periódico, un *Kurier* del año 1985: «Primera detención por el escándalo del vino adulterado», decía un titular. El editorial se preguntaba: «¿Quién es Mijaíl Gorbachov?».

Conforme prendía el papel Fred pensó que el comunismo había muerto, mientras que al vino le había ido mucho mejor. Puso los tarugos sobre los papeles y cerró la puertecilla. Después llenó una olla oxidada con agua que había ido a buscar al pozo y la puso en la también oxidada superficie de metal. En ese momento empezó a salir humo de las muchas hendiduras y ranuras de la viejísima cocina. Primero salía un poco, pero fue aumentando de manera preocupante. Abrió las ventanas y luego giró todas las ruedecitas y manijas posibles, además de abrir y cerrar todo tipo de puertecillas. Sin embargo, parecía que eso solo producía más humo. Le quemaban los ojos y se ahogaba. Salió a la puerta y contempló desolado la humareda negra instalada en la cabaña.

Le entró el pánico, ¡estaba a punto de quemar la cabaña de su editora! A toda prisa cogió una regadera, la llenó en el lago y volvió a entrar con arrojo. Sin

pensárselo dos veces echó el agua sobre los leños en llamas. Chisporrotearon, crujieron y desprendieron más humo pero al final su valiente acción había tenido éxito: incendio apagado. Eso sí, el suelo estaba ahora inundado por una mezcla negruzca de agua y cenizas.

Se sentó a la mesa y dio un gran trago de vino, que sabía horrible. Miró a su alrededor con desesperación: suciedad, polvo, telas de araña, cacas de ratón y encima la catástrofe del suelo. Aquella cabaña era un verdadero desastre y no pensaba quedarse ni una noche más. Mejor aún: ni un día más. Berlín estaba lejos, sí, pero no tan lejos. Y si le hacía falta, podía dormir por el camino, en Passau, en Nüremberg, en Bayreuth. Sin duda era mucho mejor aguantar una ópera de Wagner en Bayreuth que dormir otra noche en aquella cama miserable. Por lo visto Ratisbona era muy bonita. En realidad, cualquier cosa era fantástica comparada con aquella cabaña cutre aislada del mundo por el agua y las montañas.

Con ayuda de un cuchillo consiguió sacar un bloque de café del bote. Lo puso en una taza y fue al pozo. ¿Por qué no beber café frío? Su ritmo cardiaco le recordó que tenía que tomarse el betabloqueante. Ahora era vital mantener la cabeza fría para planear la vuelta lo antes posible.

Cuando se subió al Mercedes se sentía casi eufórico. En un tiempo récord había limpiado el suelo, recogido sus cuatro cosas y cerrado la cabaña. Abajo, en el bar, se tomaría un estupendo *espresso* y unos huevos con beicon sin beicon. Devolvería la llave y, gracias a ese gesto liberador, volvería a formar parte del mundo civilizado.

El Mercedes podía pasar por un coche de *rally* recién salido de una carrera por un circuito de barro. No obstante, salvo por un ruidito metálico en la zona del tubo de escape, parecía en condiciones.

—¡Hasta luego! —se despidió, a la alemana, para fastidiar a los austriacos.

Arrancó y avanzó muy despacio por la pista de grava. Muy poco antes de que empezara la pendiente frenó en seco, metió marcha atrás y se puso a salvo a sí mismo y a su coche: ¡ya no había pendiente! Para ser exactos, ya no había ni pista. Allí donde el día anterior un torrente la había inundado solo se hallaba un enorme socavón. Un abismo que lo separaba del resto de la humanidad.

Se le encogió el corazón. Había perdido la libertad, o lo que él entendía por libertad: la posibilidad de huir. Lo esperaban la reclusión en una cabaña en condiciones medievales y la soledad total...

Tenía que permanecer tranquilo, no perder los nervios. Volvió marcha atrás a la cabaña, bajó del coche y se sentó en el banco que había al lado de la puerta. Se fumó un cigarrillo y encendió el móvil para pedir ayuda y para informar de que la carretera estaba cortada. Peor que cortada: había desaparecido. Pero su anticuado móvil no tenía cobertura, ni una sola rayita aparecía en la pantalla.

Detrás de la cabaña había un sendero que ascendía. Subió por él, primero entre arbustos, luego entre altos árboles. Mantenía el móvil en alto y observaba muerto de miedo la pantalla. Seguía sin cobertura. Cero. Continuó subiendo, el bosque se aclaró

un poco y le pareció oír unos ruidos. Se puso el teléfono en la oreja con la esperanza desesperada de oír algo. Intentó llamar al primero de los números de su agenda de contactos. El móvil se lo tomó con calma y luego apareció en la pantalla: «Sin señal».

Miró a su alrededor. Ante él caía una cascada de al menos veinte metros de altura, no había manera de continuar.

—Mierda —maldijo.

Volvió a la cabaña: «Sin señal». Fue hasta el final del embarcadero: «Sin señal». Recorrió la orilla en ambas direcciones: «Sin señal». Sudaba a mares y le temblaban las manos mientras rebuscaba por los menús del aparato intentando encontrar alguna opción salvadora. Por primera vez en su vida lamentó su pose de analfabeto tecnológico, que hasta entonces le había parecido muy original.

—¡Original! —le gritó al lago—. ¡Qué estúpido! —Y, evidentemente, no se lo decía al Kleiner Elbsee, sino a sí mismo.

Ahora que lo pensaba, había un número internacional de emergencias que funcionaba en todas partes pero ¿cuál era? Ah, ya estaba, llamaría a Susanne para que se lo diera. La esperanza duró muy poco, al instante se dio cuenta de lo estúpido del razonamiento. Corrió a la cabaña porque recordó haber visto una jarra con una pegatina del salvamento de montaña. ¡Ahí estaba! «Patrocinadores del salvamento de montaña. Número de emergencias: 140».

Marcó el 140 y la respuesta fue: «Sin señal». Unos cuantos patos huyeron espantados cuando oyeron a Fred insultar a gritos a su compañía telefónica. Entonces se le ocurrió utilizar otro operador de red, había visto esa opción en algún sitio. Así podría hacer una llamada de emergencia.

En los minutos siguientes repitió infinidad de veces la palabra *estúpido*. Perdió mucho tiempo escuchando tonos de llamada y cambió sin querer la configuración de la pantalla antes de llegar a la prometedor opción «Elegir operador de red». Logró ir eligiendo los diferentes operadores pero todos daban la misma respuesta: «Sin señal».

A pesar de todo, intentó llamar a Susanne. Luego al 140, al 133, 122, 144. A todos los números de emergencias que recordaba de su infancia. Pero no había señal. Dio un grito cuyo eco lo sobrecogió y luego volvió a gritar, embargado por una inmensa ira contra el universo entero. Y entonces lanzó el móvil al lago, lo más lejos posible.

Alfred Firneis se sintió de pronto un poco más ligero.

Se sentó en el embarcadero y respiró hondo. A su derecha, el sol se escondía tras las montañas; a su izquierda, vio las peñas de las desnudas cumbres brillando a la luz del atardecer. «Sobre todas las cumbres hay calma —recordó el poema de Goethe—, pero aquí los pajarillos no callan en el bosque». Tampoco él pensaba callarse. Al día siguiente, porque ya se había hecho tarde, lograría como fuera volver a la civilización. Encendió un cigarrillo y tiró el paquete y su papel celofán al lago, cosa que al instante lamentó. Había leído en algún sitio que los seres humanos se descomponen antes que el plástico y, por lo visto, lo peor era la silicona. Pensó que

los arqueólogos de civilizaciones futuras se extrañarían cuando encontraran gelatinosas bolas de este material como ofrendas funerarias en las tumbas del extinto *Homo sapiens*. Observó un banco de pececillos que se habían acercado al paquete e intentaban morderlo sin éxito porque el material resbalaba.

Volvió a la cabaña para inspeccionar la cocina. El sol había calentado las paredes de madera pero el aire claro de la tarde presagiaba una noche fría. Al mirar con atención el rústico aparato se dio cuenta de que, con su habitual despiste matutino, había dejado cerrada la puertecilla para la salida del humo. De modo que la abrió, fue detrás de la cabaña, cortó unas cuantas astillas y volvió con un cesto de leña en condiciones.

Aquella noche el fuego ardió de maravilla. Fred lo oía crepitar mientras comía pan con queso de cabra y aceitunas, que acompañó de una botella de vino.

Pero al acabar la cena hizo un terrible descubrimiento.

29 de junio

Estimada editora:

Le escribo en una libreta amarillenta que he encontrado en el chamizo al que, por razones que no está en mi mano comprender, ha tenido a bien desterrarme. No sé si algún día le llegará esta carta, puesto que desconozco si lograré salir con vida de este inhóspito lugar. En vista de ello se preguntará, con su lógica aplastante, por qué le escribo. Pues bien, la respuesta es sencilla: escribir es mi forma de pensar. No puedo pensar con claridad si no es sobre el papel. Pero debo prevenirla: quítese de la cabeza la idea de los poemas. Lo que voy a escribir no son relatos cortos ni versos, lo que voy a escribir es (como mucho) una carta de reclamación.

Una lluvia torrencial se ha llevado por delante la pista que conduce a la cabaña. Mi móvil está en el fondo del lago donde, seguramente, tampoco tiene cobertura. Un abismo insalvable y 16,4 km me separan de la «civilización». Me veo en la obligación o, mejor, me veo en la *necesidad* de escribir la palabra entre comillas porque el Gasthof zur Gams, aparte de agua corriente y electricidad, carece de todo parecido con lo que en el mundo libre occidental entendemos por «civilización». Aun así, allí encontraría seres humanoides que se podrían comunicar conmigo, aunque fuera en una lengua un poco extraña. Estos seres podrían proporcionarme un teléfono y con su ayuda podría llamar a un taxi que me llevara de vuelta a Berlín. No se preocupe, me encargaría de hacerle llegar la factura junto con la del rescate de mi Mercedes Benz 200 automático del año 1976, vehículo que se encuentra en impecable estado. Hoy lo he estado limpiando. Sí, limpiando. Quizá piense que no me pega mucho, que no le pega nada a un poeta limpiar un coche, y tiene toda la razón. El hecho de que me haya pasado el día cargando un cubo arriba y abajo entre el lago y mi coche para quitar el barro y sacarle brillo a la (por lo demás) inmaculada carrocería le dará una idea de las proporciones de mi desesperación.

Para cuando esta carta llegue a sus manos lo más probable es que esté estampado contra unas rocas, con los brazos en cruz y los ojos fijos en el infinito. El charco de sangre de mi cabeza estará seco y negro sobre las piedras. Seguramente los animales habrán mordisqueado mi cadáver. Nadie dirá que mi existencia no sirvió para nada: de mi mano (en sentido literal) puede comer bien a gusto una comadreja. Las pantorrillas se las llevará un zorro para alimentar a sus retoños. Y, en fin, si el buitre se entera de la noticia (si es que hay buitres aquí), ya no me encontrarán jamás. Escribo con toda intención «me encontrarán» y no «encontrarán mis restos» o algo así porque no distingo entre mis restos y yo. No hay alma y, por lo tanto, nada que pueda sobrevivir a la muerte, como no sea en forma de caca de zorro o excrementos de buitre. Pero creo que me estoy desviando del tema.

No me importa lo que suceda con mi cadáver; si quiere, puede dejar que se pudra allí mismo. De todos modos le comunico el plan que pienso seguir por si, por alguna extraña razón, sobreviviera y fuera posible rescatarme. No conozco este inhóspito y casi hostil lugar y en la cabaña no hay mapas de ningún tipo, por lo que la única ruta que me parece sensata es seguir la pista que la torrentera se llevó por delante. Ese camino está bordeado de tremendas paredes y de precipicios que caen cientos de metros hacia el abismo. Puesto que ni soy buen montañero ni carezco de vértigo, creo que mi huida no será posible, pero aun así debo intentarlo. Tras el descubrimiento que hice ayer no me queda otra salida.

Seguramente se preguntará qué horrores esconde ese descubrimiento, si se trata de un lobo que merodea alrededor de la cabaña o de un oso que me persigue con las fauces abiertas, o de un fantasma. O de zombis de caras pálidas y rígidas que por las noches salen del lago y pretenden hacerme picadillo con hachas y cuchillos. Pues no. Se va a sentir aliviada. USTED se va a sentir aliviada, no yo. Yo preferiría los zombis antes que esto. En fin, anoche, después de cenar mi queso con aceitunas y mi vasito o dos de vino, salí (¡casi alegre!) a mi aún sucio Mercedes para sacar del maletero un paquete de tabaco del cartón que, hombre precavido, había traído. Y cuál sería mi desesperación cuando descubrí que no estaba. Busqué por la parte de atrás del coche, debajo de los asientos, en la rueda de repuesto, en cada hueco... y nada.

¿Y sabe, mi querida Susanne, qué es lo peor de este descubrimiento? Que me la imagino perfectamente riéndose al leer estas líneas. No importa que esté despanzurrado en el fondo de un abismo o que me haya muerto de hambre en esta cabaña, usted como mínimo sonreirá. «No se puede ser hipocondríaco y fumador a la vez», me dijo en una ocasión. Ya lo creo que se puede.

Tras haber registrado toda la cabaña, cada cajón y cada rincón, y no haber encontrado nada reseñable más que un número de *Playboy* de los años setenta del pasado siglo (su padre era un pillín) en el que las modelos aún lucían vello púbico (negro y rizado como el de un caniche), me senté y me puse a pensar en quién podía haberme robado el tabaco. Y entonces caí en la cuenta: nunca llegué a comprar el

cartón. Me lo había propuesto con tanta intensidad que parece que no consideré necesario llevarlo a la práctica.

Le ahorraré los penosos detalles de mi desesperación. Tras beberme las reservas de vino para una semana, al menos pude dormir, pero eso solo empeoró el síndrome de abstinencia de hoy. Para que se haga una idea, le diré que después de fumarme las colillas del cenicero del coche me hice una especie de cigarrillo con juncos, fibras vegetales y hojas secas. También de esto le ahorraré los detalles. Tras acabar asimismo con las reservas de mi medicación con betabloqueantes (¡de hipocondríaco, nada!) me sentía demasiado débil para intentar la hazaña por el abismo, puesto que los vértigos me daban sin necesidad de alturas. Aun así, mañana quiero probar mi suerte. O bien sobrevivo y logro llegar al bar para tomarme una cerveza y comprar tabaco, o bien muero como exfumador.

Un saludo cordial,

Fred Firneis

30 de junio

P. S.: El sol brilla, decía siempre mi abuelita.

Un buen día para emprender el camino, como un hombre.

Se me han acabado las provisiones (ratón).

Tras una noche espantosa, mi decisión no ha cambiado lo más mínimo. Tengo que intentarlo.

P. P. S.: He vuelto. Algunas observaciones importantes:

1. El Mercedes se lo dejo a mi amigo Benno R., lo quiera o no.
2. Nada de obituarios en Facebook o emprenderé acciones legales.
3. Como expiación de sus pecados la conmino a publicar, en mi memoria, las *Obras completas* de Alfred Firneis.
4. Gerd T., del periódico *Neue Presse*, no recibirá ejemplar para su crítica.
5. Dígale a Charlotte que todavía la quiero.
6. En mi poema «Telones de laurel», en la línea tres debe poner «lo lleva en la sangre» en lugar de «lo hereda de su madre». Es más fuerte. Téngalo en cuenta para la próxima edición.

Esta es mi última voluntad,

Alfred Firneis

P. P. P. S.: He vuelto otra vez. No le diga nada a Charlotte.

No es verdad que aún la quiero.

Quizá nunca la quise.

P. P. P. P. S.: ¡No hace falta que le diga eso último!

Poco después Fred estaba acuclillado en un pequeño saliente de la pared de roca. A sus pies se abría un precipicio que si bien no llegaba a los cien metros de hondo, sí

era lo suficientemente profundo como para resultar gravemente herido si se caía. Miraba a su alrededor, asustado. Procuró avanzar hasta una piedra que tenía a la izquierda, pero esta cedió y cayó al abismo.

Se agarró a un pino pequeño que crecía en la pared de roca. «Es valiente —pensó—, yo también lo conseguiré». Miró hacia arriba e intentó ganar el empinado sendero por el que había bajado hasta el saliente desde la pista. El pino se dobló peligrosamente. Alzó una mano, palpó la pista por encima de su cabeza y notó ramas secas, piedrecillas y, finalmente, una raíz que podía servirle para agarrarse.

La cogió y trató de izarse, el brazo le temblaba por el esfuerzo y vio cómo le sobresalían las venas. Pero de pronto la raíz cedió, sintió cómo se separaba del suelo y entendió que no podía arriesgarse a colgarse de ella con todo su peso. Sudaba por el esfuerzo y por el miedo. Cuando volvió a apoyarse en el saliente, unas piedrecillas se soltaron y también cayeron al abismo.

Se aferró al pino y miró a derecha e izquierda. Lo importante era no mirar abajo. «Vaya porquería de carta —pensó—. Siempre tan listillo e irónico. Y ahora estoy al borde de la muerte». Se acuclilló desesperado en el saliente y nunca tuvo tan claro como entonces que no quería morir. Tenía que salir de allí, tenía que lograrlo. De nuevo se agarró a la raíz, logró izarse un poco y, con la otra mano, encontró otra raíz a la que se aferró con fuerza. De repente oyó un estrépito y se quedó con las piernas colgando en el aire: el saliente y el pequeño pino se habían separado de la pared y habían caído al vacío.

Un grito desesperado salió de su garganta. Ya no podía pensar, solo aferrarse a las raíces. Pero sentía cómo cedían centímetro a centímetro y cómo pronto perderían su conexión con la tierra. Era imposible que aguantaran su peso y entonces... ya solo un poder celestial podía ayudarlo. Y entonces apareció un ángel que lo agarró con mano firme y lo levantó, se sentía como si volara, como si estuviera en el cielo. ¿Estaba muerto? Sí, muerto, flotando, volando en una nube, *adieu, adieu...*

Y entonces el ángel lo besó.

La verdad es que se había imaginado que el beso de un ángel sería más celestial, porque este parecía un lametazo por toda la mejilla, más bien tembloroso y muy húmedo. Cuando abrió los ojos se encontró un perro negro que lo miraba. Ajá, el Can Cerbero, el Guardián del Inframundo. Detrás del perro había un gigante que debía de ser Caronte, el barquero del Hades que lo cruzaría al otro lado de la laguna Estigia. «Barquero, Caronte, aquí me tienes...».

—Me llamo August —dijo de pronto Caronte.

Fred miró hacia arriba. ¿August, el Guía del Inframundo? Parecía muy joven para ese trabajo. Y tampoco tenía muy claro que unos pantalones cortos de cuero, unas botas de montaña y una camisa arremangada fueran la mejor vestimenta para el responsable del Último Viaje. Los prismáticos que llevaba colgados al robusto cuello podían ser útiles para observar la orilla del Más Allá, pero ¿para qué sería el sombrero con el adorno de pelo de rebeco? En el brazo del hombre distinguió un

tatuaje: una sirena con una elegante cola de pez y turgentes pechos. En ese momento comprendió y dejó caer la cabeza: lo había salvado el más joven de los tres parroquianos del Gasthof zur Gams. No dijo nada, solo soltó un gemido.

—Chalado... —suspiró August.

Al poco rato estaban los dos sentados en el banco a la puerta de la cabaña. El reflejo brillante del agua jugueteaba en la pared de madera. August contemplaba el lago, tranquilo y contento. Fred tenía la camisa rota y la cara sucia, pero se sentía de maravilla.

El joven sacó del bolsillo de la camisa un paquete de tabaco y papel de liar y se hizo un cigarrillo. Lo dejó todo en la mesa, ante Fred, y le preguntó en dialecto austriaco si quería uno. Este contestó:

—También hablas alemán, ¿no?

—¿Quieres o no? —Y esta vez habló en perfecto alemán.

—No fumo.

August encendió el cigarrillo y aspiró el humo con satisfacción:

—Mira, una culebra de collar —y señaló al lago. El animal avanzaba deprisa, dibujando ondas en la superficie del agua—. Los renacuajos se están convirtiendo en ranas y salen a tierra, así que las culebras tienen la mesa puesta para un gran festín.

—Hablas muy bien —le dijo Fred.

—Si es necesario...

Se quedaron contemplando la culebra, que salió del agua y desapareció entre los arbustos.

—¿Sabes mucho de animales? —preguntó el escritor.

—Como tiene que ser, ¿no?

—Ah, no sé...

—Pues si eres agente forestal...

—No me imaginaba así a los agentes forestales.

—¿Y cómo te los imaginabas? ¿Con barba venerable?

—En cualquier caso, sin tatuajes.

Sonó el móvil del joven, que habló durante un rato sobre el estado de las carreteras y los caminos. Fred, casi indignado, le preguntó nada más colgar:

—¿Por qué tu móvil sí funciona?

—Este funcionaría hasta en alta mar. Aunque tampoco siempre —y lo levantó con orgullo.

—Un guardabosques con tatuajes y *smartphone*...

—Estuve media hora mirándote desde abajo con los prismáticos. Al principio pensé que eras un furtivo pero luego me di cuenta de que eras demasiado torpe para ser un cazador. Has estado cerca...

—¿Puedo liarme un cigarrillo?

—Creía que no fumabas.

—Me gustaría empezar.

—Bueno, nunca es tarde.

Le pasó el tabaco y Fred lio un cigarrillo con soltura. Esperó un momento, lo encendió, le dio una calada y lo miró como si fuera su primera vez. August silbó con fuerza y Aisha, su perra, llegó corriendo desde el lago. Era un labrador negro que saltó entre los dos hombres y se sentó en el banco, jadeando. La pura imagen de la felicidad.

1 de julio

¡Querida Susanne!

Antes que nada: estoy vivo. Seguramente esto le parecerá típico de mí, no ser capaz ni de morirme en condiciones. Solo puedo darle la razón, pero además le diré otra cosa: estoy muy contento. Sí, estoy contentísimo de estar vivo.

Es probable que, en vista del lamentable estado en que me he encontrado en los últimos meses, esta afirmación la sorprenda. Sin embargo, tras mirar a la muerte a los ojos, a la muerte real y verdadera, en una pared de roca ante cuya solidez los baratos edificios de la Alemania del Este parecen macizos palacios de mármol, y tras ser rescatado por un guardabosques caído del cielo y con la fuerza de un hércules, he cambiado de forma de pensar. No, en realidad he cambiado de forma de *sentir*. Por primera vez en semanas o puede que en años siento en el corazón algo así como alegría y agradecimiento. Agradecimiento por estar en el mundo. Y no solo en el mundo, sino en un lugar tan bello como este.

De todos modos le he dado a August la carta que le escribí ayer porque creo que así comprenderá mejor el cambio que se ha operado en mí. Por cierto, August es el guardabosques que me recuerda a Hércules, perdone que no se lo haya dicho antes. Es que todavía estoy un poco confuso. No se lo imagine como al abuelito de Heidi ni nada por el estilo. Es muy joven y, en lugar de barba, lleva en el brazo un tatuaje de una sirena muy lograda, un ser mitológico por el que, por lo visto, se siente muy atraído desde su infancia. Hay que decir que es un poco tosco, como parece propio de la gente de esta zona, pero es mucho más enrollado que muchos de los tipos del metro de Berlín. Lo digo porque este gigante tiene una plantación de marihuana detrás de la cabaña. Las plantas están ya cargadas de cogollos que desprenden un olor embriagador.

Me la puedo imaginar perfectamente soltando una risita sarcástica y pensando que su querido señor Firneis está un poco fumado, pero no es eso. No he tocado las plantas en absoluto, solo son unas pocas y aún necesitan unos cuantos días de calor para estar listas.

Aunque he de confesar que August y yo probamos ayer, a la puerta de la cabaña y al sol del atardecer, un poco de sus «hierbas aromáticas alpinas», como él las llama. Después nos entró mucha hambre y devoramos las provisiones que siempre lleva en la mochila: un gran trozo de panceta y media hogaza de pan. Ya le veo la sonrisilla

otra vez: «Oh, el señor vegetariano ha comido carne, ¿no tendría que echarse a llorar?». Pues no, mi querida Susanne. Esa panceta la ha preparado August con sus propias manos, condimentándola con romero y ajo y ahumándola durante semanas. Acompañada del pan, moreno y fresco, estaba realmente deliciosa. En realidad, no me habría hecho falta el licor de bayas que vino después pero no quise ser maleducado y acepté el ofrecimiento de que me quedara la botella. Tras aquel pequeño tentempié ya no estaba en condiciones de acompañar a August hasta su coche. Y es que además (y esto me sigue sorprendiendo hoy) ya no quería irme a ningún sitio, solo quería quedarme en la cabaña.

Cuando nos despedimos fui al embarcadero. De las montañas bajaba una brisa cálida y la luna se reflejaba en la rizada superficie del lago. De repente, como salidos de la nada, se me aparecieron los terribles momentos en la pared de roca y sentí que el pecho se me removía. Era como si tuviera dentro a alguien dándome golpes en las costillas. Los temblores me sacudían todo el cuerpo y me eché a llorar, sollocé, gemí, lloraba literalmente a mares. Cuando me calmé respiré hondo. Aquella aspiración, que me llenó el pecho y me hizo sentir calor en los pies y claridad en la mente, logró que por fin me diera cuenta: en los últimos años me había olvidado de respirar. Querida Susanne, ¡es tan fantástico haber vuelto a respirar! Quería que lo supiera.

Hoy no hace tan buen tiempo. Las nubes se arrastran por el cielo, por el aire cargado de lluvia. August ha prometido venir para llevarme al pueblo y que pueda comprar provisiones. Quién sabe, a lo mejor aprovecho la oportunidad para marcharme, aunque tendría que dejar aquí el Mercedes hasta que reconstruyan la pista. Según August, eso puede ser en tres días o en varias semanas. Hay carreteras más importantes en este país...

En cualquier caso, aunque me vaya mañana, este viaje no ha sido en vano. Ahora respiro de nuevo. Se lo agradece de corazón,

Fred Firneis

P. S.: He estado pensando en por qué le escribo. Es un poco raro, ¿no? Nos tratamos de usted y sin embargo la siento más cercana que a muchas de las personas a las que trato de tú, que se han apartado de mí en los últimos años. Claro que tengo amigos y amigas pero, tras el éxito de los dos libros, cualquiera diría que me ven como a alguien especial, sensible, ingenioso, un hombre de mundo. Esa visión parece haberse convertido en mi imagen real. Y claro, alguien así no tiene problemas, alguien de éxito no te invita a una cerveza para contarte sus preocupaciones y miserias. Un autor de *best sellers* con miedos, qué absurdo.

Miedos tan absurdos como no volver a escribir nada bueno, o miedo a fracasar totalmente con el próximo libro, o a haberlo escrito ya todo. Durante un tiempo me acomodé en la creencia de que era verdad que no tenía preocupaciones, disgustos o miedos. Pero esa creencia desapareció y desde entonces no he podido volver a escribir. Me hundí. Ya no podía salir por mis propios medios y lo peor era que fuera no me quedaba nadie. Uno no quiere cargar a sus amigos con pensamientos

negativos, y tampoco quería cargárselos a Charlotte. En ese momento no tenía nada más que negatividad. Cuando Charlotte se fue me sentí aliviado en parte, porque ya no tendría que soportarme. Pero su abandono me cayó encima como una manta de plomo.

Querida Susanne, llamarla «amiga» me parece aún un poco precipitado. Pero usted no me ha abandonado y no tiene miedo a la cara oscura de la vida, o le tiene menos miedo que la mayoría de la gente que conozco, yo incluido. Usted conoce la distancia que pongo con el mundo, especialmente conmigo mismo. Seguro que eso tiene que ver con mi pasado, con mi padre y todo lo que ya le he contado. Vivo en un traje de astronauta hecho de ironía, cosido con cinismo y revestido de extrañeza. Solo salgo de él cuando bebo y cuando escribo. Y, últimamente, solo cuando bebo.

2 de julio

¡Querida Susanne!

Al final August no vino y ahora llueve. Ayer me pasé el día ordenando y limpiando a fondo la cabaña. Es una pena que los habitantes de las grandes ciudades hayamos dejado el placer de la limpieza en manos del llamado «personal doméstico». ¡Hay pocas cosas más bellas que una gran limpieza! Sobre todo cuando no hay nada más que hacer y se tiene tiempo para perderse en los detalles, como por ejemplo quitar las manchas de hollín del suelo o vaciar, lavar y volver a organizar uno por uno todos los cajones. O sacar tanto brillo a las partes metálicas del fregadero que puedes verte reflejado en ellas. Incluso la letrina de fuera tiene buena pinta. Además, lavé las cortinas y las volví a colgar todavía húmedas. También he lavado las mantas, que ahora se están secando cerca de la cocina, en la que chisporrotea un agradable fuego. Hay que decir que la cabaña de su padre está muy bien surtida de productos de limpieza, aunque muchos se han quedado un poco anticuados. Desde mi infancia no había vuelto a ver jabón de trementina de la marca Hirsch, ni bicarbonato para limpieza, ni jabón en pasta, ni abrillantador de aceite de linaza.

La cabaña brilla, literalmente, bajo una nueva luz. Los ratones han emprendido la huida; además, metí todos los insectos que encontré en un cubo y los eché al lago, donde los pececillos se dieron un festín. Ahora la cabaña es mía. No me malinterprete, la cabaña es de usted, claro está. Pero limpiándola la he hecho un poco mía. Está lista para lo que traiga el futuro. ¿Y sabe qué es lo mejor? Que yo mismo me siento limpio, aunque del polvo se me quedaran el pelo gris y la lengua pastosa. Me siento liberado del caos y del ruido constante que tenía en la cabeza. Las cosas que me rodean son las mínimas imprescindibles y eso supone una sensación de libertad que no me había imaginado. Me he dado cuenta de que vivimos una época de seguridades materiales que tenemos que defender continuamente, una obligación que nos convierte en esclavos.

Cuantas menos cosas tengo, más grande me hago. ¡Vivimos en una verdadera dictadura de las cosas! Pienso por ejemplo en esos coches que hablan y que nos mangonean o en esas neveras que pitan si pasas demasiado tiempo con la puerta abierta decidiendo qué quieres. ¡Estamos a su merced todo el día! La radio: «Enciéndeme y entérate de algo de la crisis financiera». El periódico: «Lee de una vez las noticias de asesinatos que tengo para ti». La televisión: «Contempla en directo a las víctimas del terremoto». El ordenador: «¡Mira el correo! ¡Escribe! ¡Tuitea! ¡Actualiza!». La alfombra: «Límpíame». La bicicleta estática: «Utilízame». Hace tres días que no oigo las noticias y sospecho que la Tierra sigue girando. Aquí por lo menos gira, y mejor que nunca.

Cuando vuelva a Berlín, a lo mejor empiezo a ofrecer talleres de «limpieza y meditación». Creo que hay claramente un hueco en el mercado y, por otro lado, estoy seguro de que ayudaría a muchas personas.

Para completar mi informe no querría dejar de mencionar que yo también me sometí a una limpieza a fondo. Puesto que, como bien sabe, en la cabaña no hay ducha sino solo un lavabo, salí desnudo al embarcadero y, bajo la lluvia, me enjaboné con el jabón Hirsch. Por si quiere más detalles le diré que también me afeité. Sin embargo, la lluvia no era lo bastante fuerte como para aclararme, así que me tiré al lago. No creo que esto suponga ningún problema de tipo ecológico ya que, hasta donde yo sé, el jabón Hirsch está compuesto exclusivamente de productos naturales. De todos modos, y eso lo tengo claro, la próxima vez iré a la ducha silvestre que está un poco más arriba, a la preciosa cascada de aquí cerca.

Siento decir que su cabaña estaba mejor surtida de productos de limpieza que de provisiones. Ya no quedaba nada del delicioso pan de August, así que me permití cocer un paquete de pasta con fecha de caducidad de noviembre de 1989. Lo añoso de la cosecha no fue suficiente para ocultar la insipidez de la pasta pero estoy lleno y esa es una sensación agradable. Aunque más agradable fue comer con verdadera hambre. Por supuesto le repondré el paquete, pero no puedo comprometerme a conseguir otro de la exclusiva añada de 1989.

Mis provisiones también se han terminado pero el agua fresca del pozo está ahí día y noche y aún tengo tabaco. August parece muy simpático, aunque no sé si volveré a verlo algún día. En cualquier caso, me indicó el camino que lleva sin peligro a la pequeña carretera del valle. Hoy llueve demasiado, así que me voy a quedar en casa, junto a este fuego acogedor, a contemplar el lago, en el que cada segundo caen miles de gotas que tienden un puente entre el agua de la tierra y el agua del cielo. Podría pasar horas mirando cómo el agua se funde con el agua, y eso es lo que pienso hacer. Le agradezco mucho que dé un poco de variedad a mi vida en calidad de interlocutora epistolar. Estoy seguro de que la aburro pero puedo asegurarle algo: yo no me aburro. Escuchar el silencio es una de las mejores experiencias que puede tener un ser humano. Créame, debería probarlo. De pronto me escucho y desaparezco, ¿lo comprende?

Un saludo,
Fred

3 de julio

Estimada Susanne:

Justo en este momento sale el sol y desde la adolescencia no dormía tan bien. Irse a la cama con el estómago moderadamente lleno y sin estar borracho es fantástico. Voy a nadar un rato en el lago y luego bajaré al pueblo para no morirme de hambre. La verdad es que no esperaba que August me dejara tirado, con lo simpático que parecía.

Ayer al final sí me aburrí un poco y por eso cogí una de las revistas más actuales de la variadísima biblioteca de la cabaña: una *Stern* del otoño de 1977. Leí un estupendo reportaje sobre la liberación en Mogadiscio del avión *Landshut*, de Lufthansa. Después me puse otra vez a mirar el lago y, extrañamente, unas palabras aparecieron en el papel. ¿Será un haiku?

Espejo del agua.

Juego de gotas.

Cae, cae la lluvia.

Hasta pronto, le envío un saludo cordial,

A. F.

P. S.: ¡No vaya a pensar que he vuelto a escribir!

P. P. S.: Una cosa más: le hablé de mi distancia con todo y conmigo mismo y de mi ironía forzosa, que a veces también a mí me pone de los nervios. Ahora me he dado cuenta (¡a fuerza de reflexionar!) de que en el fondo esa ironía no era más que una forma refinada de darme importancia. Quiero decir, me tomaba en serio mis preocupaciones, mi pesimismo y mis miedos y me reía de ellos, pero eso no cambiaba en nada mis preocupaciones, mi pesimismo ni mis miedos. Tengo la sensación de que solo he empezado a tomarme realmente en serio desde que no me tomo tan en serio.

Fred dobló con cuidado las hojas que había escrito. En la cabaña no había sobres, así que los compraría en el pueblo.

Se planteó si debía llevarse un par de cosas por si de verdad le entraban ganas de coger un tren a Berlín. Pero tenía cuatro horas de camino y, además, necesitaba más tiempo para organizarse. Por otro lado, a lo mejor ni siquiera había estación en Grünbach y seguro que el único autobús ya había salido a primera hora. Por lo tanto, carecía de sentido cargar con la maleta. Tras aquellos pensamientos en realidad se escondía otro que no quería reconocerse claramente: que no tenía ningunas ganas de volver a Berlín. Solo de pensarlo ya le entraba nostalgia de la cabaña.

August le había descrito el camino a la perfección, así que encontró el sendero sin problemas. Pensó que debía de estar muy aturdido y confuso aquel día para no dar

con él porque bajaba hacia el valle, de forma muy evidente, por el costado de las montañas. No tardó mucho en llegar a lo que llamaban «carretera principal». Entonces miró hacia arriba y vio la pared de roca desde la que casi se cae. Hoy pudo reírse de aquello. Solo a un loco se le ocurriría intentar bajar por allí.

Con paso decidido se puso en dirección a Grünbach. Llevaba sus zapatos de calle de todos los días porque allí no contaba con otros y, en fin, botas de montaña no tenía ni siquiera en Berlín. Pero no era un problema, el camino de grava estaba en excelente estado. Solo se reconocían las huellas de la inundación en algunos tramos en los que bajaba hasta muy cerca del torrente.

«Voy a la ciudad», se dijo sonriendo, y tuvo que confesar que lo embargaba un sentimiento festivo, como el que en el pasado sentirían los leñadores y las pastoras de las montañas cuando bajaban al pueblo los domingos. La idea lo asustó por un momento, ¿y si era domingo y no podía comprar nada? Intentó calcular qué día era y entonces se dio cuenta de que lo sabía gracias a las cartas pero que, a pesar de eso, había perdido la noción del tiempo. Siguiendo una manía, se palpó los bolsillos de su muy ligera y muy urbana chaqueta. Dinero, sí. Tabaco, sí. Cartas, sí. Móvil, no. Claro, estaba en el fondo del lago...

El camino de Fred al pueblo se convirtió también en un camino interior. Pensaba en Charlotte y, por primera vez desde que se había ido, pudo hacerlo sin amargura. Había tenido razón en dejarlo. «No es que la tratara mal —reconoció en voz baja—, es que ni siquiera la trataba».

La había encontrado «encantadora» desde la primera cita, por utilizar un término de su madre. Aquello ya debería haberlo puesto sobre aviso: calificar a una mujer con un adjetivo del repertorio de su madre no podía presagiar nada bueno. Pero de verdad era encantadora, una auténtica berlinesa con un desenfadado pelo corto y un lenguaje muy especial. Tendía a comerse sílabas enteras, como los borrachos, con la misma soltura y fluidez con la que metía consonantes donde le apetecía: «T'has olvidao de comprar patatatas». (Era un buen ejemplo, aunque tuvo que reconocer que se lo acababa de inventar).

Charlotte podía ser muy infantil, por lo que su trabajo de presentadora de televisión en un canal para niños le sentaba como un guante y la divertía mucho. En realidad, lo sensato habría sido tener con ella un montón de niños y ser felices hasta el fin de sus días, amén. Fred le dio una patada a una piedra.

Recordó cómo la había conocido, en la inauguración de una exposición de un amigo común, Benno. Habían salido juntos de la galería, intercambiaron unas palabras, se interesaron el uno por el otro y fueron a sentarse a un banco a la orilla del Spree. Y cuando un hombre y una mujer están en un banco a la orilla de un río y sienten un poco de simpatía recíproca, muy mal tiene que ir la cosa para que no pasen a más. En aquella época él estaba en una fase de «solo besuqueo»: le gustaban los arrumacos tanto como la falta de compromiso que comportaba besarse sin ir más allá. A algunas mujeres eso las ponía a cien y querían más, pero la mayoría de ellas se

alegraba de no comprometerse a nada. Y eso le encantaba. ¿Era pereza sentimental? ¿Cobardía? ¿O simplemente el deseo de continuar libre?

En sus años salvajes se había guiado por el lema de que es mejor lamentar lo que has hecho que lamentarte por no haber hecho nada. Pero después aprendió que nunca hay nada que lamentar y, más aún, que tampoco nos estamos perdiendo nada. «Nos pasamos la vida creyendo que nos perdemos cosas —pensaba— y sufrimos por tener que elegir de entre las muchas posibilidades que nos tientan. No se puede vivir en subjuntivo, no podemos estar en todas partes. Y ser conscientes de lo que no tenemos nos vuelve locos».

En los últimos tiempos cada vez iba a menos fiestas, y eso porque en ellas se encontraba a muchas mujeres con las que había tenido algo o, al menos, «un poquito de algo». En sus años de juventud le divertían cosas como intercambiar miradas tímidas y a la vez atrevidas con sus ex, o mantener conversaciones en apariencia inocentes pero llenas de coqueteos para averiguar si era posible, o deseable, recomenzar una historia. Sin embargo, en el momento presente todo eso le parecía muy incómodo, muy cansado. Cada vez le resultaba más inquietante la idea de que, quieras o no, siempre te queda algo de todas y cada una de las personas con las que has estado. Y no solo se negaba a acordarse de todas aquellas mujeres, sino que evitaba a toda costa repetir algo viejo o empezar algo nuevo. Pero Charlotte sí que había querido tener algo con él, y Fred debía reconocer que no había opuesto ninguna forma de resistencia activa.

De pronto el ruido de una frenada sobre la grava, un bocinazo y unas cuantas piedrecillas volando lo sacaron de sus cavilaciones. Un extraño vehículo derrapaba peligrosamente hacia él. El fuerte sonido del torrente había tapado el ruido del motor y la curva del camino le había impedido verlo, por lo que lo tenía casi encima. Por suerte, frenó justo a tiempo. Se trataba de un Haflinger, un pequeño todoterreno muy versátil de la marca Steyr-Daimler-Puch, diseñado originalmente para el ejército y muy apreciado por los cazadores porque es capaz de avanzar por todo tipo de terrenos. La capota estaba doblada en la plataforma de carga, junto con un bastón de madera de avellano y una escopeta de caza. En el asiento del copiloto viajaba Aisha y al volante iba August, que no parecía alterado en absoluto:

—¡Hombre, el poeta! ¿Qué tal? ¡Venga, sube!

Fred, aún con el susto en el cuerpo, se acercó al asiento del copiloto y Aisha lo recibió con un buen lametón en la cara.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó al guardabosques. Entre el susto y tanto pensar en Charlotte, la pregunta había sonado muy antipática.

—He estado fuera.

—Ya me he dado cuenta, por poco me muero de hambre.

—Pues se te ve muy sano. Anda, sube, que te llevo a casa.

—¿Tienes lo que me dijiste?

—Claro.

Fred ocupó el asiento del copiloto y Aisha se puso a sus pies.

—Estaba preocupado por ti —le dijo al joven en tono de reproche.

August se rio y arrancó el vehículo:

—¿Me vas a montar una escenita?

—¿Dónde estabas?

—Con Andrea.

—Ya me lo imaginaba. Con una pastorcilla, allá arriba en los verdes prados...

—Trabaja en una oficina en la capital. Pero tampoco hay mucha diferencia: hay que hacer un viaje largo, meterse en otro mundo y dedicar mucho tiempo a dorar la píldora.

—¿A qué?

—A dorar la píldora. A una mujer siempre tienes que decirle que es la única, la mejor, la más auténtica... ¡Eso les encanta!

—Qué romántico. —Y su voz estaba cargada de ironía.

—Se hace lo que se puede.

—¿Y dónde queda el amor?

—El amor está o no está.

—¿Así de fácil?

—No puede ser más fácil.

El vehículo daba peligrosos brincos por la carretera, que sacudían a Fred de acá para allá en el asiento. También se agitaban sus sentimientos.

—Pues para mí no fue nada fácil con Charlotte.

—¿Charlotte? —se interesó August.

—¿Sabes algo de *aikido*?

—No conozco a ninguna de las dos. ¿Es que tuviste una historia con las dos a la vez?

—El aikido es un arte marcial defensivo japonés. Utiliza la fuerza del contrario para obligarlo a golpear en el vacío. Mi relación con Charlotte era como el aikido, siempre la dejaba golpear en el vacío. Por ejemplo, cuando quería hablar yo me callaba, no decía nada. Para mis adentros hacía rimas con sus reproches. Pensaba que si no contestaba, si me callaba, aquello acabaría lo antes posible.

—¿Y?

—Que todo acabó de una vez por todas, me dejó, se fue de casa. Después de tres años, simplemente se fue. Me dejó solo...

—¿Buscas compasión?

—No, ya sé que fue culpa mía. Yo lo estropeé todo. Lo que aún no entiendo es por qué. Suelo ser un hombre agradable...

—A veces hay que pararse a pensar en esas cosas.

Habían llegado a la explanada al final del camino. August apagó el motor, lio un cigarrillo y le ofreció el tabaco a Fred, que lo aceptó. Fumaron en silencio.

—Quedé muy lastimado. Malherido, que dirían un cazador o un guardabosques.

El joven expulsó el humo lentamente:

—Las cosas son como son.

—¡Qué profundo!

—Pero es así.

Volvió a poner en marcha el vehículo y se internó en el bosque, aunque no había camino alguno. A la mirada interrogadora de su copiloto contestó:

—Agárrate fuerte, esto se pone un poco rústico.

4 de julio

Querida Susanne:

Ayer aprendí cantos tiroleses. Bueno, no aprendí, en realidad solo empecé a intuir cómo comenzar a aprender cantos tiroleses, y le diré que me parecen lo mejor del mundo. Muy bueno tiene que ser el sexo para poder competir con ellos. En fin, discúlpeme la broma.

Seguramente se preguntará cómo pasó. Pues bien, se lo contaré: ayer, cuando iba de camino al pueblo, me encontré con August, que venía en un pequeño todoterreno para el que los obstáculos ni siquiera existen. Fue en él como llegamos hasta la cabaña, aunque «llegar» no da en absoluto la idea de cómo fue el trayecto. El buen Haflinger (así es como se llama este tipo de vehículos) resoplaba mientras trepaba por las pendientes, tan inclinado que parecía inmune a la ley de la gravedad. En condiciones normales me habría dado un ataque de pánico pero August iba tan tranquilo, conduciendo con una sola mano (porque la otra la necesitaba para fumar). Es una de esas personas con las que siempre te sientes a salvo. Quizá conozca ese convencimiento de que no puede pasar nada malo. La última vez que lo tuve fue de pequeño, cuando mi padre aún no se había ido de casa.

Fuimos a la cabaña porque August me había comprado provisiones para toda una semana. La verdad, yo nunca habría podido subir tantas cosas a pie. Además, envió la primera carta y ya se ha llevado las siguientes. Como ha prometido volver, seguramente también enviará esta. Así que puede escribirme, si quiere y si es que hay una dirección, algo así como: «Cabañita a la orilla del Kleiner Elbsee, penúltimo camino a la izquierda, municipio de Grünbach». Seguro que usted sabe cómo ponerlo. Bromas aparte, si de verdad quiere escribirme, lo más fácil es que lo haga al Gasthof zur Gams, usándolo como «lista de correos». Qué palabras tan fantásticas, tan de otra época. Pero aquí, en Grünbach, están de plena actualidad.

Cuando llegamos metimos las provisiones en la cabaña. August había cargado cosas en cada espacio libre y en cada hueco del todoterreno: un paquete de arroz, un kilo de harina o un manojo de zanahorias. La lechuga se ensució un poco de aceite pero no pasa nada. Mis alimentos fundamentales serán una hogaza de pan de dos kilos, un queso entero y una enorme tajada de la panceta que hace él mismo. Me ha explicado el procedimiento: la carne pasa primero dos semanas en sal y hierbas

aromáticas, y luego se ahúma a bajas temperaturas durante otras dos semanas. Esto, querida Susanne, es verdadera alquimia, y eleva al cerdo a alturas celestiales (por segunda vez).

Tras reponer energías, me dijo: «Ven, poeta, te voy a enseñar una cosa». Últimamente siempre me llama así y, bueno, mientras no me llame «juglar» o algo peor me parece bien.

Echamos a correr monte arriba, por detrás de la cabaña. Esa parece ser su forma habitual de desplazarse por la montaña; cuanto más empinado es el camino, más rápido corre. Me era muy difícil seguirlo. Pasamos la catarata y luego un bosque de abetos, siempre cuesta arriba. Yo iba arrastrado, como haciendo *windsurf* en la estela de su inagotable energía. Con la altura, los árboles se hacen cada vez más pequeños. Los alerces y los pinos son nudosos y curtidos porque tienen que enfrentarse a los vientos. De sus ramas cuelgan líquenes blancos y verdosos, que parecen mechones de la barba de algún gigante de las montañas que se le hubieran enganchado en las copas. Poco a poco, los árboles dan paso a los arbustos, estos a los musgos y los musgos a las rocas. Llegamos a la cima después de subir una última pendiente cubierta de cantos. No se imagine la típica cumbre con su cruz, porque aquí hay tantas, una al lado de otra, que si se pusiera una cruz sobre cada una esto parecería un cementerio.

Debía de ser poco después del mediodía y el sol estaba muy alto en el cielo. Sin embargo, a aquella altura no sentíamos calor porque soplaba un aire fresco, casi frío. Alcancé la cima poco después que August. Primero vi sus musculosas pantorrillas, luego sus pantalones de cuero y acto seguido toda su imponente figura. Se recortaba majestuoso contra el paisaje mientras yo jadeaba, ligeramente encorvado y empapado en sudor de arriba abajo. Él no decía nada. Cuando me incorporé, el mundo entero se abrió ante mí. O, al menos, los Alpes enteros: montañas y valles, bosques y praderas, ríos y lagos... Y cumbres, cumbres y más cumbres, redondas, anchas, picudas, cubiertas de nieves perpetuas. Había montañas hasta donde alcanzaba la vista, y la vista alcanzaba tan lejos que me parecía percibir la curvatura de la Tierra.

De pronto, August soltó un *juchitzer*. A lo mejor, querida editora, no sabe lo que es. Se trata de una especie de grito primitivo, un grito de las praderas alpinas que expresa felicidad. Es un sonido que hace vibrar todo el cuerpo, de los dedos de los pies a la raíz del pelo, un tono que se expande por el mundo y cuyas vibraciones podrían oírse en la India (si alguien allí escuchara con la atención suficiente). Está lleno de colores fabulosos, primero es rojo y luego naranja, y se entreveran y se funden como en la más bella de las rosas. Así es como lo sientes. Y suena: «Yu-hu-hu-hu-hu». Reconozco que por escrito queda un poco raro, pero le aseguro que se me puso la carne de gallina y que los escalofríos me recorrían el cuerpo sin parar, uno detrás de otro. Perdone si este tono le parece cursi y decimonónico.

En fin, sobre mis propios intentos de cantar prefiero correr un tupido velo. «Cualquiera puede hacerlo, poeta. Venga, inténtalo. Yu-hu-hu», me decía August,

pero no era tan fácil en absoluto. Al oír los roncós sonidos que salían de mi garganta, unos cuantos grajos se acercaron a comprobar que yo no era un congénere agonizante.

Pero aquello era solo un primer entrenamiento. August quería enseñarme un auténtico canto tirolés para que pudiéramos cantarlo juntos. «Lo más importante es la letra, ¿entendido, poeta?» y, con la mayor seriedad, recitó: «Hul-yo-i-diri-di-ri, hol-la-rai-ho-i-ri». Al principio repetí sus palabras, luego repetí lo que cantaba y, finalmente, cantamos juntos. Tenía que mantenerme bien erguido y al mismo tiempo estar relajado, ya solo eso me resultaba tan difícil como un doble salto mortal. Además, tenía que respirar y mantener la lengua distendida, así que creo que en conjunto mi aspecto era bastante ridículo. Pero lanzar al mundo mi primer canto tirolés me hizo feliz, muy feliz. Como me explicó August, la columna vertebral tiene que vibrar: «Si sientes aquí la vibración, es que lo estás haciendo bien. Aquí, entre los omóplatos, donde los ángeles tienen las alas. El canto tirolés te sale del centro, de lo más profundo del corazón». Resultó ser un soprano virtuoso, cantando una tercera o una quinta por encima, como me explicó, y cuando por fin cantamos juntos sonaba bastante bien. Qué demonios, sonaba maravillosamente bien: «¡Hul-yo-i-diri-di-ri, hol-la-rai-ho-i-ri!».

Ahora voy a sentarme a la orilla del lago a escuchar mis recuerdos, a ver si puedo encontrar algún lejano eco de ese sonido. ¿Sabe cómo dicen aquí *escuchar*? «Atender». Lo de atender a los heridos o a los clientes viene del verdadero sentido de la palabra. *Atender* significa ESCUCHAR.

August ha dicho que volvería, así que le daré esta carta. Tenía cosas que hacer en el bosque: está construyendo un comedero para alimentar a los animales en invierno. Me alegraré si me escribe unas líneas, ya sabe dónde encontrarme.

Un saludo,

Fred

7 de julio

Querida Susanne:

Tras tres días de silencio y soledad he estado a punto de enfadarme porque no me ha contestado. Sin embargo, después me he dado cuenta de que no tengo manera de saber si August envió las cartas, si sigue existiendo el Servicio Internacional de Correos o si usted va a querer escribirme. Por si eso fuera poco, teórica y logísticamente sería imposible haber recibido respuesta en este tiempo. De modo que me he olvidado enseguida del enfado y, en su lugar, he decidido escribir una alabanza a la correspondencia de toda la vida, cultivada solo con lápiz y papel y respetando los ritmos naturales de los servicios postales.

Cuando recibimos una carta tenemos en las manos la posibilidad de conocer mejor a la otra persona. Primero por el contenido que expresan las palabras y después

por la forma, porque la elección del papel (¡aunque yo no tengo precisamente variedad!) y la letra dicen mucho del remitente. No hay que ser grafólogo para sacar unas cuantas conclusiones a partir de la letra de alguien. Además, creo que en las cartas quedan restos de ADN y pequeñas partículas del olor de las personas. Si son relevantes para la policía, ¿por qué no iban a serlo también para nosotros? ¿Solo porque no las vemos? Acuérdense de los versos del gran Matthias Claudius: «¿Veis la luna que está ahí? / Solo se ve la mitad / pero es redonda y hermosa».

¡Mi querida Susanne, qué miserable se ha vuelto nuestro mundo electrónico! Usted pensará: «Ya está el poeta con uno de sus ataques de romanticismo». Y tiene razón, pero es que nunca me habría imaginado lo diferente que es la vida después de unos cuantos días sin electricidad, sin aparatos, sin tele, radio, móvil ni ordenador. En fin, supongo que usted ya lo sabe, ¡para eso es su cabaña! El ruido y el jaleo se desvanecen junto con todas las estupideces que adormecen, atiborran y contaminan nuestro día a día. Cuando todo eso desaparece se hace el silencio. Ahora me siento en contacto, en contacto con todo, ¡incluso conmigo mismo!

8 de julio

El sol se hunde tras la montaña.
Aguas rizadas.
Árboles mecidos por el viento.

9 de julio

Hace calor. ¿Cuándo volverá August?
No lo sé.
Me siento en el embarcadero a contemplar, a veces con los ojos cerrados.
He nadado mucho entre los peces.

11 de julio

En calidad de editora mía no le va a gustar leer esto, pero cada vez estoy más convencido de una cosa: las palabras me impiden participar de la alegría de vivir.

Le pondré un ejemplo. Hoy, mientras se ocultaba el sol, me puse a pensar en lo bonito que era todo y no pude evitar comparar esa puesta de sol con la de ayer (cuál tiñó de rojo con más intensidad las cumbres) y después me pregunté cómo serían el tiempo y la puesta de sol de mañana. Por otro lado, los atardeceres siempre me recuerdan los días que pasamos Sibylle y yo en la Toscana, y pensé que no estaría mal que Sibylle estuviera aquí ahora, o Anna, y cómo sería si estuviera con Charlotte... Un pensamiento se va y otro viene en una rueda sin fin que nosotros mismos hacemos girar. Es increíble lo que pueden torturarnos las palabras. El problema empieza con la denominación, al poner nombres a las cosas. Y es que lo

verdaderamente importante no son la denominación ni la designación. ¡Ni siquiera lo designado!

12 de julio

Aquí estoy. Otra vez. No puedo usar palabras. No debo usar palabras. Lo que estoy viviendo no puede describirse. Es la presencia perfecta. O, para hablar como un filólogo inglés: el presente perfecto. Veo nubes pero no pienso «nubes». No existen fuera de mí, no están separadas de mí. La única realidad es mística. Esta certeza se me ha revelado con una claridad meridiana.

¡Llega August! ¡Y trae una carta!

Berlín, 8 de julio

Querido señor Firneis:

Debido a una incidencia postal, o quizás al retraso propio del fin de semana, he recibido todas sus cartas a la vez, por lo que voy a contestarlas de forma conjunta. Como sabe no soy especialmente sistemática, defecto que trato de ocultar haciendo listas que parecen muy organizadas. Por otra parte, le escribo a ordenador para ahorrarle esfuerzos similares a los que yo he tenido que hacer para descifrar su letra. Allá vamos:

1. Apenas lo reconozco.
2. Me alegro mucho de que siga con vida. De todos modos le diré que no pienso publicar sus obras completas hasta que hayan salido en mi editorial al menos tres tomos suyos. Por lo tanto, ya puede ir enviándome el siguiente.
3. Por supuesto que no le he dicho ni pío a Charlotte. La veo por la tele, presentando las noticias infantiles. Se ha vuelto a cortar el pelo y está muy mona.
4. Quedé ayer con Benno en el Burger Bar y se conmovió al saber que recibiría el Mercedes a su muerte. Ha dicho que se pondrá en contacto con usted.
5. ¿Qué es eso que probó (¿fumó?) con August y que les dio tanta hambre? Entiendo la palabra *alpinas* pero no descifro las otras dos. ¿Hiedras aeronáuticas? ¿Piedras acuáticas? ¿Siervas asiáticas?
6. Me alegra que vuelva a gustarle la panceta. Las personas con ética y valores resultan bastante molestas porque nos recuerdan a los demás que podríamos ser mejores si nos esforzáramos un poco.
7. ¿Quiere que le envíe más betabloqueantes?
8. Lo de la limpieza me parece genial. Tal como tenía su casa, nunca me hubiera imaginado que le volvería a coger el gusto tan deprisa. Si sigue sin producir ningún libro, puede empezar a venir a la mía. Mi Ivanka cobra doce euros, así que le propongo que empecemos por diez.
9. Por favor, no me envíe más haikus, no escriba más haikus. Los odio. Son la ruina, hunden las editoriales. Ni siquiera unos haikus de Harry Potter se

venderían. ¿Tengo que recordarle el discursito que me soltó aquel día? Creo que los calificó de «sobrevalorada pseudolírica asiática, consistente en una acumulación de lugares comunes».

10. Le agradecería que tampoco escribiera cantos tiroleses, no sé qué tal reaccionaría el mercado internacional.
11. En cuanto a sus teorías sobre la palabra *atender* (claramente profanas, por otra parte), no he encontrado nada que las confirme en los diccionarios que he consultado. Sin embargo, tampoco he encontrado nada que las desmienta.
12. Parece muy enamorado de ese tal August, ¿piensa volverse gay? Me parece estupendo, por supuesto. Los sonetos de Shakespeare iban dirigidos a un hombre y estoy segura de que en Berlín habría un gran mercado para poemas de amor homosexual. Por lo tanto: ¡adelante! 😊
13. Por favor, a pesar de su apasionamiento procure no exagerar, especialmente con las metáforas. Querido Fred, la imagen «iba arrastrado, como haciendo *windsurf* en la estela de su inagotable energía» es inadmisibles. Nuestra correctora de estilo le tiraría el diccionario a la cabeza. ¡La energía no tiene estela! ¡Y qué horrible anglicismo!
14. Le escribo porque soy supersticiosa y necesito saber que está usted bien. ¡Escriba! ¡Escríbame! ¡Componga unos cuantos poemas! Siento que se está aproximando a algo grande. Hay tantas personas a las que puede hacer felices con sus poemas... Téngalo en cuenta. Los artistas también tienen sus responsabilidades.
15. Me parece fatal que se comiera mi pasta conmemorativa de la caída del Muro... Si tuviera un departamento jurídico, emprendería acciones legales 😊. Aunque, no se preocupe, no voy mucho por la cabaña.

Le envió un saludo muy cordial,

Susanne Beckmann

—¡Para de una vez! —dijo August, enfadado.

—Pero si no estoy haciendo nada... —respondió Fred, culpable.

—¿Te crees que no me doy cuenta?

—Es que es tan adorable...

—¡Pues si tanto cariño le tienes, no le des más panceta!

En la mesa, a la entrada de la cabaña, quedaban los restos de un buen tentempié: pan, panceta, queso, mantequilla y dos botellas de cerveza. En el suelo estaba Aisha esperando las atenciones del escritor, que consistían en trozos de panceta que le daba disimuladamente por debajo de la mesa.

—¿Lo dices en sentido figurado? Quiero decir, ¿eso también es aplicable a las mujeres?

—Pues claro que sí, poeta.

—Acláramelo.

—Pues está clarito: si le tienes cariño a una mujer, no le des panceta.

—¿Y qué quiere decir?

August le dio una palmada en el hombro y se rio:

—¡No quiere decir nada, poeta! ¿Por qué te crees todo lo que te cuento?

—Eeeh...

—¿Ya no se te dan bien las mujeres?

—Pues no...

—¿Y tampoco fumas?

—¿Fumar? —repitió Fred, sorprendido, mientras August se sacaba del bolsillo el tabaco y el papel de liar y los dejaba en la mesa—. ¡En estos días me había olvidado del todo! ¡Increíble!

—Te has vuelto un poco raro, ¿sabes? Pero es normal, suele pasar cuando te quedas mucho tiempo solo.

August encendió un cigarrillo y Fred lio otro. Dio la primera calada y dijo:

—Es fantástico... ¿Cómo he podido olvidarme?

—Seguro que también te has olvidado de mis hierbas aromáticas.

—Totalmente.

—Pues parece que estos días va a hacer calor, así que riégamelas de vez en cuando. Por favor, no te olvides. Y por cierto, van a arreglar la pista, en tres o cuatro días podrás irte.

—¿Podré irme?

—Ajá.

—¿A Berlín?

—¡Y yo qué sé! A donde quieras. Desde Grünbach puedes ir a todas partes, por mí como si te vas a Roma o a Honolulu.

—No me quiero ir a Berlín...

—No tienes por qué. ¿O sí?

—No, en realidad no. —Y se quedaron un rato fumando en silencio.

—Dime una cosa, poeta, ¿qué haces aquí?

Alfred reflexionó. Era una buena pregunta, ¿por qué estaba allí? En primer lugar porque no aguantaba más en su casa. No aguantaba más en su casa porque en ella se sentía prisionero. Se sentía prisionero porque no podía salir a la calle. No podía salir a la calle porque en los espacios públicos le daban ataques de pánico. Le daban ataques de pánico porque estaba muy solo, y se había quedado definitivamente solo cuando Charlotte se fue. Charlotte se fue porque él había cortado toda conexión con ella y jamás intentó restablecerla. ¿Y por qué no quería conectar con ella? En ese punto le faltaron las respuestas. ¿Acaso buscaba, de forma subconsciente, precipitar lo que más temía, que lo abandonaran? ¿O es que bebía demasiado? ¿Tanto beber era un síntoma o una causa? ¿Lo atormentaba no escribir? ¿No escribía porque bebía demasiado? ¿O bebía demasiado porque no escribía? Todo aquello se había mezclado y convertido en una certeza paralizante: la certeza de que no tenía salida. Además, su

capacidad para reírse de sí mismo se había transformado en capacidad para odiarse a sí mismo.

—Tenía *burnout* —contestó al fin, usando la palabra de moda. Y al instante se dio cuenta de que lo hacía para no hablar de sus sentimientos.

—¿Que tenías qué?

—*Burnout*. Estaba quemado de todo.

—Ah, ya —August parecía decepcionado.

—Ahora le pasa a todo el mundo.

—Pues yo creo... —Y el joven hizo una pausa para pensar—. Creo que solo se queman los que no están ardiendo por dentro. La gente que arde por algo nunca se queda sin energía.

—Es fácil decirlo...

—Vamos, poeta, seguro que conoces la sensación de arder en deseos de algo. De oler, saborear y sentir el mundo de verdad, sin un cristal de por medio. ¡De estar en llamas!

—Claro que la conozco... Bueno, la conocía.

—Ajá. Y dime, ¿es posible que te quemes cuando ya estás en llamas?

Fred reflexionó un instante:

—No, claro.

—Pues ya está. Lo de estar quemado es una tontería, lo malo de verdad es no arder. ¿Lo entiendes?

—Tu habilidad para hacer que todo parezca fácil es un poco molesta, ¿sabes?

Y August soltó una gran carcajada.

13 de julio

Un fuerte terremoto despertó a Fred muy temprano. Se quedó quieto, con el corazón a cien y los ojos muy abiertos mientras veía temblar el cuadro que había a los pies de la cama. Era una foto en blanco y negro en la que se veía al padre de Susanne mientras construía la cabaña, sin camisa y con un hacha al hombro. El cuadro temblaba tanto que no se distinguía la herramienta. Desde la cocina llegaba el tintineo de la vajilla guardada en la alacena. Puesto que los minutos pasaban y el seísmo continuaba, Fred llegó a la conclusión de que su causa debía ser otra. Saltó de la cama, se vistió a toda prisa y salió a la puerta.

El estrépito que lo esperaba fuera le recordó a Berlín y pronto se dio cuenta de lo que pasaba: estaban reparando la pista. Caminó hasta el lugar en que el agua se la había llevado por delante y allí se encontró con inmensas máquinas de construcción de las que no sabía ni los nombres. Para él todo entraba en la categoría «excavadora» (menos los camiones, claro está).

Un hombre avanzaba hacia él por el camino provisional que ya se había construido. Debía de ser el capataz porque era el único que no trabajaba. El hombre le

dio la mano y quiso saber si era el tipo que ahora vivía en la cabaña del viejo Prinz.

Prinz era el apellido de soltera de Susanne. Beckmann era como se apellidaba el insolvente anarquista al que había conocido en la universidad y con el que se casó en Hamburgo, después de una noche loca, tanto por diversión como para fastidiar a su familia. Cuando se mudó a Berlín y fundó la editorial le pareció prudente pedir el divorcio. Para entonces su marido había decidido que solo le interesaban los hombres, y la fiesta que siguió al divorcio fue tan divertida como la propia boda.

La familia de Susanne provenía de Landshut, en el estado federal de Baja Baviera. Su madre era hija de un gran fabricante de biscotes que, de niña, a Susanne le parecía mundialmente famoso. Su padre, Hellmuth Prinz, era un hombre de Stuttgart muy trabajador que había emparentado con aquella estirpe industrial. Aunque la familia habría preferido algo más selecto, Prinz demostró ser increíblemente hábil para los negocios. Con el paso del tiempo se hizo cargo de la fábrica y fue capaz de ampliarla.

Susanne (ya desde pequeña había prohibido que la llamaran Susi) y su hermano Hellmuth (a quien llamaban Helli o Hellmuth Hijo) casi crecieron sin padre. Siempre estaba en la oficina, en viaje de negocios o en la cabaña. En Austria podía comprar licencias de caza para todos los cotos, cosa que, como explicaba, no era posible en Baviera. Lo que había quedado de aquella época era una colección de trofeos macabros en la casa de Landshut y, por supuesto, la cabaña.

—¿Y qué es de Helli, de Prinz Hijo? —quiso saber el capataz.

Fred le contó lo que sabía: que el hermano se había hecho cargo de la empresa, que tras una enfermedad se había convertido al budismo y que ahora se dedicaba cada vez más a la meditación y cada vez menos a la fábrica. Es decir, como su padre, pero sustituyendo la caza por el yoga. Por lo que Fred sabía, la empresa no iba muy bien.

—Una tragedia —dijo el hombre.

Explicó que era una pena que la cabaña se utilizara tan poco, con lo que le había costado a Hellmuth Prinz adaptarse a las costumbres austriacas y sobornar a unos cuantos políticos y funcionarios para obtener los permisos no solo para construirla sino también para hacer la pista de acceso.

—Consiguió llegar hasta el mismísimo Ministerio. ¡Y eso que era alemán! Pero que conste que yo no le he dicho nada...

Aun así, pasó a relatarle que todos los años la señora ministra venía desde la capital para cazar su tradicional rebeco o ciervo. El viejo Prinz siempre se ocupaba solícitamente de ella.

—Es que la ministra... En fin, yo creo que muy lista no es. No he visto a nadie más que quisiera atarse un arnés de escalada con un lazo bien hermoso... Pero que conste que yo no le he dicho nada.

Fred quería volver a la cabaña porque todo aquello no le interesaba en absoluto pero el dicharachero capataz no se cansaba de insistir en la pena que le daba que el viejo Prinz hubiera muerto. Eso sí, estaba claro que sus amigos (sus amigos de muy

arriba) no lo habían olvidado. De lo contrario no se explicaba que hubiera allí cinco máquinas y veinte hombres, pagados por el Programa de Protección de las Aguas, arreglando una pista que nadie utilizaba.

—Pero que conste que yo no le he dicho nada —repitió el hombre.

Fred aprovechó para despedirse con rapidez, antes de que al hombre le diera tiempo de que constara que no le había dicho nada más. Mientras se alejaba, este le gritó:

—¡Acabaremos esto hoy, podrá irse cuando quiera!

—¡Yo no he dicho nada! —le respondió Fred a gritos.

Lo primero que hizo al volver a la cabaña fue buscar las llaves del Mercedes y ponerlo en marcha: quería asegurarse de que todo estaba bien. El motor arrancó a la primera. En pocas horas podría marcharse.

Fue al embarcadero y se sentó al sol, que desprendía un calor muy agradable. El lago estaba en calma y los juncos se mecían suavemente. También él se dejó mecer, un sentimiento cálido le inundó el corazón y lo embargó una dulce nostalgia. ¡Se estaba tan bien allí!

Y de pronto fue consciente de que no tenía por qué marcharse. Ya estaba otra vez inventándose sentimientos, en concreto sentimientos dolorosos. ¿Por qué lo hacía? ¿Cuándo había levantado el muro que lo separaba del mundo y de sus sentimientos? ¿Cuando su padre se fue? Es verdad que, desde que tenía uso de razón, sufría por ser hijo de padres divorciados.

Mientras él envidiaba a sus compañeros de clase porque tenían padres ricos que se compraban coches, estos lo envidiaban a él por no tener un padre con el que pelearse. Y así era, porque su padre vivía en Berlín dedicado a su incomprensible negocio de rodamientos industriales y solo iba a Viena en Navidad.

Eso sí, pagaba puntualmente la pensión alimenticia. Por eso su madre solo necesitaba trabajar media jornada de oficinista en la Fiat. Hablaba italiano de maravilla y cuando Fred la hacía enfadar le espetaba: «¡Si tú no existieras, ahora mismo estaría en Roma!». Para no interferir en sus planes italianos, Fred se marchó de casa lo antes posible y se puso a estudiar (filosofía, psicología, ciencias escénicas) y a trabajar a la vez (columnista, camarero, aprendiz de jardinero), aunque sin ningún entusiasmo ni objetivo. Y entonces su madre, en lugar de un avión a Roma, cogió la jubilación y al poco tiempo se mudó a una residencia en la que Fred la visitaba dos veces al año. Era lo máximo que estaba dispuesto a oírla repetir que, de no haber existido él, ella estaría en Roma.

A pesar de todo, estaba claro que ella había estado a su lado cuando de niño la necesitó. No como su padre, que se había quitado de en medio. Fred solo empezó a visitarlo más a menudo cuando se puso enfermo, ya de mayor, poco antes de la caída del Muro. Su relación nunca llegó a ser cordial pero al menos consiguió superar el odio que le tenía. Cuando murió, heredó su enorme piso, que estaba en un aburrido barrio residencial del antiguo Berlín Occidental. Lo vendió y con el dinero que

obtuvo no solo compró el apartamento de Kreuzberg, sino que pudo vivir dos años sin trabajar.

Pero todo eso era el pasado, era historia.

«Una historia más entre millones de historias», se dijo en un susurro mientras se quitaba la ropa y se tiraba de golpe al lago. El agua lo abrazó. Después se tumbó al sol en los cálidos tablones del embarcadero. Sí, decididamente podía quedarse allí otro par de días.

Más tarde tomó algo ligero y se fue a visitar la plantación de August, principalmente para regar.

14 de julio

Fred se despertó cuando el sol estaba ya muy alto. Todavía aturdido por el profundo sueño, casi parecido a un coma, avanzó tambaleante por el embarcadero y, como aún no era capaz de pensar, se tiró sin dudarlo a las frías aguas. El cuerpo se le despertó al instante y poco después lo hizo también su mente. Nadó un buen rato, saludó a los patos, a los juncos y a las montañas, volvió a subirse al embarcadero y se secó al sol.

Después entró en la cabaña y, cuando salió de ella con una taza de café, se llevó un buen susto.

Había una mujer en el agua. Flotaba inmóvil, con la cara sumergida. Su cabellera castaña ondulaba como los tentáculos de una anémona. «Está muerta», pensó, y el pánico se adueñó de él. ¿Qué hacía un cadáver allí?! Se le desbocó el corazón y se le hizo un nudo en el estómago. ¿Y si aún estaba viva? ¡A lo mejor podía ayudarla! Estaba ya listo para echarse al agua cuando aquel cuerpo se movió y la mujer se incorporó resoplando. Llevaba unas gafas de bucear que le daban un aspecto muy gracioso. Miró a su alrededor, vio a Fred y lo saludó con timidez. En pocas brazadas había alcanzado el embarcadero.

—¡Qué fría está el agua! ¿Puedo ponerme al sol ahí con usted?

—Por supuesto. —Y se sintió muy aliviado por que aquella mujer sentada a su lado en los tablones estuviera tan viva.

—Me llamo Mara —dijo. Tenía un suave pero extraño acento, con un leve ceceo que le proporcionaba una gracia indefinible. Le tendió la mano y sonrió.

Un poco confuso (para él estaba como resucitada de entre los muertos), le estrechó la mano. Además, le recordaba a alguien.

—Me llamo Fred. Veo que aguanta mucho la respiración —había decidido tratarla de usted para no resultar impertinente.

—Es parte de mi trabajo.

—¿Es buceadora? ¿O artista?

—Limnóloga.

—¿Tiene que ver con el baile ese?

La mujer se rio con ganas:

—No, hombre. El baile es así. —Y dobló suavemente el cuerpo hacia atrás—, y se llama limbo.

Parecía absolutamente despreocupada y natural, cosa que lo irritaba un poco porque en ese campo no podía competir.

—Así que es «limbóloga» —dijo, con voz un poco ronca.

—Limnóloga —se rio ella—. Es una rama de las Ciencias del Agua. Para ser exactos, es la ciencia que estudia los procesos biológicos de los ecosistemas acuáticos continentales.

—Ajá, los ecosistemas acuáticos... —repitió mecánicamente.

— Continentales, sí —completó ella—. Para ser exactos soy estudiante. Hago estudios de posgrado. ¿La cabaña es suya?

—Sí —contestó, algo confundido. Lo pensó un momento y rectificó—: Bueno, para ser exactos no es mía, es de mi amiga. De una amiga, quiero decir. Una conocida, para ser exactos. Del trabajo y eso.

—Genial.

—¿Genial?

—Sí, es una cabaña genial.

—¡Ah! Sí...

—Sería muy práctica para mí. Da directamente al lago, es perfecta para investigar. Con la moto se tarda mucho.

—Claro... Aunque bueno, eso depende de dónde venga.

—Ya... —suspiró ella.

Él hizo un esfuerzo por continuar la conversación:

—¿Viene de muy lejos?

—De Grünbach.

—¿Vive allí?

—Ahora sí, por el estudio que estoy haciendo. He alquilado una habitación. ¡Pero qué curioso es usted!

—Perdóneme —ahora ya no se le ocurría nada más que decir. Estaba bloqueado. Aunque el silencio que se instaló entre los dos no era en absoluto desagradable. Pasado un rato, Mara se levantó:

—Tengo sed. ¿Me daría un vaso de agua?

—Pues claro. Disculpe que no lo haya hecho antes. Venga conmigo.

Fred se dirigió a la cabaña y ella lo siguió. Él le señaló el banco al lado de la puerta:

—Póngase cómoda.

Cogió dos vasos y fue al pozo de detrás de la cabaña. Cuando volvió con los vasos llenos, se la encontró leyendo una hoja de papel, que dejó a toda prisa sobre la mesa:

—Perdón. Lo he encontrado debajo de la mesa.

Fred miró el papel. Era una de las hojas que había garabateado en los últimos días. Sintió un poco de miedo de lo que pudiera haber visto. Para quitar hierro al asunto decidió leer aquello en voz alta. Tenía que parar de vez en cuando porque no entendía su propia letra:

—«Soy parte de este mundo. Me fundo con el mundo» —y debajo, con letra casi ilegible—: «No se puede escribir sobre la vida de la misma forma que un investigador disecciona una rana» —y debajo, más indescifrable aún—: «Lo que está en juego es ~~la realidad~~ lo verdadero».

—Aquí hay otro papel —dijo ella, y se lo tendió a Fred que, con gran esfuerzo, leyó:

—«Siempre al margen suspirando / y en la arena dibujando».

—Hay una falta de ortografía —señaló Mara.

Él asintió, un poco avergonzado. Pero aun así leyó un cuarteto:

—«El verano te dejó, como fruta madura, / en el alma promesas de eternidad, mentiras. / Te convences, incauto, de que todo perdura / y entre lamento y lamento lames tus heridas».

—¡Escribe poesía! —exclamó, entusiasmada.

Él sonrió, abochornado:

—No, no. Nada de eso.

—¡Es hermoso!

—A mí no me parece...

—Gracias por el agua. ¡Un agua fantástica! —Y se levantó sin más.

«Tiene encanto», pensó Fred. Y de repente se acordó de a quién le recordaba. ¡A la sirena que August llevaba tatuada en el brazo! Sonrió ensimismado: «Una sirena...».

Mara le decía adiós con la mano. Sí, encanto, esa era exactamente la palabra.

—¡Hasta la próxima! —se despidió la ninfa, con su dulce acento. Recogió las gafas de bucear, se las puso ya dentro del agua y se fue nadando hacia el fondo del valle. Fred la siguió con la mirada hasta que quedó oculta por el siguiente entrante.

Ella no se volvió ni una sola vez.

15 de julio

Fred se despertó al amanecer y dio varias vueltas sin conseguir volver a dormirse. Como no tenía otro reloj, decidió ir al coche a mirar la hora y vio que eran las cuatro y media. Después se dio cuenta de que aquello era una estupidez. ¿Y si hubieran sido las cuatro? ¿O las seis? ¿Qué más daba?

Los pájaros cantaban tan fuerte que casi parecía que aullaban. Los peces chapoteaban y boqueaban en la superficie del lago, intentando alcanzar a los insectos, que volaban en círculos. En el bosque se oían crujidos y chasquidos, a saber qué

animales se movían entre las matas. Quizá ciervos, zorros, osos... Sin duda, el lago estaba mucho más tranquilo bajo el aire pesado del mediodía.

Encendió la cocina, hizo café y disfrutó de la calidez y la protección de la cabaña. A las ocho el sol hizo su salida triunfal por detrás de las montañas. A las ocho y media ya había recorrido a nado la mitad del lago. A lo mejor Mara estaba investigando en la otra orilla... Pero no vio a nadie y casi se alegró de no ver perturbada su soledad.

Hacia las once se comió el último trozo de pan y la última porción de queso. No había ni rastro de August ni de Mara. Se le ocurrió pensar que la joven fuera una turista que le había tomado el pelo porque, la verdad, no tenía ninguna pinta de científica. Aunque seguro que tampoco el premio Nobel Konrad Lorenz ni el explorador Hans Hass parecerían muy científicos en bañador...

Por la tarde decidió bajar a Grünbach. Ya no dependía de August y, además, se había quedado sin efectivo para pagarle en caso de que le comprara algo. Así que necesitaba tanto una tienda como un cajero automático.

Cogió la especie de diario que había ido redactando en hojas sueltas porque quería enviárselo a Susanne. Así comprendería que no quería escribir más. Que no *podía* escribir más.

Le encantó subirse a su propio coche y poder ir exactamente a donde quisiera. Se quedó sorprendido de lo bien que habían reconstruido la pista en tan poco tiempo, estaba claro que a los austriacos no se les podía reprochar nada en materia de pistas forestales.

El pueblo estaba muy cambiado con respecto al día de su llegada. En el jardín del Gasthof zur Gams había clientes comiendo y bebiendo con alegría. Alois estaba en la puerta y no se le escapaba ni un coche, por lo que enseguida reconoció a Fred y lo saludó cuando pasó por delante del local.

Aparcó el Mercedes en la plaza principal y allí pudo sacar dinero e ir a Correos, donde compró sobres, sellos, papel y una postal. Luego fue a la única tienda del pueblo, donde se quedó fascinado contemplando muchos artículos que parecían sacados de su infancia. Como homenaje a su juventud compró una lata de raviolis y otra de pimientos rellenos. En una estantería había inmensas hogazas de pan y de una viga colgaban embutidos, panceta y queso ahumado. La tendera, muy satisfecha de la calidad de su mercancía, lo ayudó a elegir, y después su marido tecleó el precio de cada cosa en una caja manual. Fred llevaba años sin ver una de aquellas máquinas.

Metió las provisiones en el maletero mientras el tendero le traía del sótano una caja de cervezas y dos de vino. La oferta de vino era incluso más reducida que en las tiendas musulmanas de Berlín, pero al menos tenían blanco y tinto.

Dio una vuelta por la plaza, visitó la iglesia y leyó los bandos pegados en los paneles municipales: «Subida del Impuesto por tenencia de perros», «Información relativa a los sistemas de protección contra aludes y crecidas». Casi sin darse cuenta

terminó en la oficina de turismo, donde lo atendió una mujer atractiva (aunque parecía algo severa) vestida con el tradicional *Dirndl*.

—¿Alquilan habitaciones? —le preguntó.

—Así es, y seguro que queda algo libre —contestó ella, y se puso a teclear en el ordenador—. ¿Qué tipo de alojamiento está buscando? ¿Quiere algo rural, de relax o un lugar familiar?

—En realidad, estoy buscando a una mujer joven —se le escapó. Ella lo miró severamente por encima de la pantalla del ordenador—. Ya sé que la mayoría de los hombres de mi edad buscan una mujer joven, pero no es mi caso. Estoy intentando encontrar a una científica con la que tengo que discutir importantes asuntos «limbólicos».

—Pues no veo cómo puedo ayudarlo...

—Sé que ha alquilado una habitación. Se llama Mara.

—Mire, la oferta aquí es de ciento dieciocho camas y no tengo un registro de huéspedes. Y, aunque lo tuviera, comprenderá que no podría enseñárselo. Lo siento.

—Tiene razón, perdóneme. Ha sido una tontería. En fin, no pasa nada, no es tan importante. Adiós.

—Adiós. ¡Y feliz estancia en Austria!

Después de lo que había pasado, los buenos deseos de la señora le sentaron un poco mal, pero lo dejó pasar. Se sentó en la terraza de un café al lado del edificio de la Administración Municipal y pidió un capuchino que, inesperadamente, superó con creces sus expectativas.

Postal. Pueblo de Grünbach, lago Elbsee.

Querida Susanne:

El tiempo es muy bueno y creo que me voy a quedar un poco más. Le llegará una carta con unos cuantos pensamientos sueltos (en sentido literal). Grünbach es un sitio bonito y la gente es muy amable.

Un saludo,

Alfred

Cuando regresó a la cabaña se encontró a Mara sentada en el embarcadero. Miraba fijamente al agua y no se dio cuenta de que había llegado. O bien, como pensó el escritor, fingía estar muy concentrada y hacía como que no lo había visto. Pero ¿por qué iba a fingir si era la persona más espontánea del mundo? De forma que, para que se volviera, se puso a hacer grandes gestos mientras decía en voz bien alta:

—¡Hola! ¡Hola!

—¡Ah, hola! —contestó ella, y acto seguido volvió a mirar al agua. Aquello debía de ser importante...

Por ello decidió no molestarla y se puso a descargar el coche. Había cierto trecho hasta la pequeña fresquera que se hallaba detrás de la cabaña y en la que quería almacenar los víveres. Cuando terminó estaba empapado en sudor. Se moría de ganas de darse un buen baño en las claras aguas así que se puso el bañador y fue al

embarcadero. Llevaba consigo las dos toallas que había encontrado, la azul para él y la blanca para Mara, que seguro que había llegado otra vez nadando desde el otro lado del lago.

La joven seguía mirando fijamente al agua y le hizo una seña para que se moviera con sigilo. Se inclinó sobre ella y miró a donde le señalaba:

—¿Ve esos peces?

—Sí, los veo a diario. Se comen todo lo que cae al agua y por eso los he bautizado «Minipirañas de Elbtal» —en ese momento recordó que tras descargar el coche no olía precisamente a rosas y, sin pensárselo dos veces, se tiró al lago.

—¡Pero Fred!... ¡Los peces!

—¡No me van a comer! —contestó él, desde el agua.

—¡Los ha espantado!

—¡Ya volverán!

En vista de aquello, ella decidió tirarse también y se puso a nadar hacia Fred con un crol elegante y rápido. Se sumergió antes de llegar a su altura y reapareció imitando a una fuente, echando un chorro de agua por la boca.

—¡El agua está buenísima! —dijo él, de forma nada original. Mara se apartó el pelo de la cara y le guiñó un ojo.

Volvieron al embarcadero y se secaron con las toallas mientras se miraban el uno al otro. Después se sentaron en el borde y, como niños, se pusieron a columpiar los pies sobre la superficie. También como niños habían dejado tiradas las toallas de cualquier manera, y formaban un amasijo blanco y azul que contrastaba con las tablas.

—¿Lo ve? Ya están aquí otra vez.

—Menos mal. Sobre eso investigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre el *Phoxinus phoxinus*.

—No sé qué es...

—Su nombre común es piscardo.

—No me aclara mucho...

—¡Pues este pez, hombre! ¡Sus «pirañas»! —Y se los señaló—. Estos de aquí, los del tamaño de un dedo con una tira negra en el lomo. En Eslovaquia se comen en vinagre. Están desovando. Si se fija, verá que los machos tienen una franja verde en el costado.

Fred se había quedado un tanto avergonzado y no sabía qué decir. Sintió ganas de tomarse una cerveza para relajarse un poco, así que propuso:

—¿Qué tal una cerveza?

—Muchas gracias, pero no tomo.

Se lo podía haber imaginado: la gente delgada no bebe cerveza. Por encima de las montañas aparecieron unas nubes negras. Se hizo el silencio. Una pareja de patos se

les acercó como si quisiera hacerles compañía y charlar un rato con ellos. Ella retomó la conversación:

—El *Phoxinus* es muy importante para la Limnología y es el tema de mi tesis doctoral.

—¿Estudia en la Universidad de Viena?

—No, pertenezco a una universidad eslovaca —parecía un poco impaciente.

—¿Está en Bratislava?

—No, en Zvolen. Nadie conoce Zvolen. Es una ciudad pequeña del centro del país.

—¿Nació allí?

—Es usted muy cotilla, ¿sabe?

De pronto restalló un trueno, con un ruido pétreo como de peñas derrumbándose pendiente abajo. Estaban sentados uno al lado del otro en el embarcadero y sus manos casi se tocaban. Mara le sonrió y él respondió tímidamente con otra sonrisa. La mano de ella se acercó como por casualidad a la de él y los dedos meñiques se rozaron. El corazón de Fred empezó a latir a gran velocidad, a pesar de sus esfuerzos por controlarse.

—¿Y qué tal una copa de vino? —se atrevió a proponer.

—¡Pero si aún es de día! —contestó ella, con cierta indignación.

—Es verdad...

Pues nada, qué se le iba a hacer. Pronto la científica se echaría al agua y se alejaría nadando como un pez. Sin embargo, el cielo tenía otros planes: unas enormes gotas aisladas empezaron a caer en la superficie del lago, sin ritmo reconocible pero en claro aumento. El siguiente trueno fue estrepitoso e hizo temblar el aire. Asustada, ella retiró la mano. Un inmenso aguacero transformó en un instante la plácida superficie del lago en un tremendo borboteo.

Mara se levantó con un gritito y se envolvió en la toalla, cosa que no tenía ningún sentido bajo aquel diluvio. Cuando se dio cuenta se echó a reír y le contagió la risa a Fred, que agarró la otra toalla y le indicó por señas que fueran corriendo a la cabaña. Llegaron al porche sin aliento y se quedaron contemplando el lago. El viento arrastraba cortinas de agua a lo largo del valle y un rayo centelleó en el cielo, seguido de un fuerte trueno.

Refugiados en la cabaña se sentían a salvo, aunque estaban totalmente empapados y un poco confusos. A sus pies se fueron formando sendos charquitos. Otro trueno los sobresaltó y se oía la lluvia azotando el tejado.

—Debería volver a la otra orilla y recoger mi moto —dijo ella, rompiendo el silencio.

—Imposible. No puede meterse en el lago ahora, es muy peligroso —y su tono era firme.

—Pues me iría bien algo de ropa...

El escritor fue al dormitorio y volvió con una camiseta blanca y unos *boxers* de cuadros:

—Siento no tener otra cosa. Me temo que los vaqueros le van a quedar aún peor... —Ella cogió las prendas y le dio muy educadamente las gracias. Entonces Fred preguntó algo que en aquel momento parecía un poco fuera de lugar—: ¿Y si nos tuteáramos?

—Si me dices dónde puedo cambiarme, por mí está bien —contestó ella, algo tímida, y luego añadió como para asegurarse—: Cambiarme a solas, quiero decir.

—Allí —le indicó el dormitorio.

—Pero no mires... —le advirtió, sonrojándose.

—Tranquila, voy a encender el fuego.

Mara desapareció en la habitación y él se dirigió a la cocina, cogió unas hojas de periódico y unas astillas y enseguida encendió el fuego. Al poco tiempo volvió ella, con la camiseta y los *boxers* sobrándole por todas partes.

—Tengo los pies fríos. Tendrías quizás...

Fred fue a la habitación y volvió con unos gruesos calcetines de lana.

—Gracias —y sonrió como una adolescente. Se sentó en una silla para ponérselos y, cuando se levantó, afirmó—: Estoy horrible...

—Claro que no. No está tan mal.

—¿Sabes? A las mujeres del Este nos educan de otra forma. Es una vergüenza salir de casa sin maquillar o mal vestidas...

Un relámpago iluminó la cabaña, seguido de un trueno.

—Bueno, por suerte ahora no tienes que salir a ningún sitio. Yo también voy a cambiarme —y se hizo un pequeño silencio.

—Vale.

Fred fue a la habitación. Ya en la puerta se giró hacia la chica:

—¡Pero no mires!

—¡No voy a mirar! —se rio, y fue a calentarse las manos a la cocina, en la que el fuego chisporroteaba alegremente.

Él apareció con unos vaqueros y una camisa a medio abrochar. Llevaba en la mano las dos toallas empapadas, además de su bañador y el bikini de Mara:

—En el Oeste nos educan de otra manera. No vamos dejando las cosas mojadas tiradas por ahí...

—¡Ay! Lo siento muchísimo...

—No te preocupes —la tranquilizó, y se puso a tender con fingido esmero en las barras de madera que estaban dispuestas a tal efecto encima de la cocina.

—De verdad, qué vergüenza... —Y le cogió de las manos el bikini para tenderlo ella misma.

—¿Tienes hambre?

—Sí, mucha.

Fred puso agua a hervir y ella lo ayudó a pelar patatas. Luego él las cortó en finas láminas y las puso a cocer unos minutos. Le explicó que así se hacían antes que si las cueces enteras. Ella admiró su destreza culinaria.

—Antes me encantaba cocinar —le contó el escritor. Y, mientras cortaba hábilmente una cebolla y la doraba en la sartén con unos trozos de panceta, le habló de su vida en Berlín, de Charlotte, de la vida sin Charlotte y de su paulatino enclaustramiento. Al echar las patatas en la sartén se dio cuenta de cuánto había hablado y se disculpó—: Perdona, por lo general nunca hablo de esto. Y he tenido que escogerte precisamente a ti, que no me conoces de nada...

—No te preocupes. Me interesan mucho las personas y sus historias.

Él batió cuatro huevos con un poco de leche y consiguió servir una tortilla muy estética. Contempló con alegría el apetito con el que comía la joven. Cuando acabó, esta se estiró y dijo:

—Estaba buenísimo.

El escritor acababa de recuperar su amor por el orden, así que quiso fregar enseguida, y ella lo ayudó. La tormenta perdía intensidad aunque aún se oían las gotas en el tejado. Se había hecho de noche.

—Me temo que ya no me voy a poder ir... —Y no parecía preocupada en absoluto.

—Puedes quedarte. Yo dormiré ahí —señaló el banco corrido.

—¿Compartimos un vino? —propuso ella cuando terminó de guardar los platos en la alacena.

Se sentaron a la mesa y Fred abrió una botella de vino tinto. Había una vela encendida y el fuego crujía en la cocina. Ella le habló de su familia y de su tierra y él trató de explicarle la extraña transformación que había sufrido en esos días. Cómo, paradójicamente, la opresión de la soledad había desaparecido con la soledad.

El fuego y el vino les habían coloreado las mejillas y les brillaban los ojos. Mara había subido los pies al banco y se abrazaba las rodillas. Fred evitaba mirarla demasiado tiempo a los ojos. Aquel romanticismo alpino empezaba a resultarle incómodo.

—Y dime, ¿qué significa Mara? —preguntó, para romper el silencio.

—¿Y Fred?

—Alfred.

—¿Y qué significa Alfred?

—Ni idea...

—Pues eso. ¡Qué más da! Además, Fred, el significado... ¿No decías que los nombres y los significados se interponen entre nosotros y el mundo? ¿Que había que ser más conscientes?

—Conscientes, sí —suspiró—. Si es que se puede...

Ella se incorporó, riendo, y ese movimiento hizo que sus caras quedaran muy cerca una de la otra. Él notó el olor de su pelo, vio las pequitas de su nariz y sus

simpáticas pestañas. Mara susurró:

—¿Eres consciente...?

Se había hecho el silencio en la cabaña, solo se oía el chisporrotear del fuego.

De repente, la puerta se abrió con gran estrépito.

August entró en la sala, calado hasta los huesos y agotado.

Llevaba en brazos a Aisha, su perra.

16 de julio

Querida Susanne:

He conocido a alguien. Se llama Mara y puede decirse que salió del lago como una sirena, aunque sus verdaderos orígenes están en Eslovaquia. ¿Conoce Zvolen? Parece que es una pequeña y encantadora ciudad universitaria en la que Mara prepara su tesis doctoral en Biología. Ahora está aquí estudiando el comportamiento del *Phoxinus phoxinus*, es decir (y como no dudo que ya sabe), de un pez llamado piscardo. Mara habla un alemán estupendo, quitando un ligero acento casi imperceptible.

No es una doctoranda de esas recién salidas de la universidad. Claro que es más joven que yo pero tampoco mucho más joven. Cuando termine el doctorado quiere trabajar para alguna asociación dedicada a la protección del medio ambiente, o tal vez en algún parque natural, por ejemplo en los Cárpatos. En la cordillera del Bajo Tatra, para ser más exactos. No está lejos de donde se crio y así podría quedarse cerca de su familia. Además, según dice, esa cordillera es realmente preciosa.

Debido a una fuerte tormenta, anoche tuvo que quedarse a dormir en la cabaña. Tengo que decir que es muy guapa, ¡pero no vaya a pensarse que abrigo segundas intenciones! Además, al final fuimos tres porque, sin previo aviso, apareció por allí August.

Traía en los brazos a Aisha, su perra. Creo que aún no le he hablado de ella. Como mi estimada editora bien sabe, en Berlín y alrededores no se me conoce por ser lo que se dice un amante de los perros. Sin embargo, Aisha es la excepción. Es negra con una mancha blanca en el pecho y otra en la punta del rabo y tiene unos ojos marrones fantásticos. Esos ojos miran atentamente el mundo con una entrega increíble y una suave melancolía. Cuando August se levanta o va a algún sitio siempre lo sigue con la mirada. Ella no se mueve pero sus cejas parecen dibujar signos de interrogación.

La tormenta los había sorprendido en una zona alejada, en la cresta de una montaña. Como era muy peligroso continuar avanzando por un terreno tan alto y sin protección contra los rayos, August decidió que se guarecerían en un hueco entre las rocas. Hacia el anochecer Aisha se hizo un profundo corte en una pata con el borde afilado de una piedra, así que el guardabosques, además de la escopeta y la mochila, tuvo que cargar con la perra, que sangraba profusamente y no podía caminar.

Cuando llegó a la cabaña estaba agotado, y entonces vio luz. Como le quedaba todavía una hora de marcha hasta su vehículo, me pidió quedarse a dormir aquí. Le dije que sí, claro está, aunque noté cierta inseguridad en Mara. Se había quedado aislada en una cabaña en el fin del mundo con dos completos desconocidos.

Lo primero que hicimos fue curar a la perra. Le llevé agua fresca y August lavó la herida, que después desinfectó con licor. Para el vendaje tuvimos que sacrificar uno de sus bonitos paños de cocina (el de las florecitas) pero quiero pensar que, como defensora de los animales, esto no le importará demasiado.

August no quería quitarse los pantalones de cuero para acostarse porque decía que, si no se secan sobre la piel, pierden su suavidad. Así que se tumbó tal cual estaba en un lado del banco corrido y, tras anunciar: «Mañana hará bueno», se quedó instantáneamente dormido. A los pocos segundos oímos sus ronquidos profundos y regulares, que sonaban como el murmullo de los árboles en el viento de la noche. El ruido de la lluvia en el tejado había cesado y Mara y yo nos sonreímos sin saber muy bien qué hacer. Por suerte el cansancio de August era contagioso y ella quiso acostarse enseguida. Como es lógico le cedí la cama y la aceptó sin muchos aspavientos.

Fui a sentarme un rato al lado de Aisha y me puse a acariciarla. Al principio me miró sorprendida pero luego puso la cabeza entre las patas con un suspiro y pude ver cómo una oleada de relajación le recorría el cuerpo. ¡Qué pelaje tan suave y cálido! Me levanté, apagué la vela y me tumbé en mi parte del banco.

Me despertó el olor del café recién hecho. August había encendido el fuego y estaba en la cocina de muy buen humor. Al verme despierto dijo: «No hay ni una nube en el cielo y la pata está mucho mejor». Me llevó el café a la cama o, mejor dicho, a la mesa, y al poco tiempo apareció Mara. Enseguida vi que no es madrugadora, me basta mirar a alguien recién levantado para saberlo. Los madrugadores tienen el mismo aspecto por la mañana que por la tarde. A los no madrugadores el sueño les deja las mejillas abombadas, los ojos hinchados, la mirada borrosa y una especie de inseguridad al moverse. Es como si estuvieran borrachos de sueño.

August y yo la saludamos muy educadamente, yo le acerqué una silla y él le llevó el café. No decía nada, y nosotros tampoco. Estuve observándola y poco a poco vi cómo recuperaba la conciencia, cómo se le aclaraba la mirada y cómo parecía que el pelo y la piel se alisaban, como acariciados por una mano invisible.

Ahora ya se han ido los dos. August la ha acompañado hasta la otra orilla para que recogiera sus cosas, que seguro que están completamente empapadas. Por lo visto el todoterreno estaba cerca de allí, así que la va a llevar a Grünbach. Pensaba cargar la moto en la parte de atrás.

Mara ha dicho que vendrá mañana otra vez.

Dígame, ¿sabe si Alfred significa algo?

Un saludo cordial,

P. S.: Tres horas después. He bajado a Grünbach a echar esta carta y a comprar algunas cosas. Mientras me tomaba una cerveza en el bar me he dado cuenta de que esto se ha llenado de turistas vieneses. Cuando llevas mucho tiempo sin estar en Viena te parece muy raro cómo hablan. Las mujeres estiran las vocales de una forma eespantooosa y los hombres se comportan con más arrogancia que si estuvieran ante el mismísimo Emperador. En fin, la empleada de Correos está deseando lo mismo que usted: que acabe esta carta de una vez. ¡Hasta pronto!

17 de julio

—El *Phoxinus phoxinus* se considera muy amenazado —explicaba Mara.

Había aparecido a media tarde precedida del traqueteo de la moto, que había puesto sobre aviso a Fred. Así, pudo distinguirla entre los árboles bastante antes de que llegara, subiendo por la pista en la antiquísima vespino que le prestaba su casera y dejando tras de sí nubecillas de humo azul. Le ondeaba el pelo al viento de la marcha y traía cara de gran concentración. En aquel lugar parecía que nadie daba importancia al pequeño detalle de ponerse un casco. «Una mariposa limonera», pensó cuando la vio llegar a lo alto de la pista con su vestido de verano amarillo.

Estaban los dos arrodillados en el embarcadero y Mara anotaba cifras y palabras en inglés en una libreta. Él lograba distinguir algunas: *importance 250-330, effects, gender y performing*.

—¿Se habla mucho inglés en Eslovaquia?

—No está bien leer lo que otra persona escribe —lo recriminó, aunque el día anterior había estado mirando con igual curiosidad los escritos de Alfred.

—Lo siento. En general suelo respetar esas cosas, aquí me estoy asilvestrando —se disculpó mientras con el rabillo del ojo leía *patterns y behaviour*.

Se puso a mirar los peces, que nadaban en círculos en formación perfecta. A veces, sin motivo aparente, el banco caía en una especie de nerviosismo y se producía un caos en el que cada pez nadaba como quería, provocando la agitación del agua.

—¿Qué hacen? —quiso saber Fred.

—Aparearse —contestó ella escuetamente.

—Ah.

—Estoy estudiando su comportamiento reproductivo. Estos peces se dan solo en zonas alpinas, en lagos de aguas muy limpias. El Ministerio de Medio Ambiente eslovaco está pensando en reintroducirlos en las aguas de los Cárpatos. Yo soy parte de un equipo que evalúa los efectos biológicos que tendría ese proyecto.

—¿Y te quedarás mucho aquí?

—No. Pronto tengo que entregar los resultados, y la temporada reproductiva casi ha terminado.

—Se acabó el sexo —al instante le pareció tan estúpido haber dicho eso que intentó arreglarlo con una pregunta no mucho mejor—: ¿Los peces disfrutan apareándose?

—El piscardo es un pez típico de los que realizan el desove en bancos. Eso quiere decir que tienen que reunirse muchos para ponerse a tono.

—Ajá.

—Como ves, nada que ver con nosotros —añadió la investigadora, y sonrió.

«Nada que ver con nosotros», resonó en la cabeza del escritor, y pensó que seguramente Mara, por decirlas en una lengua extranjera, no era consciente del efecto que producían sus palabras. La miró de reojo y se dio cuenta de que llevaba un bikini negro debajo del vestido. Puso una cara muy científica y dijo:

—Siempre me he preguntado si existe la inteligencia grupal. Yo no lo creo, por lo menos no entre los humanos. En mi opinión, la inteligencia del grupo se reduce a la estupidez de cada uno de los individuos. Pero bueno, yo no soy científico...

—No creas, también entre los científicos el tema de la inteligencia grupal y del comportamiento colectivo es bastante polémico. Hay algunos colegas que se meten en el campo de la religión y de la mística para explicarlo. Dicen que *algo*, como un espíritu superior, controla al grupo, porque si no, ¿cómo iba a saber cada pez lo que tiene que hacer? Se han hecho muchos experimentos con ratones y con peces. Por ejemplo, se puede entrenar a un banco de peces para que reaccione ante el color amarillo. ¿Entiendes?

—Sí, lo entiendo —contestó, y no pudo evitar mirar el vestido amarillo que llevaba. Ella continuó:

—Pues bien, es posible condicionar un banco de peces. Si mezclas un banco que reacciona a la comida de color amarillo con otro que reacciona ante la comida azul, el banco más pequeño suele imitar el comportamiento del más grande. Aunque depende de la intensidad del condicionamiento... Es complicado.

—¿Se pueden sacar conclusiones sobre el comportamiento humano a partir del animal?

—Sí que se puede. Otra cosa es que sean correctas. Hay colegas que describen Internet como una especie de banco de peces, como una forma de inteligencia colectiva.

—Buf, no sé... —dijo Fred diplomáticamente, aunque tenía en la punta de la lengua la expresión «estupidez colectiva». Se contuvo para no aburrirla con una de sus peroratas antitecnológicas. Ella anotó algo en la libreta y dijo:

—Me temo que con las relaciones artificiales por Internet estamos perdiendo las relaciones naturales. Y digo «relación» en el sentido de unión: unión con la naturaleza, con otras personas, con el Todo.

—Eso no suena muy científico.

—Es cierto —concedió, y se echó relajadamente de espaldas en el embarcadero—. Pero las mejores cosas no son científicas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el cielo.

Él se lo tomó como una invitación a tumbarse también, y sus cabezas quedaron muy juntas. En los ojos de Mara se reflejaba el cielo cuando dijo en un susurro, como si fuera un secreto:

—Las nubes parecen jirones de seda.

—Viene mal tiempo. Esos jirones se producen porque hay aire frío en la estratosfera o como se llame.

—¿Ves el dragón?

—¿Qué dragón?

—¡Ese de ahí! —Y señalaba un punto del cielo—. Esa es la cabeza, y está echando fuego por la boca. Y eso es el cuerpo, lleno de pinchos.

—¡Ah, sí! —empezaba a verlo—. ¡Tiene muchas púas!

—Y una cola enorme. ¡Es muy peligroso! —Se hizo un breve silencio y luego suspiró—: ¡El cielo es lo mejor de la tierra!

Fred levantó la cabeza y la miró a los ojos:

—¿Quién hace ahora poesía? ¿Tú o yo? —Y sonó menos divertido de lo que pretendía. Ella se incorporó:

—El poeta eres tú. Por cierto, ¡ya es hora de que me hagas un poema!

—No escribo por encargo —contestó, de nuevo en un tono más seco de lo que esperaba.

—Vaya, te he ofendido... —Y le acarició el brazo. Él sintió un escalofrío por la espalda y también se incorporó:

—Lo siento mucho, es que..., es que ahora mismo no escribo.

—Pero eso puede cambiar.

Fred pensó que seguramente los científicos también tenían bloqueos creativos, pero no quiso profundizar en el tema. Entonces ella señaló al cielo, en dirección Oeste:

—¿Ves la tortuga? ¡Tiene un morro enorme!

—Morro... —repitió, abstraído—. No es una palabra nada poética.

—El poeta eres tú.

—¿Nadamos un rato? Tengo calor.

El baño aclaró los pensamientos de Fred y despertó el apetito de Mara. Se sentaron a la mesa del porche y comieron algo ligero, acompañado de agua fresca recién sacada del pozo. La joven dijo que todavía tenía que hacer algunas anotaciones y le preguntó si le molestaba que se quedara a trabajar allí. Él contestó que no le molestaba en absoluto y también sacó su libreta.

—Creía que no escribías...

—Y no escribo. Solo anoto algunas cosas...

Fred oía el rasguear del bolígrafo de ella sobre el papel. Ni se planteaba escribir, para eso necesitaba estar o bien completamente solo o bien solo en medio de una

masa de gente, como en un tren o en un café. Sin embargo, se sentía a gusto a su lado y, para matar el tiempo, se puso a anotar lo que le pasaba por la mente. Por ejemplo:

«A pesar del calor, a veces la sensación de que se te congela la sangre en las venas. Se estanca. El pragmatismo. Adaptación al medio = Fin de los sueños. ¿Nos reímos de los sueños? La edad nos convierte a todos en animales de sangre fría». Se quedó mirando al lago y después interrumpió a la joven:

—¿Mara?

—¿Sí? —respondió, mientras terminaba de escribir algo y levantaba la vista.

—¿Los peces son animales de sangre fría? ¿Qué es eso de la sangre fría?

—*Sangre fría* es un término anticuado, hoy día los llamamos «poiquilotermos» o «conformistas». Son animales cuya temperatura varía con la de su entorno.

—Qué pragmáticos...

—Pues sí...

—¿Los peces tienen sentimientos?

—Bueno, tienen la hormona del estrés y la de la felicidad.

—¿Entonces saben lo que son el miedo y el amor?

—A lo mejor. Pero es un error pensar que los sienten como nosotros —y volvió a concentrarse en su libreta.

Fred miró de nuevo al lago y se puso a pensar en los peces, que adaptaban su temperatura a la de su entorno. Por eso en verano, cuando el sol calentaba el agua, entraban en calor y se animaban a reproducirse. Y seguro que en invierno no hacían nada más que nadar acá y allá con desgana buscando algo de comida.

«Ha llegado la edad de la sangre fría». Esas palabras se escaparon de la punta del lápiz y quedaron en la libreta. A veces se sorprendía de los pensamientos que producía. «¿Cómo es posible el amor si sabemos que siempre acaba? ¿Por qué comenzar siquiera, por qué mezclarse con otro cuerpo? ¿Por qué conocer otra alma? Adaptar la temperatura del alma al descenso de las temperaturas: eso es envejecer. Hay que ser práctico, pragmático. Como los peces».

Repasó lo que había escrito y añadió en grandes mayúsculas: «¿ES POSIBLE EL AMOR ENTRE LOS PECES?». Subrayó la frase dos veces y miró a Mara, que continuaba absorta en sus anotaciones. Tenía la libreta puesta de forma que él no podía leer lo que escribía.

«Parece mucho más joven que yo —pensó—. Es claramente más joven que yo, pero no es ninguna niña. Seguro que tiene en el baño varias cremas en las que pone *anti-age* o *repair*. O quizá no, a lo mejor las biólogas no usan esas cosas...». Movido por esos pensamientos escribió: «Destrucción de las formas. Hundimiento del mundo. Gloria sin sentido. Cuerpo = Decadencia». Más abajo comenzó una lista de los signos de decadencia que había encontrado en sí mismo desde hacía unos meses:

—Manos: piel de elefante. Venas prominentes como cordilleras. Uñas: sin brillo, apagadas.

—Cuello: de tortuga milenaria. Novedad: ¡arrugas en la nuca! Diferencia: el cuello de tortuga es más blanducho.

—Cara: venitas rojas en los pómulos. ¿Alcohol?

—Ojos: manchas negras y grises en las pupilas. Blanco del ojo: amarillo. ¿Hígado?

—Nariz: ¡pelos!

—Orejas: ¡pelos!

—Pecho: pelo blanco.

—Pelo: ¡cada vez menos!

—Y los pechos caídos... —Se le escapó en voz alta.

—¿Perdón?

—Que tengo los pechos caídos.

—¡Pero ¿qué dices?! —Mara soltó una risotada—. A mí no me parece. ¿Es que estás escribiendo un poema sobre el asunto? —estalló en carcajadas. Él aguantó con estoicismo y luego preguntó:

—¿No te parezco viejísimo?

—Bueno, no te conocía antes...

—La primera vez que me viste, ¿pensaste que era un viejo?

Mara ya no podía contenerse. Entre carcajadas consiguió decir:

—Sí... Claro... Pensé... Un viejo... Gordo... ¡Y con los pechos caídos!... —El ataque de risa era tal que se tuvo que levantar porque le dolía la barriga estando sentada. Él la miraba asombrado hasta que, inesperadamente, se le contagió la risa.

Ella bebió un trago de agua, logró tranquilizarse y volvió a sentarse a su lado. Fred cerró a toda prisa la libreta para que no pudiera ver lo que había escrito.

—Bueno, dime, ¿estabas escribiendo una poesía sobre mí? ¿Un poema satírico riéndote de mi figura?

—¡Pues claro que no! ¡Si eres preciosa! Y joven...

—No soy tan joven.

—Pero estás llena de energía.

—¿Eso te inspira?

—No creo en la inspiración.

—Pero habrá algo que te impulse a escribir, ¿no?

Él miró al lago y guardó silencio. Luego, intentando ser cuidadoso, dijo:

—Perdona, es que esa es la pregunta que más odio de las entrevistas. No tiene ningún sentido. No sé lo que me inspira, y pensarlo es la mejor manera de aniquilar cualquier inspiración posible.

—Lo siento... Tienes razón, es una pregunta tonta.

—A los periodistas siempre les decía: «El metro. El metro es mi inspiración. Me subo y viajo en él durante horas». Con eso se quedaban contentos, les gustaba la imagen del *cowboy* solitario perdido en la gran ciudad. Evidentemente, nunca me he

subido al metro para inspirarme. La sola idea de hacer algo para buscar la inspiración me parece absurda.

—Y es agobiante...

—Exacto.

—¿Así que escribes poemas cuando estás relajado, sin agobios?

—No, más bien cuando estoy en tensión. Pero no puede ser una tensión intencionada.

—Entonces, ¿tus poemas son accidentales?

—O quizá incidentales. Escribía movido por la emoción de alguna relación apasionada.

—Entiendo.

—O cuando tenía penas de amor.

—Ajá.

—Y también cuando estaba furioso, asustado o indignado.

—Ya veo.

—Pero ¿sabes qué era lo más inspirador?

—¿El qué?

—El plazo de entrega.

—A lo mejor tu editorial debería imponerte uno.

—Ya no me interesa... —respondió con un suspiro—. Se me ha enfriado la sangre, como a tus peces.

—Bueno, tú mismo has dicho que eso es muy pragmático.

—Sí, pero es aburridísimo...

—Creo que tu personalidad está en transición, eso es todo. En la naturaleza muchos animales cambian: la serpiente muda la piel y los pájaros, el plumaje. Durante el cambio la mayoría de ellos están muy feos y vulnerables, pero después resurgen renovados.

Fred se puso de pie con cara de escepticismo:

—En ese caso, me parece que estoy pasando de mariposa a oruga.

Ella se rio, comprensiva:

—Si la serpiente no mudara la piel, no podría crecer. Y los ciervos pierden la cornamenta pero cada año les sale una más bella.

—Me temo que a mí ya no se me va a embellecer nada...

—¿Y por qué no el alma? En mi país tenemos un refrán: «El fruto solo sale después de la flor».

—Mara, eres estupenda.

—¿Me escribirás un poema?

—Ya sabes que no puedo. Lo siento.

18 de julio

Querida Susanne:

Hoy llueve, ¡y de qué manera! Como el día en que llegué. No sé si me quedaré mucho más tiempo, parece que el otoño empieza a asomar. Me imagino que se reirá al ver que escribo *otoño* el 18 de julio, pero créame, lo noto en el aire.

A veces tengo la sensación de que me voy calmando y calmando hasta fundirme con el mundo. Salir a la naturaleza y unirme a ella, volar con los pájaros y nadar con los peces. Un pensamiento francamente agradable.

No creo que Mara venga hoy porque con estos aguaceros no hay quien vea los peces. Es un verdadero encanto y le he cogido mucho cariño, pero no vaya a pensar que esto es el comienzo de algo. Para empezar (creo que) no soy su tipo y para seguir... En fin, no lo veo claro. Ella es una científica prometedora, vive en Eslovaquia y tiene otros amigos y otros planes, sería todo muy complicado. Me ha dicho que ahora vive sola porque su hija, a la que tuvo de muy joven, ya se ha ido de casa. En otros tiempos habría pensado que estaba «disponible» pero ahora eso me queda muy lejos. Y no sé, es demasiado buena, parece que el destino me hiciera una «oferta especial» y yo, por principio, no me fío nada de las ofertas especiales. Quizá lo sucedido con Charlotte me pesa más de lo que creía, puede que no lo haya superado. En ocasiones me pregunto si alguna vez lo superaré.

Cuando el libro de la vida llega a sus últimos capítulos es importante concentrarse en cuestiones de la mente y del espíritu. Se reirá usted, que me considera joven y sano, y he de reconocer que algo de razón tiene. Aun así, siento que ha llegado el momento de aprender a ser un hombre mayor.

Ayer me pasé todo el día hablando con Mara de las cosas más dispares. Hablamos de biología (de peces), de anatomía (de pechos caídos: los míos) y, al final, de mitología (de elfos). Se quedó muy asombrada de que un poeta «alemán» (!) como yo no supiera que el nombre del lago Elbsee tiene la misma raíz que la palabra *elfo*, de manera que significa «lago de los elfos». Cree en todo tipo de espíritus y duendes, cosa que, según me contó, en los Cárpatos es tan normal como en Islandia, y a nadie le parece que esté reñido con la ciencia. Para Mara, los gnomos y los duendes son tan reales como los peces o los patos y, desde luego, mucho más reales que los depósitos bancarios o las cotizaciones en Bolsa.

Cuando el atardecer se extendió por el valle decidió volver al pueblo y se despidió diciendo: «Cuando hay luz ves las cosas. En la oscuridad son las cosas las que te ven a ti». Tuve esta idea metida en la cabeza toda la noche.

De madrugada me levanté y me quedé largo rato en la puerta de la cabaña, contemplando el lago. Bajo la fuerte lluvia parecía desprender vapor y humo mientras el viento arrancaba enormes gotas de agua de las hojas de los árboles. Y de pronto (y, por favor, no se ría) surgió ante mí la danza de los elfos. Los vi deslizarse en círculos

por la brillante superficie del agua y continuar su baile entre los juncos. ¡Créame, no fue una alucinación, ni una visión poética, ni una metáfora! Tenía la cabeza fría como un cocodrilo y sé positivamente que los vi. No me dio miedo. Lo que me asustó y me desconcertó fue la serie de preguntas que apareció en mi mente. ¿Cómo es posible que un poeta como yo creyera y dijera que no tenía alma? ¿Cómo había podido olvidarme de que venimos de otro mundo y vamos hacia otro mundo? ¿Cómo me había olvidado de que mi misión es dejar constancia de las huellas de ese otro mundo en el nuestro?

No se entusiasme, mi querida editora. Aún no sé si tendré la fuerza ni la voluntad para dejar constancia de ese mundo. Enseñamos a los niños a rezarle a su ángel de la guarda pero, al hacernos mayores, los buenos espíritus nos abandonan. Y así va el mundo. ¿Y por qué nos abandonan los buenos espíritus? Porque nosotros nos olvidamos de ellos y vivimos en una realidad en la que los únicos capaces de ver otros mundos son los niños o los locos.

Puede contarme tranquilamente entre los últimos.

Se despide tan loco como siempre,

Alfred

19 de julio

Querida Susanne:

He vuelto a verlos, a Titania y a todo su séquito de elegantes elfos.

No se me ocurre nada más.

Llueve.

20 de julio

Llueve.

Intento charlar con los elfos y con un duende que vive en el bosque, detrás de la cabaña, pero desaparecen cada vez que abro la boca.

21 de julio

Llueve.

Estoy pensando en bajar al pueblo para poder hablar un poco con alguien, pero me preocupa la pista, con toda esta agua. Mara es un nombre extraño, un nombre bonito.

Saludos

Fred

P. S.: En caso de que llegara a publicarse otro libro mío, *El amor entre los peces* podría ser un buen título. Aunque me temo que se quede solo en eso, en el título.

22 de julio

Había dejado de llover. Un sol tenue atravesaba la capa de nubes de un gris azulado. Cuando Fred oyó el ruido de un motor, el corazón le saltó de felicidad, pero no era Mara la que subía por la pista sino Aisha. Movía el rabo con alegría y lo saludó con una especie de aullido quejumbroso que lo conmovió. Ese era un asunto que tenía que tratar con Mara: si los perros son los únicos seres más importantes para los humanos que sus propios congéneres.

Entonces apareció August, sin afeitar, con un cigarrillo en la comisura de los labios y paso desganado. Parecía de muy mal humor. Dejando bruscamente una carta en la mesa, dijo:

—¡Qué asco de tiempo! Toma, el correo. Dime, poeta, ¿les has echado un vistazo a mis plantas?

—No ha hecho falta regarlas... —Y negó con la cabeza.

—¡Pero hay que quitar los caracoles! —rugió el guardabosques, y se encaminó hacia la plantación.

—¡Las cosas son como son! —le gritó Fred con ironía.

—¿Eh? —Se paró en seco y lo miró enfadado.

—Bueno, en realidad no —se rio el poeta, al que el mal humor de otros siempre alegraba—. Siempre se puede hacer algo por cambiar las cosas, ¿no?

—Claro. Y cuando las cosas han cambiado vuelven a ser como son.

—Pues eso. Me he olvidado de los caracoles: es lo que hay... —lo sorprendía que el joven se hubiera enfadado tanto.

August se puso en camino a la plantación y Fred decidió no acompañarlo. No tenía ninguna gana de que le echaran la bronca por unos caracoles. Lo que sí hizo fue abrir la carta que, como la otra vez, estaba escrita a ordenador.

Berlín, 19 de julio

Querido señor Firneis:

1) Muchas gracias por la postal, pensaba que ya ni siquiera las fabricaban. La he guardado con amor junto con los fragmentos de papel garabateado que me ha enviado, quizá algún día me sirvan para un *collage*. Desde luego para leer no sirven: cuando vi la letra creí que me estaba tomando el pelo. Solo he entendido una palabra y (se lo aseguro) estaba tachada.

2) He podido descifrar el cuarteto solo a medias. ¿Desde cuándo escribe poesía rimada? Señor Firneis, las rimas no responden a la demanda actual, ¡son imposibles de vender! Que yo sepa, el último que las hizo fue Klopstock y lleva varios siglos muerto. Bueno, y a lo mejor podemos contar también a Kästner. En cualquier caso, déjeme que le diga que ya es usted un poco mayorcito para un libro de tipo *retro* lleno de haikus, sonetos, odas y baladas. Una atractiva veinteañera que escriba sonetos rimados puede tener su público ¡pero usted...! Señor Firneis, usted no puede hacer

rimas. ¡Imagínese las despiadadas críticas del *Spiegel* y del *Süddeutschen*! Ahórremelas y, sobre todo, ¡ahórreselas usted!

3) En cuanto a su frase «Las palabras me impiden participar de la alegría de vivir», efectivamente, acertó de pleno con la primera parte: «En calidad de editora mía no le va a gustar leer esto». Pues no, no me hace mucha gracia leerlo, la verdad. Por un lado, como su primera lectora, le diré que ese «participar de» me parece muy rebuscado, sería más natural «disfrutar de». Por otro lado, puede estar seguro de que le deseo toda la alegría del mundo, pero ¿está seguro de que para conseguirla es necesario que expulse a las palabras de su vida? Piénselo mejor, querido Alfred. No solo escribe usted de maravilla, también es la única cosa que sabe hacer para ganarse el sustento.

4) La que me gusta mucho es esa Mara. Se diría que es una mujer muy interesante y debo confesarle que casi siento celos de ella. Su trato me parece muy positivo e inspirador para usted, de manera que tiene mi permiso para invitarla a dormir en la cabaña más a menudo. Bueno, siempre que usted quiera, porque lo encuentro un poco distante. Querido Alfred, esa distancia hacia Mara ¿no será un reflejo de la distancia consigo mismo? ¿O ese desinterés es en realidad una forma de coqueteo? Permítame que le dé un consejo: es cierto que a las mujeres un poco de indiferencia nos resulta atractiva PERO a veces también nos gustan las demostraciones de interés. Una demostración así de vez en cuando funciona como la luz de un faro, nos confirma que el barco lleva el rumbo correcto. En cambio, la excesiva indiferencia de nuestros queridos congéneres masculinos nos hace sentir como naves a la deriva. Y un desinterés continuado nos deja hundidas como pecios.

5) Salude a Aisha de mi parte ¡y procure disfrutar!

Le deseo lo mejor,

Susanne Beckmann

P. S.: Me he preocupado de hacerle una búsqueda en Google y he encontrado que Alfred significa algo así como «aconsejado por los elfos», o bien «príncipe de los elfos».

Aquel *post scriptum* le llegó al alma, aunque no el resto de la carta.

—Te mandan saludos —le dijo a Aisha, que ya había vuelto de inspeccionar la plantación. Alfred se dio cuenta de que aún cojeaba un poco. Apareció August:

—La próxima vez que llueva, hazme el favor de ir a quitar los caracoles.

—Qué bien, primero me regaña mi editora y ahora tú. Va a ser un día estupendo —y buscó consuelo en la perra, que se dejó acariciar y le lamió la mano con abnegación.

—¿Está transitable el sendero junto al lago? —preguntó el guardabosques.

—Ni siquiera sabía que existía...

—Ah, claro. Si lo supieras, no habrías intentado bajar por la pared de piedra... ¡Aisha, ven!

El gigante y la perra se marcharon a inspeccionar el estado de los caminos tras las intensas lluvias, como corresponde a unos buenos guardabosques. Al verlos alejarse Fred se fijó en que August estaba totalmente despeinado y le salían como cuernecitos de la cabeza. «En fin —pensó—, todos podemos tener un mal día».

Fue a la cabaña, reunió todas las hojas que le había escrito a su editora y las repasó por encima. Le hablaba de la lluvia, de los elfos... ¿de verdad iba a enviarle aquello? Seguro que se reía de él. Aunque, por otro lado, no podía ser peor que lo que ya le había mandado. De manera que lo metió todo en un sobre, puso la dirección y salió a dejarlo en el todoterreno de August. Quería ahorrarse el viaje al pueblo no por pereza, sino por miedo a no estar cuando llegase Mara. Después pensó que un paseo por la orilla le sentaría muy bien, y se le ocurrió que a lo mejor se la encontraba trabajando en otro entrante del lago.

Rápidamente localizó el sendero que había mencionado el joven y se preguntó cómo no lo había visto aquel día. Era un caminito serpenteante que unas veces iba justo al lado del agua, otras subía por las rocas dejando el lago abajo, y otras se internaba un poco en el bosque. El suelo estaba húmedo y olía a tierra mojada. De pronto, oyó el ladrido de Aisha, que sonaba diferente. No era el ladrido pícaro que Fred conocía de cuando intentaba sacar algún ratón de su madriguera (y en realidad solo jugaba porque sabía que no iba a conseguirlo). Esta vez era un ladrido agudo, atemorizado, casi despavorido. Aceleró la marcha y al poco tiempo empezó a correr por el bosque, hacia unas peñas. Las piedras resbalaban y no era fácil avanzar. Entonces vio a la perra, que estaba en un saliente y ladraba sin parar mirando al lago. Claramente, algo no iba bien. En pocos pasos estuvo a su lado y miró hacia el agua. Allí estaba August, con sus pantalones de cuero, su camisa, su chaqueta y sus botas de montaña, tratando de salir entre chapoteos.

—¡Pero, August, no esperaba esto de ti! ¡No me digas que te has caído!

Resultaba muy cómico ver a aquel gigante agitando brazos y piernas para mantenerse a flote. Pero lo cierto es que no decía nada, solo resoplaba, y Fred se dio cuenta de que aquello no tenía nada de gracioso cuando vio que su amigo se hundía. Sin pensárselo dos veces se quitó los zapatos y se tiró al lago. Necesitó un momento para orientarse una vez en el agua y después vio que August había conseguido sacar la cabeza y boqueaba buscando aire. El escritor se preguntó por un instante cómo iba a arrastrar a semejante coloso pero al final (por suerte en situaciones de emergencia nos lo pensamos menos que al pedir en un restaurante) se limitó a echarle un brazo alrededor del cuello, como si quisiera estrangularlo, se puso detrás de él e intentó ganar la orilla nadando hacia atrás. Sin embargo, en el sitio en el que estaban solo había una pared de roca, por allí no podrían salir. Había que alcanzar una playita de grava que estaba a unos veinte o treinta metros de distancia. A mitad de camino, Fred pensó que se ahogaba él también. Estaba tan lejos... Le dolían tanto las piernas que apenas conseguían mantenerlo a flote, y se le estaba agarrotando el brazo derecho, con el que intentaba nadar. Tuvo que soltar por un momento a August y gritarle:

—¡Estate quieto! ¡Para de chapotear de una vez!

Entonces lo agarró con el otro brazo e inspiró profundamente. Dejar que su amigo se ahogara no era una opción, y la claridad con la que se le presentó ese pensamiento le infundió nuevas energías. Cuando alcanzaron la playita casi se había quedado sin aire. Aisha llegó corriendo y le lamió la cara a su dueño, que sonrió un poco. En cuanto pudo hablar, Fred le preguntó:

—¿Qué te ha pasado? ¿Un desmayo? ¿Un infarto? ¿Te duele algo?

—Ya estoy mejor.

—¿Por qué no nadaste hacia la orilla?

—Ya estoy bien.

—¿Estás mareado? ¿Te duele la cabeza?

—Creo que me resbalé en la roca y caí al agua.

—Pero ¿por qué no nadabas?

—Es que... ¡No sé nadar!

Agotado, el escritor se tumbó boca arriba y dejó caer la cabeza sobre la grava. Así se quedaron los dos media hora, tirados a la orilla del Kleiner Elbsee y mirando al cielo, cuyo color gris oscuro empezaba a aclararse.

Mara estaba sentada en el embarcadero cuando los dos llegaron tambaleándose a la cabaña, y los saludó de lejos. Fred le devolvió el saludo y le gritó:

—¡Vamos a ponernos algo seco! ¡Nos hemos bañado un poquito!

Una vez dentro, le prestó a August una camisa seca:

—¿Cómo es posible que no sepas nadar? ¡Todo el mundo sabe nadar!

—Mi madre quiso enseñarme por el viejo método de tirarme al agua. Yo tenía seis años, le parecía que ya iba siendo hora. Pero siempre he sido terco como una mula así que, en lugar de nadar, simplemente me hundí. Me senté en el fondo del lago a ver qué pasaba. Y entonces apareció una sirena y me salvó.

—¿Una sirena?

—Sí, ya sabes, esa mezcla de pez y mujer. Por arriba, mujer y por abajo, pez.

—Pero no era de verdad...

—En mis recuerdos es de verdad... Aunque mi madre diga que fue ella quien me salvó.

Se dirigieron al embarcadero, donde vieron que Mara dejaba su libreta a un lado y se levantaba para saludarlos. Ese día parecía una exploradora, con sus pantalones llenos de bolsillos y su camisa de cuadros. Les preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Ya te lo cuento luego —contestó Fred, modestamente.

—Me voy a la oficina —dijo August.

—¿Tienes una oficina? —preguntó Mara, asombrada.

—Sí, y me espera una cita con un mayorista de maderas —contestó, y sonó casi tan enfadado como al principio del día—. Ya está bien de perder el tiempo, ¡adiós!

Cuando levantó el brazo para despedirse, Fred pudo ver el tatuaje:

—¿Esa sirena es la que te rescató? ¿Tu salvadora?

El joven asintió con la cabeza, llamó a Aisha y se subió al todoterreno.

Oyeron su claxon sonar en la curva de la pista desde la que se podía ver el lago.

De repente a Fred le cayó todo el cansancio encima.

—Creo que todo esto me ha afectado más de lo que pensaba... Ver a ese gigante ahogándose como un niño...

Y le contó a Mara lo que había sucedido. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y ella lo abrazó.

—Vaya un héroe llorón... —dijo, intentando bromear para no echarse a llorar también. Era muy sensible y siempre se le contagiaba el llanto de otros.

—Ay, Mara... —suspiró él, dentro del abrazo. Había un beso flotando en el aire... Y allí se quedó, porque no se atrevió a materializarlo.

—Ay, Fred... —suspiró ella cuando notó que el escritor se apartaba. Le pasó el brazo por los hombros.

Se quedaron mirando a los peces y vieron que los bancos estaban siendo atacados por las voraces truchas alpinas.

—La muerte los alcanza mientras hacen el amor... —dijo él.

—Así es la naturaleza...

—¿Y cómo es nuestra naturaleza?

Se quedó callado mientras pensaba: «El amor también es peligroso para nosotros. Corremos hacia la perdición movidos por nuestras pasiones. Pero ¿tenemos que renunciar a ellas solo porque son irracionales? ¿Acaso no hemos venido a este mundo para experimentarlas, precisamente porque tenemos la posibilidad de vivirlas? ¿O, todo lo contrario, debemos renunciar a ellas, abstenernos? La mayoría de las religiones nos ordenan abstinencia y renuncia. Las más amables nos animan a reconocer que los deseos y las pasiones son meras ilusiones. Pero eso ¿cómo se hace? ¿Y cómo distinguir la *sabiduría* que encierra no hacer algo de la *cobardía* que encierra no hacer algo?...». Tras sus cavilaciones preguntó:

—¿Crees que ser letal forma parte de la naturaleza del amor?

—Solo sé que tener hambre forma parte de la naturaleza de Mara.

—Está bien, me gustan las mujeres que sienten hambre. ¿Qué te parece si pescamos unas truchas? ¿O interfiere con tus experimentos?

—No interfiere, con la lluvia el agua se ha enfriado y se ha acabado el desove.

En un rincón de la cabaña había una caña de pescar y en un tarro al lado encontraron plomos y anzuelos. Salieron fuera y Fred, con una habilidad que ignoraba, lo preparó todo. Ya solo faltaba el cebo, para lo que Mara alcanzó un piscardo que no había sobrevivido al desove y flotaba cerca del embarcadero. Tuvieron gran éxito.

Aunque estaba terminantemente prohibido, encendieron una pequeña fogata en la orilla. Al fin y al cabo no solo conocían al agente forestal, sino que este estaba en deuda con ellos. No hacía nada de viento pero el cielo seguía gris, así que se

mantenían bien cerca del fuego mientras giraban muy despacio las ramitas de avellano en las que habían espetado los peces. Cuando estuvieron asados se los comieron con las manos y se contaron historias de cuando eran pequeños. Pero la alegría no duró mucho porque el humor de Mara cambió de repente. Solo contestaba con monosílabos.

—¿Estás bien? —se interesó Fred.

—Tengo que irme.

—Ya sabes que puedes quedarte aquí. Y por más tiempo, si te apetece.

—Fred, yo... no soy yo.

El escritor se preguntó por qué su voz le parecía distinta, pero la tranquilizó:

—Bueno, yo también estoy un poco confuso. Lo de no ser yo mismo lo sentí hace un par de días, y lo bueno es que es verdad. Lo que consideramos nuestro yo no es más que la proyección de lo que los demás creen que somos. Con el tiempo terminamos creyéndonos que somos la persona que los demás ven y nos sentimos obligados a seguir representando el papel que nos han adjudicado. ¡Y lo que es peor, creemos que *somos* ese papel!

—De eso se trata precisamente, Alfred.

Cuando oyó que lo llamaba por su nombre completo sintió un escalofrío por la espalda. Ella se levantó para irse y él preguntó:

—¿Nos vemos mañana?

—No te levantes —le contestó con una sonrisa—. Mejor quédate sentado. Odio las despedidas dramáticas.

Le estrechó la mano, le dio un beso en la mejilla y le susurró algo muy bonito al oído. Después subió a toda velocidad el talud hasta la moto, desde donde le hizo un gesto de despedida. Tenía lágrimas en los ojos. Cuando Fred se dio cuenta echó a correr cuesta arriba, pero la moto ya estaba muy lejos. ¿Y si cogía el coche e iba tras ella? Pero no. Nada de despedidas dramáticas. Nada de persecuciones. Así era todo tan fácil, tan simple... ¿Es que podía ser de otra manera?

Decidió bañarse y nadó un buen rato por el lago, en cuya lisa superficie se reflejaban las claras cumbres, las nubes y el oscuro bosque. La estela que iba dejando se cerraba tras él. «Al menos en el agua no dejamos huellas», pensó. Salió, se sentó en el embarcadero para secarse y se puso a pensar en ella. Notó una opresión en el pecho. La echaba de menos. Mara...

Esa noche el poeta Alfred Firneis volvió a escribir. En cuatro horas compuso ocho poemas y luego hizo una pausa. Se tomó un vaso de vino, salió a respirar al exterior y estuvo revisándolos durante dos horas más. Cuando terminó se tomó otro vino y se fumó un cigarrillo mientras los releía. Aceptables. Quizás incluso buenos de verdad.

23 de julio

Elisabeth Halbig había pasado la noche luchando consigo misma. Estaba furiosa, triste y desesperada; había maldecido y llorado como nunca en su vida hasta que, al final, la venció un sueño casi inconsciente.

Sin embargo, cuando se despertó por la mañana sabía muy bien qué hacer. Nada de escribir un correo electrónico, iba a llamar por teléfono. Y en ese mismo instante:

—Hola, soy Lisi. Oye, no puedo hacerlo. Ya no puedo más... Vale, en una hora.

«Nunca tiene tiempo —pensó—, al menos no para mí». Abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó la causa de todos sus males: un contrato. Estaba escrito a mano y metido en una carpeta transparente. Aunque se lo sabía de memoria, volvió a leerlo:

Reunidas de una parte Susanne Beckmann (parte contratante) y de otra Elisabeth Halbig (parte contratada) acuerdan las siguientes

CLÁUSULAS:

1) El objeto del presente contrato es lograr que el autor Alfred Firneis retome su actividad como escritor de poemas.

2) La duración de este contrato es de diez días. El plazo es prorrogable si hay acuerdo entre las partes.

3) La parte contratada recibirá un importe de cien euros diarios más gastos de desplazamiento (alojamiento y gasolina).

4) En caso de que el autor arriba citado escribiera doce o más poemas, la parte contratada recibirá cincuenta euros por cada uno de ellos.

5) La parte contratada se compromete a no revelar la existencia de este contrato ni la identidad de la parte contratante.

6) La parte contratante se compromete a respetar el pseudónimo de la parte contratada (Mara) y a no revelar su verdadera identidad.

Berlín, a 8 de julio. Firmado:

«En mala hora lo firmé», se lamentó Lisi. En su momento todo parecía tan fácil... Estaba con Susanne en su terraza y habían charlado mucho y muy a gusto, rodeadas de laureles y matitas de romero, casi tocando el cielo sobre Berlín. «Y, en fin, había bebido un poco...», intentó justificarse, aunque bien sabía que a su exmarido nunca le habría tolerado semejante excusa.

«Pero me resistí y protesté —recordó, mirando por la ventana, por la que veía unas vacas pastando—. Le dije claramente: “Susanne, es la peor idea que he oído nunca”».

8 de julio

—¡Susanne, es la peor idea que he oído nunca!

—Vamos, Lisi. El hombre tiene depresión, o *burnout*, o las dos cosas. ¡Piensa en lo mucho que podrías ayudarlo!

En aquella tibia tarde de julio, Susanne le había contado todo lo que sabía de Alfred Firneis. Le habló de su juventud en Viena, de su madre, que estaba en una residencia, y de su exnovia Charlotte, a la que Lisi conocía porque no hacía tanto que su propia hija había dejado de ver el canal infantil. Le describió el estado lamentable de su piso y el arrebato limpiador que le había entrado en la cabaña. Por supuesto, Susanne le habló de lo esencial de sus poemas: de lo esenciales que eran para su economía.

—Tuvimos tanto éxito con sus dos poemarios que perdí la perspectiva, no me preocupé de ahorrar para tener un margen. Saqué varios libros muy buenos, aunque sabía que nadie los iba a comprar. Y entonces me cayeron encima los impuestos y me reclamaron a la vez los pagos anticipados y los atrasados.

—Pues habla con tu hermano, que para eso es rico.

—¡Qué va! Está tan mal como yo. Ha echado por tierra el trabajo de dos generaciones. Al menos yo no he hundido el negocio de nadie, es mi propio trabajo el que se va por la alcantarilla —Lisi nunca había visto a Susanne tan deprimida. Y es que esta no podía parar de pensar que su fracaso arrastraba también a sus dos empleadas y a todos sus autores—. Mi asesor fiscal no hace más que recordarme que estoy en crisis y en apuros, de verdad que tengo que contenerme para no abofetearlo —para calmarse le dio un largo trago al *prosecco* y se comió dos *grissini*—. Con un libro nuevo de Firneis me concederían todos los créditos que solicitara.

—Te lo repito: es la peor idea que he oído en mi vida. No va a funcionar, los líos como este nunca funcionan. Y lo sabes muy bien —por toda respuesta la editora mordisqueó otros dos palitos de pan—. ¡Y deja de roer esas cosas! El ruido me pone de los nervios.

—Son integrales... —adujo en tono de disculpa.

—¡Aún peor! —Estaba muy nerviosa porque se sentía presionada. «Presionizada», como decía su hija de pequeña—. ¿Por qué no llamas a una agencia de acompañantes?

—Lo he pensado, pero ¿sabes lo que cobran?

—¡O sea, que yo soy la opción barata! ¡Qué bien!

—¡No es solo eso! Esas chicas no tienen clase, no están a tu nivel. Te necesito a ti, Lisi. ¡Por favor!

—¡Me estás «presionizando» mucho!

Susanne suspiró y volvió a dejar en el plato el *grissini* que acababa de coger:

—Tienes razón. Es una idea estúpida. Es solo que no veo otra solución, estoy desesperada. Y pensé que a lo mejor te parecía emocionante ser mi última esperanza.

Lisi se dio cuenta de que era víctima de una jugada típica de su amiga, que tenía el don de quitar la presión en el momento adecuado. La eliminaba toda de golpe, con lo que se creaba una especie de vacío que te absorbía y, sin darte cuenta, terminabas haciendo lo que ella quería. La editora dijo con un suspiro:

—Pues nada... Disfrutemos del atardecer porque en breve no podré pagar este piso...

Una botella de *prosecco* después era Lisi la que devoraba palitos integrales mientras repasaba mentalmente todas las cosas que había probado en los últimos años: salsa, samba, talleres de expresión corporal, retiros budistas, el karma y el dharma, terapia craneosacral, pilates, danza expresiva, imaginación, improvisación, «Espíritus de la Naturaleza I» y «Espíritus de la Naturaleza II», flores de Bach, ayurveda, entrenamiento de la voz, seminarios de respiración, Teatro del Oprimido... Ya no había casi nada, humano ni divino, que le resultara extraño. Todo aquello había ampliado tanto sus horizontes como vaciado sus bolsillos.

En realidad, lo que Susanne le ofrecía era un trabajo como cualquier otro. Y ahora que su hija se había ido de casa y su exmarido había dejado de pagar la pensión alimenticia cualquier ingreso extra era bienvenido. Iba bastante justa con el salario fijo que ganaba en una gran empresa de *catering* especializada en producciones cinematográficas. Ella era la encargada de la organización y el suministro, y le gustaba trabajar en la encimera, en el espacio entre la cocina y el plató. El próximo rodaje iba a empezar a mediados de agosto, por lo que aquella oferta no podía ser más oportuna.

Tenía cierta tendencia a ponerse sentimental cuando las veladas se prolongaban. Después se odiaba, al recordar que había incomodado a los demás con su autocompasión y sus delirios de grandeza. Pero no podía evitarlo, y tampoco pudo aquella noche:

—Mi hermano siempre lo hace todo bien. Es médico, como mi padre; ortopeda, como mi padre; conduce un BMW, como mi padre; tiene dos hijos, como mi padre...

—Sabía que era el momento de callarse porque en el libro *Aquí y ahora* había aprendido que la autocompasión y la presunción son «las expresiones más indignas del yo». Pero había cogido carrerilla y no podía parar—: ¡A ti te va bien, Susanne! Pero yo vivo sola y no tengo dinero...

—Lisi, te hago notar que yo estoy igual —su amiga no se alteró lo más mínimo.

—Sí, pero a ti no te han despachado de tu agencia de actores diciéndote: «No le beneficia en nada estar aquí si no tiene nada que ofrecer».

—Eso ya me lo has contado... —suspiró Susanne.

Lisi guardó silencio, ofendida, y se puso a reflexionar. Era verdad que, bien examinados, algunos aspectos de su currículum artístico dejaban mucho que desear. En realidad, no hacía falta analizarlos mucho, se veía de lejos que Elisabeth Halbig, de Troisdorf bei Köln, era una inepta. Le entraban ganas de llorar: lo único que hacía verdaderamente bien era ser una inútil. Hizo un repaso mental:

Idiomas: alemán y dialecto de Colonia.

Formación: entrenamiento de la voz, Teatro del Oprimido, improvisación (3 talleres), respiración (diplomada).

Experiencia: *Intriga y amor*, de Friedrich Schiller. Papel protagonista: Luise. (Lo que no ponía era en qué año había interpretado a aquel personaje de la literatura universal, ni tampoco que el escenario había sido el polideportivo de su instituto, que llevaba el nombre del genial escritor).

Otros papeles: Mujer apache en *Winnetou III*, en el Festival Karl May de Bad Winzenberg. (De nuevo evitaba mencionar tanto que se trataba de un papel mudo como que era una de las veinte apaches ligeritas de ropa cuya misión consistía en darle un toque erótico a la producción).

El apartado «Cine/Televisión» directamente no existía en el currículum de Elisabeth Halbig.

Haciendo caso de lo que había leído en el libro, decidió no contarle nada de eso a Susanne. Había aprendido que la autocompasión es patética, improductiva y que, lejos de crear empatía, genera agresividad. Así que, en lugar de eso, preguntó:

—¿Te parece que me tome la última?

Por la manera en que su amiga asintió se dio cuenta de que iba siendo hora de marcharse. Mientras llenaba la copa pensó que era una tontería no aceptar su oferta. No exigía mucho tiempo, no tendría que soportar presiones, prometía ser interesante y, además, podría trabajar al aire libre. Por otro lado, le serviría para realizarse: no solo retomaría la interpretación y ganaría dinero, sino que llevaría a cabo una buena acción. Una acción que beneficiaría a Susanne, al poeta ese y, además, a toda la humanidad, que tendría que agradecerle haber sido la musa inspiradora de maravillosos poemas inmortales. En el seminario *Haz fluir tu fuerza* había aprendido que oponer resistencia a la vida te bloquea la energía positiva. Así que se puso en pie y exclamó:

—¡Lo haré!

Susanne dio un respingo y preguntó, sorprendida:

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Me lo he pensado mejor.

—¿Y qué pasará si vuelves a pensártelo?

—No me echaré atrás. Vamos a ponerlo por escrito, así podré recordarlo mañana.

—Tómalo con calma, consúltalo con la almohada. Hay tiempo, la «misión» no empezaría hasta dentro de unos días.

—Vamos a hacerlo ahora, que ya me conozco. Necesito verlo negro sobre blanco.

Y así, entre las dos, redactaron el contrato más en broma que en serio, hicieron una fotocopia y firmaron los dos ejemplares. Después Lisi abrazó a su amiga y se permitió el lujo de pedir un taxi para volver a los alrededores del antiguo aeropuerto de Tempelhof, donde estaba su piso, que ahora le resultaba demasiado grande.

12 de julio

—¿A qué te dedicas?

—A la Biología y la Oceanografía.

—¿Más en concreto?

—A las Ciencias del Agua.

—¿Y más en concreto?

—A las aguas continentales.

—¿Cuál es el término técnico?

—Limnología. Soy limnóloga —llevaba tres días practicando y aquello seguía pareciéndole un trabalenguas—. ¡Lo digo fatal! Parece que estoy borracha: «limmmóloga», «limmmología».

—No te preocupes.

Susanne se divertía mucho en su nueva función de directora y consejera artística. Ensayaban en casa de Lisi, lo que le resultaba muy conveniente porque, al no estar en la editorial, se libraba de las continuas llamadas de sus autores y de las miradas críticas de sus empleadas.

Recordó cómo había conocido a su amiga. Fue en el primer ensayo del montaje teatral de *Sombras de niebla*, un título de su editorial. De todas las novelas de su catálogo, esa era sin duda la menos apropiada para las tablas. Había aceptado la invitación a la primera lectura para advertir a su autora del posible fiasco que, efectivamente, se materializó al poco tiempo. Había sido inevitable porque retirar los derechos de representación habría perjudicado más a la editorial que el fracaso de la producción. Así que Susanne permitió que la minúscula compañía Off-Theater siguiera adelante. En la lectura participaba Lisi, que la ayudó a no morir de aburrimiento con sus bromas sobre las extravagancias de los actores. La propia Lisi las conocía muy bien porque las tenía todas, aunque también poseía la inteligencia suficiente para reconocerlo.

Por ejemplo, en un momento de la lectura el director la interrumpió y ella, con un movimiento de diva airada y mirando a los presentes, tiró el guion al suelo diciendo: «¡Chicos, así no puedo trabajar!». Ya desde el principio rechazó de plano el nombre de su personaje, llamado Uta —«Sí, claro, ¡¿y por qué no Puta?!»—. Lo que más risa le dio a Susanne fue cuando leyó sus primeras frases sin pausa ni entonación alguna y después levantó la vista para preguntar con fingida ansiedad si había estado bien.

Al acabar el ensayo se dieron cuenta de que iban en la misma dirección y de que las dos tenían hambre, así que terminaron en un restaurante tailandés con un menú del día muy razonable. De esa manera rompieron el mito de que a partir de los treinta ya no se hacen amigos nuevos. La diferencia de edad tampoco fue un problema, porque Susanne, por su trabajo, se pasaba el día rodeada de gente más joven y eso la mantenía al día.

Se veían con regularidad. Susanne llamó entre lágrimas a Lisi cuando murió su padre; Lisi llamó entre lágrimas a Susanne cuando su hija se fue de casa. En verano hacían viajes juntas, ya fuera a bañarse en el lago Müggelsee o a comer pescado en la ciudad hanseática de Stralsund. Siempre terminaban hablando de sus historias

amorosas y, salvo los episodios más patéticos, se lo contaban todo. En aquel aspecto tan bello como enojoso de sus vidas estaban de acuerdo en una cosa: en que su deseo de libertad e independencia era un poco más fuerte que el de la seguridad que ofrece una relación estable. La mayor parte del tiempo, al menos.

Susanne volvió a la realidad:

—Respira. A ver, despacio: lim-no-lo-gí-a. Y no te olvides del acento checo.

—¿No habíamos dicho que soy eslovaca?

—¡Es verdad! Me temo que nunca me voy a acostumbrar a esa separación...

—¡Pues deberías!

—Lo sé... En fin, ¿de dónde eres?

—De Troisdorf, ya lo sabes.

—¡No, mujer! En el papel.

—Ah, claro. De Zvolen, una ciudad del centro de Eslovaquia de cuarenta y dos mil habitantes. Iglesia renacentista, edificios barrocos en la plaza central, Universidad Técnica, Instituto de Limnología. Cerca del parque nacional de la Cordillera del Tatra.

—Perfecto. Y ahora hablemos del acento. Yo creo que tiene que ser muy dulce, ¿no?

Lisi calló por un momento:

—Pues no sé... ¿Y si es una tontería? ¿Para qué esforzarme?

—¿Te parece mucho esfuerzo?

—¡Claro! Poner el acento y recordar toda esta vida eslovena... Quiero decir, eslovaca. ¿Merece la pena?

—Hace al personaje más interesante. Primero para Alfred, que te encontrará muy exótica. Y segundo para ti misma, que tendrás que trabajar más en tu interpretación.

—No sé...

—Además, piensa que si fueras alemana, querría ir a verte o te pediría un número de teléfono. O podría investigar en las universidades. Al final seguro que descubriría el pastel.

—Eso es cierto.

—Eslovaquia es mejor, ya lo verás. No sabe nada del país ni conoce el idioma.

—Más vale que tengas razón.

—Pues a ver, ¿cómo te llamas? —Y comenzó sin previo aviso la retahíla de preguntas.

—Mara.

—¿Qué investigas?

—Peces.

—¿Qué peces?

—Mmmm... ¿pescardos?

—Piscardos.

—¡Nunca me acuerdo!

—¿Alfred vive en...?

—Una cabaña muy bonita —aquí se acordó de poner el acento eslovaco.

—¿Y está prohibido...?

—Besarlo.

—¿Cómo te llamas?

—Mara.

—¿Y los peces?

—Piscardos. Perdona un momento, ¿por qué no puedo besarlo?

—Por mí haz lo que quieras. Lo importante es que escriba.

—No lo besaré —dijo muy decidida—. Esto es un trabajo y yo soy una profesional.

—¡Muy buena actitud!

—Aun así tengo un poco de miedo...

—¿Por qué?

—No sé bien. Por ejemplo, no entiendo sus poemas.

—Ni falta que hace, no los entiende ni él...

—No seas mala.

—¡Pero si lo dice él mismo! Según él, los poemas no están para entenderlos. Al menos no con la razón.

—Ah, me gusta la idea de que solo se ve bien con el corazón...

—Él me lo explicó así: «Intenta mirar una manzana. Solo mirarla. Sin pensar si está arrugada, si es ecológica o si tiene pesticidas. Sin calificarla, sin decir si es verde, una Granny Smith o una Golden Delicious. Cuando lo hayas conseguido con una manzana, puedes intentarlo con las palabras de un poema. Leerlas en voz alta, dejar que suenen sin intentar comprenderlas. Dejar que surtan su efecto».

—¡Qué interesante!

—Sí, pero eso era cuando todavía escribía.

—Ay, Susanne, no lo voy a conseguir...

—¡Claro que sí! Y podrás llamarme cuando quieras.

—¿Y cuál será mi vestuario? Quiero decir, ¿qué me llevo?

Juntas rebuscaron en su armario y eligieron un vestido de verano amarillo y un bonito atuendo de exploradora, consistente en una camisa y en un pantalón con muchos bolsillos, además de dos bikinis. Aparte de eso, Susanne le había comprado un libro, el *Manual de etología comparada*, para que estudiara el comportamiento animal.

El ánimo de Lisi pasaba de una cierta euforia a las dudas más profundas:

—Esto es un engaño, una farsa, un fraude.

—No, no. Se encontrará a sí mismo, lo liberarás, lo salvarás.

—Así empiezan todas las catástrofes: con una persona que pretende salvar a otra.

Al día siguiente se subió al coche y puso rumbo a Grünbach. Durante todo el viaje la acompañó el presentimiento de que no se equivocaba con lo de la catástrofe.

23 de julio

Aunque el sol brillaba y las vacas estaban durmiendo la siesta tranquilamente, Lisi no se atrevía a salir de la pensión porque no quería encontrarse a Alfred. Tenía que mantener la cabeza fría y quitarse de en medio. Era el momento de frenar.

Sonó el móvil y en la pantalla apareció una foto de Susanne, muy sonriente. «Pues ahora verás cómo dejas de sonreír», pensó mientras descolgaba, y después le contó con todo detalle lo que había sucedido el día anterior. Lo demás ya se lo había dicho: que había dormido en la cabaña, lo amable que había sido Alfred cocinando para ella, sus resistencias a escribir y la aparición de August. Lisi había insistido en lo orgullosa que estaba de lo bien que representaba su papel. Pero ahora había surgido un problema: Fred le gustaba cada día más, cada hora más...

—En el momento en que se echó a llorar en el embarcadero me enamoré de él perdidamente, sin remedio.

—¡Pero si un hombre que lloriquea no es nada atractivo! —objetó la editora.

—¡Pues él sí! —Y contuvo un sollozo—. Acababa de arriesgar su vida por salvar la de otra persona. Estaba allí como un héroe sobrepasado por sus sentimientos.

—Ya... Y te enamoraste de él.

—¡Pero él no de mí!

—O quizá sí.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por sus cartas.

—¡Enséñamelas!

—No.

—¿Qué decía de mí?

—Pues para sus estándares parecía bastante entusiasmado.

—Se ha enamorado de Mara y no de Elisabeth Halbig, más conocida como Lisi.

—¿Y qué?

—¡Pues que quiero que se enamore de mí!

—¿Por qué insistes tanto en eso?

—Porque es el hombre de mi vida.

—Lisi, estás exagerando muchísimo.

—¡Claro, exagero! ¡Total, seguro que encontraré cientos como él...! Susanne, nunca he tenido tanta conexión sentimental con un hombre.

—Bueno, y ¿dónde está el problema? —La editora sonaba un tanto irritada.

Lisi subió el tono:

—¿Que dónde está el problema? ¡El problema está en que todo esto es un fraude! En que lo he engañado, perdón, lo *hemos* engañado. ¡Tú eres la *madame*, y yo, la prostituta que lo ha engatusado!

—Pensaba que no os habíais acostado.

—¡Pues claro que no! ¡No soy una prostituta!

—¡Ni yo una *madame*! Y ahora cálmate. ¿Es que no recuerdas el contrato? Alfred nunca lo sabrá. Nunca.

—Eso no cambia el hecho de que lo he engañado.

—¿Es que no confías en mí?

—¡No tiene nada que ver contigo! Soy yo la que no podrá volver a mirarlo a los ojos. No puedo ir y decirle: «Te vas a reír, Alfred, no me llamo Mara. Ha sido todo una broma, en realidad me llamo Lisi y soy de Troisdorf. No soy una científica estrella sino una actriz estrellada. Mi hija acaba de abandonar mi casa años después de que yo abandonara a su padre y lo mejor que espero de esta vida antes de que una terrible enfermedad termine conmigo son unas cuantas tardes entretenidas delante de la tele».

—¡Lisi, exageras de una forma espantosa!

—¡Para ti es todo tan fácil!

—¡Sí, claro! ¡Fíjate lo fácil que es que hoy me han embargado el almacén!

—¡Te lo tienes merecido!

—Anda, tranquilízate un poco —le rogó Susanne—. Respira.

—¡No quiero respirar!

—Bueno, pues ahógate.

—¡Pues me ahogo!

Susanne colgó. Lisi tenía la sensación de estarse ahogando de verdad. Sollozaba mientras caminaba de un lado a otro de la habitación intentando calmarse, pero esta era tan pequeña que no le proporcionaba mucho alivio.

Abrió la ventana y observó a las vacas, que irradiaban una indiferencia tan total que la enfureció: ¡no les importaba nada! Intentó controlar la respiración (no en balde era diplomada) y se dijo: «No, no es que no les importe nada. Simplemente están en paz consigo mismas. Como la montaña, que es siempre la misma. Se mantiene inmutable e indestructible aunque llueva, nieve o truene. A veces cambia de forma pero en su interior es siempre la misma montaña».

Una oleada de calma le recorrió el cuerpo. La montaña. La montaña a cuyo pie había un lago a cuya orilla había una cabaña en cuyo banco estaría sentado Fred, esperándola. ¡Fred! Intentó calmarse:

«Tranquila, Elisabeth, respira».

«¡Estoy harta de respirar!».

«Tranquilízate. Los pensamientos como vienen se van».

«¡No me vengas con esa palabrería de la meditación!».

«El sol saldrá en tu corazón y te dibujará una sonrisa en la cara».

«O a lo mejor no».

Aquel diálogo interior dejaba claro que los intentos de calmarse no iban a funcionar. Con un gran suspiro se sentó a la incómoda mesita que había en la habitación, cogió la libreta y un bolígrafo, hojeó los apuntes pseudocientíficos que había tomado sobre el comportamiento de los peces y, finalmente, se puso a escribir

una lista. Aquello de las listas sistemáticas lo había aprendido de Susanne aunque, la verdad, las suyas casi siempre terminaban siendo un verdadero caos.

Hechos:

- 1) Estoy enamorada del poeta Alfred Firneis.
- 2) Eso es un problema porque yo no soy yo (Lisi) sino Mara.
- 3) ¡¿Por qué tengo que enamorarme justo cuando yo no soy yo?!

Tachó el punto tres porque no era un hecho. Aunque estuvo un rato pensando, no se le ocurrió nada más que incluir en esa categoría. Así que abrió una nueva:

Opciones y consecuencias:

1) Hablar con Fred y decirle la verdad. Le confesaré que no soy Mara sino Lisi y que tenía un acuerdo con su editora. Le diré que lo lamento todo muchísimo y que, de allí en adelante, lo amaré como Lisi y no como Mara.

Consecuencias:

a) Fred se siente muy herido por el abuso de confianza, tanto por parte de Susanne como por la mía.

b) Fred me perdona porque está enamorado de mí. Entonces se lo podríamos contar todo a Susanne. O bien le damos una buena lección por tener ideas tan estúpidas.

c) Le doy igual a Fred. Se enfada con Susanne y ella a su vez se enfada conmigo.

2) Me lo callo todo y me marchó. Desaparezco sin decirle nada a Fred. Ventaja: no incumplo el contrato y salvo la cara.

Consecuencia: no veré a Fred nunca más. Consecuencia: me sentiría fatal, y él seguramente también.

Estuvo pensando un buen rato y, como no se le ocurría nada más, abrió otro apartado:

Posibilidades imposibles:

1) Convertirme en Mara, la chica de Zvolen, Eslovaquia central. Podría viajar regularmente por cuestiones de trabajo a Berlín o a Grünbach, lo que mejor convenga. Si Fred quisiera conocer a mi familia, tendría dos opciones: o bien impedirlo a toda costa o bien alquilar unos familiares por unos días. Ventaja: podría seguir viendo a Fred. Inconveniente: continuaría engañándolo y me enredaría cada vez más en la mentira. Además, sería muy cansado.

2) Podría decirle que Mara es mi hermana gemela y que ha tenido que volver a Zvolen. Y que yo, Lisi, tomo el relevo y tengo tiempo para él. Inconveniente: muy poco creíble.

3) Podría alegar que estaba bajo el efecto de las drogas o que sufrí un episodio pasajero de desdoblamiento de personalidad, por lo que no recuerdo a Mara en absoluto. Inconveniente: ¿y si no le gusta Lisi? ¿Y si Mara es la mejor versión de Lisi? Y, por otro lado, ¿cómo de atractivo es eso del desdoblamiento de personalidad?

Sin darse cuenta se había ido calmando. Escribir la tranquilizaba ya en la infancia, en eso se parecía a Fred. ¡Y dale! Siempre Fred, Fred...

¿Qué lo lastimaría menos: la mentira piadosa o la desaparición muda? Concluyó que, sin duda, la desaparición. Tenía que irse, por mucho que le doliera. Por amor a Fred debía sacrificar su amor. Era la opción más noble. La única.

Resumen:

Debo enmendar mi error renunciando a mi amor por él, por amor a él.

Lisi recogió apresuradamente sus cosas: el vestido amarillo, el bikini negro y el blanco, la libreta. A su casera le explicó que tenía un compromiso urgente en Berlín y le agradeció la bonita habitación y que le hubiera prestado la moto. Se puso las gafas de sol y se agazapó todo lo que pudo tras el volante de su pequeño Peugeot rojo.

Cuando pasó por el letrero que decía «Vuelva pronto a Grünbach» no sintió ningún alivio. Al contrario, le habría encantado que Fred la descubriera en su huida y le impidiera marcharse. Pero estaba claro que no había vuelta atrás.

Tenía que hacer ese sacrificio aunque a él le doliera, tenía que desaparecer de su vida para protegerlo de un dolor aún mayor: el de la verdad.

24 de julio

«¿Por qué a mí? ¿Por qué siempre lo mismo? —se preguntaba Fred, que se había puesto a limpiar la cabaña esperando sentir la euforia de la otra vez pero no estaba teniendo ningún éxito. Mientras frotaba el suelo de rodillas pensaba—: Hay dos cosas terribles para mí. Una es que me mientan, me pone absolutamente furioso; pero al menos me enfado. La otra es que alguien desaparezca sin más. Eso me desarma por completo, me mata».

El miedo al abandono lo acompañaba siempre y tenía buenos motivos, dado que lo habían abandonado varias veces en la vida. Él nunca se peleaba con nadie ni rompía ninguna relación: a Fred lo abandonaban. Primero su padre y después, cuando aún era un niño, su amigo Kurt, del que no se separaba y que de pronto ya no quiso jugar más con él. Después su primer amor, Nadia, con la que había quedado en la parada del autobús y que lo dejó tirado: le dijo adiós por la ventanilla mientras él corría como un tonto detrás del vehículo. Más adelante su segundo amor, Kathi, que de un día para otro no quiso saber nada de él (sin darle ninguna explicación y sin que él supiera qué había hecho mal). A veces, años después, se presentaba la oportunidad de que le dijeran: «No sigues enfadado, ¿verdad?». Pero el reconocimiento de culpa implícito en esa pregunta no cambiaba en nada las cosas.

La última en abandonarlo había sido Charlotte. Un buen día también ella se fue. Fred no solo reconocía sus errores sino que además conocía a fondo el funcionamiento de sus miedos y su eterno retorno. Aun así, nada de eso mitigaba el dolor de cada nuevo abandono.

Lo horrorizaba la sensación de haberse quedado solo. «Este miedo anida en mí desde que mi padre salió de mi vida —pensaba mientras frotaba con un cepillo la superficie de la cocina—. Para un niño de ocho años que vivía en la Viena de los

setenta, Berlín estaba en otro planeta, al otro lado del Telón de Acero. Al otro lado me he quedado yo también, sin lograr traspasar nunca ese telón. Me moría de miedo solo en casa cuando mi madre tardaba en volver de la compra porque se había entretenido tomando café con alguien. Estaba seguro de que me quedaría solo, de que se había marchado para siempre, de que la había atropellado un coche o la habían secuestrado. La policía me llamaría para darme la triste noticia, o bien llamarían los secuestradores, o aparecerían los del orfanato y me dirían que mi madre no volvería, que se había ido, que estaba muerta para siempre jamás. En esos momentos no podía pensar en nada ni hacer nada, estaba tan asustado que no podía ni llorar y me quedaba sentado con las manos y los pies helados y la sensación de que no me llegaba la sangre a la cabeza. Y así seguía hasta que oía la llave en la cerradura y el sonido de las cestas de la compra en el recibidor, y entonces se me saltaban las lágrimas, me las secaba a toda prisa y corría a abrazar a mi madre, que era tan suave y tan cálida y estaba tan viva... Y estaba ahí, para mí, abrazándome. Cuando me preguntaba qué pasaba le decía que nada, y ella no insistía en saber por qué lloraba. Lo peor es que ese sentimiento de soledad me asaltaba también cuando no estaba solo. *Soledad* no es la palabra, sería mejor *separación*. Estar separado de todo. Nadie se lo creería, con la fama de simpático que tengo».

Siguiendo el ejemplo de lo que estaba haciendo, trató de limpiarse la cabeza de esos pensamientos. Había llegado a la ventana, donde se quedó un rato parado mirando al lago. Allí, en el embarcadero, habían estado tumbados dos días atrás, cuando aún creía que sus sentimientos por Mara eran recíprocos. Pero parecía claro que no era así. La había esperado durante todo el día anterior, y hoy ya no la esperaba. No iba a volver, se había marchado. Fred podía sentirlo.

En ese momento oyó el ruido de un motor. ¿Y si esta vez se equivocaba? De un salto salió de la cabaña y se encontró frente a frente con August, que llevaba en la mano un enorme trozo de panceta.

—Gracias —le soltó el guardabosques, sin más.

—No hacía falta... —Y acarició a Aisha para ocultar su desilusión.

—¿Qué te pasa? ¿Es que has dejado de fumar?

—Eso es —le contestó secamente.

Con August siempre había que estar a la defensiva. Menos cuando había que salvarle la vida, claro, pero seguro que esa oportunidad no se presentaba muy a menudo. Se sentaron en el porche, liaron unos cigarrillos y fumaron en silencio hasta que el joven dijo:

—La mayoría de la gente vive como si no fuera a morir. Y luego se muere como si no hubiera vivido.

Fred consideró la frase un momento, asintió y respondió:

—¿Sabes? Estoy un poco harto de tus máximas de sabiduría alpina.

—¡Por fin eres sincero! —Y se rio—. Pensé que nunca me dirías lo pesado que soy. Oye, ¿dónde está tu novia?

—¿Qué novia?

—No te hagas el tonto. Tu sirenita del lago.

—No es mi novia. Y no sé dónde está.

—¿Os habéis peleado?

—No.

—¿Os habéis acostado, al menos?

—Eso no es cosa tuya.

—Es verdad, pero me interesa.

—Pues para tu información, no. Ni siquiera un poquito.

—Pues qué pena. Estoy seguro de que es estupenda en la cama.

El escritor resopló enfadado y remedó a August:

—«Buena en la cama», «buena en la cama». ¿Qué significa eso? Cuando dos personas se entienden, se lo pasan bien. Y si no, es mejor dejarlo estar.

—Te complicas la vida. Le das vueltas a esa cabeza de chorlito y te dedicas a repasar cada neurona a ver si por algún lado aparece una dificultad o un obstáculo. ¡Y el que busca encuentra!

—Mira que eres pesado...

—Pues seré breve: tú querías acostarte con ella y ella quería acostarse contigo. ¿Y cuál es el resultado? ¡Que ella se ha ido y tú estás disgustado!

—¡No es tan sencillo!

—¡Claro que sí! —En ese momento era August el que parecía irritado—. ¡Mira a tu alrededor! En todo el mundo solo importa una cosa: el sexo. La procreación, la transmisión de genes, mantener el ciclo de la vida, dilo como quieras. ¿Qué buscan las flores? Sexo. ¿Y las ranas? Sexo. ¿Y los ciervos? Sexo. ¿Y esos peces vuestros? Sexo. ¡Así de sencillo!

—¡Ah, así de sencillo! —se asombró del cinismo de su voz—. ¿Y qué hay del agua? ¿Y de las nubes? ¿También buscan sexo? Me parece que tu visión del mundo es un poquito parcial.

—Volverá y podréis recuperar el tiempo perdido.

Fred le dio un puñetazo en el hombro con todas sus fuerzas pero el joven era duro como una roca y se rio mientras él se frotaba el dolorido puño. Aunque estaba convencido de lo contrario, concedió:

—Puede ser que vuelva. Pero no me va a encontrar porque mañana me voy a Berlín.

—¿Para hacer qué?

—¿Y qué hago aquí?

—¿Damos un paseo por la montaña, poeta?

—¿Y me lo preguntas? Venga, vamos.

Echaron a andar con energía por el sendero de detrás de la cabaña, el que pasaba al lado de la catarata y subía entre los altos abetos. De repente parecían viejos amigos. Además, o bien August iba más despacio o bien Fred se había puesto en

forma, pero en cualquier caso el escritor conseguía mantenerse al paso. Aisha se puso a ladrar cuando llegaron a la cima. Tenían ante sí la cordillera de los Alpes y, a sus pies, el mundo. Entonces el joven dejó escapar su canto tirolés y luego miró retadoramente a Fred.

—Hoy no quiero intentarlo —dijo este—. No estoy muy fino...

—Pues ya sabes que nunca hay que tocar con instrumentos desafinados.

—Otra de tus fastidiosas máximas de sabiduría...

En vista de eso, dieron un buen trago de agua y comieron panceta con pan en la mejor armonía. August le señaló unas nubes altas que se acercaban por el Oeste:

—Mañana cambia a peor, y estará así dos semanas.

—¿Sabes todo eso por unas pocas nubecitas?

—Por las nubecitas sé que el tiempo va a cambiar.

—¿Y cómo sabes lo de las dos semanas?

—¡Porque lo miro en *tiempo.com*!

Bajaron a buen paso y cuando llegaron a la cabaña el joven preguntó:

—¿Volveremos a vernos?

—No lo sé —contestó Fred, mientras se arrodillaba y acariciaba a Aisha—.

¿Quién sabe?

Los dos hombres se dieron un abrazo corto pero afectuoso.

—Que vaya bien —se despidió August.

—Que vaya bien —repitió Fred, a la austriaca.

25 de julio

Tal como August y *tiempo.com* habían predicho, al día siguiente llovía a mares. Alfred se puso a recoger sus cuatro cosas y tardó muy poco porque eran, literalmente, cuatro cosas. La limpieza había quedado lista el día anterior. Solo necesitó dos viajes al coche para meterlo todo y ya estaba preparado para marcharse. ¿O debía esperar un poco? ¿Y si, a pesar de todo, Mara aparecía?

Decidió ir al embarcadero una última vez sin importarle la lluvia. Allí era donde se habían abrazado. El agua del lago había sostenido su cuerpo y, quién sabe, quizá aún contenía alguna partícula que pudiera unirlos. Fred y Mara, Mara y Fred. Al otro lado habían encendido la fogata. Aún podía oír su risa, ver su cara. Sintió amargura en la boca y nostalgia en el corazón. Una hoja de arce llegó volando y se quedó pegada a los húmedos tablones.

Se dio cuenta de que tiritaba de frío y regresó corriendo a la cabaña. Hasta el último momento no había decidido qué hacer con lo que había escrito, con los poemas que había compuesto por ella y para ella. Pero una vez dentro echó los papeles a la cocina de leña. Ya no valían nada. Mara... Poemas... Esperó hasta que el fuego lo consumió todo.

Echó la llave y subió al coche sin volverse a mirar atrás. Más abajo abrió la barrera del camino forestal. ¡Adiós, Elbsee! ¡Adiós, cabañita! «Una elfa te amará para siempre». ¿Por qué le había susurrado Mara esas palabras? ¿Para reírse de él?

Aparcó ante el Gasthof zur Gams y bajó dejando el motor encendido porque no pensaba demorarse nada.

—Aquí están las llaves, me vuelvo a casa. Adiós.

—Pues sí que has aguantado... —Gruñó el dueño.

—Ya ves, Lois —en esos días habían cogido confianza.

—¿Y has cambiado?

—¿Cómo dices?

—Cualquiera que pase arriba un mes vuelve cambiado.

—¿Un mes? —repitió, incrédulo.

Lois miró una notita que había metido en el sobre de las llaves el día que llegó:

—Viniste el 27 de junio y hoy es 25 de julio. Cuatro semanas.

—Increíble...

—¿Y...?

—¿Qué?

—Que si has cambiado.

—No. Adiós, que vaya bien.

Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza aquella pregunta mientras salía del valle y enfilaba las mesetas de las estribaciones de los Alpes. El hombre que cuatro semanas atrás había entrado en el Gasthof zur Gams y bebido vino y cerveza como un cosaco tenía muy pocas semejanzas con el que ahora conducía melancólicamente hacia Berlín. Incluso su físico había cambiado. Se miró en el retrovisor y vio que estaba muy moreno, lo que destacaba sus ojos claros. Al día siguiente tenía que ir sin falta al peluquero.

Un poco antes de Ratisbona se encontró un atasco. Llevaba media hora parado cuando se dio cuenta de algo fundamental: el atasco le daba completamente igual. Ni rastro de inquietud, de impaciencia ni de pánico. «Pues claro que no he cambiado —pensó—. Es que soy una persona totalmente distinta». Pero eso no tenía por qué saberlo el dueño del Gasthof zur Gams...

Mientras Alfred Firneis se tomaba con calma su atasco, en Berlín Elisabeth Halbig entraba en tromba en la editorial de Susanne Beckmann. El piso consistía en dos habitaciones y media y, además, pequeñas: una para Susanne; otra que compartían la lectora y la responsable de prensa; y la media, que servía de almacén. El padre de Susanne le había comprado el piso cuando los inmuebles estaban aún tirados de precio en el barrio de Mitte. Había sido un «adelanto de la herencia», como se decía entonces. Lástima que no fuera seguido de una «verdadera herencia», como se descubrió al abrir el testamento. Lisi entró en el despacho, furiosa:

—¡No hay forma de hablar contigo! ¡No me coges el teléfono! ¿Qué habías pensado, que podías ahorrarte hablar con la tontita? ¡Pues no! Llevo treinta y seis

horas encerrada en mi casa esperando que me llames, muerta de calor y cociéndome en mi propio jugo. Susanne, yo corrí a tu lado cuando me dijiste que tenías problemas, te escuché durante horas y accedí a tu estúpida idea. Por TI he recorrido ochocientos kilómetros de ida y ochocientos de vuelta, y por TI me he aprendido un papel que por TI he interpretado a la perfección. ¡Y ahora resulta que tú no puedes dedicar un segundo de tu tiempo a llamarme a MÍ!

Se quedó muy satisfecha porque había conseguido decir todo lo que se había propuesto. Desde que habían hablado por última vez se habían ido acumulando muchas cosas que quería decirle. En la pausa que siguió miró a su alrededor por primera vez. Susanne estaba sentada tras su escritorio y la miraba petrificada. En vista de eso, continuó despotricando:

—¡No me extraña que no tengas tiempo! ¡Has hecho reformas! ¡Has ampliado la oficina! Ya entiendo: el banco al final te ha dado un crédito porque tu autor estrella por fin va a escribir, ese autor al que exprimes como a un limón. Ahora estará sufriendo y seguro que eso es buenísimo para sus versos y para tus negocios. Has sido muy lista, ¡enhorabuena!

—¿Has acabado? —Y la voz de la editora no sonaba arrogante sino triste. Ante el silencio de Lisi, explicó—: La oficina no es más grande, está más vacía. Hoy se han llevado la fotocopidora y ayer, los cuatro dibujos de los que mi padre estaba tan orgulloso. Los de Max Ernst, seguro que los recuerdas. Con ellos he pagado lo que debía a las imprentas. Las chicas de ahí fuera son tan fantásticas que se quedan dos horas por las tardes a hacer trabajo administrativo, sin cobrar. La verdad, pensaba que no quedaba gente así...

—Lo siento mucho, Susanne... Es que... no puedo pensar en nada más.

—No te preocupes.

—¿Por qué no vendes la cabaña? Es tuya, ¿verdad?

—Sí que lo es, y nada me gustaría más. La odio, vivir sin electricidad me parece horrible. El problema es que está en un terreno alquilado y para poder venderla el arrendador tiene que dar su consentimiento. Ese hombre quiere quedarse la cabaña y, como sabe que nadie más puede comprarla sin su consentimiento, me ofrece una verdadera miseria. No llegaría ni para una fotocopidora decente.

—Mierda...

Susanne le alcanzó unos papeles:

—Es el borrador del catálogo de otoño. El nuevo poemario de Alfred Firneis, *El amor entre los peces*, es el título estrella. La cubierta es genial, ¿verdad? Y ya está todo preparado: presentaciones por todo el país, entrevistas, ejemplares en pruebas, una tirada de cien mil ejemplares... Los agentes están que saltan de alegría y las librerías hacen pedidos sin parar. Pero claro, nos falta lo fundamental.

—Bueno, a lo mejor Fred tiene algún poema perdido por ahí. En fin, no creo, pero por probar...

—Lo que me envió era muy raro. Había haikus y versos con rima y cosas así...

—A lo mejor esconde un alijo de poemas en algún sitio.

—Eso sería un milagro.

La editora abrió un cajón y sacó un billete de quinientos euros que puso sobre la mesa:

—El final de mis reservas de dinero negro. Es tu primer pago.

—No lo quiero.

—Por favor. Es tuyo. El resto te lo daré cuando las cosas mejoren.

—No, en serio.

—Escúchame, has trabajado de verdad y has tenido gastos. Y todo por mi idea de mierda. Por favor, cógelo.

—Te hace falta para otras cosas —y empujó el billete hacia atrás.

—A ti también te viene bien.

—Pero no lo quiero.

—No lo hagas por orgullo, de verdad. Te agradezco mucho lo que has hecho y te llamaré en tiempos mejores.

—No lo voy a coger.

—Deberías.

—Es dinero sucio, ¿es que no lo ves? —había empezado a gritar pero se le quebró la voz—. Es peor que dinero sucio, es dinero inmoral. Por él he vendido mi amor y cualquier esperanza de recuperarlo.

—Me temo que, en este punto, que lo aceptes o no ya no importa.

—Sí que importa.

—Dime qué puedo hacer por ti, Lisi —su voz sonaba verdaderamente desesperada—. Rompamos el acuerdo. Si quieres, voy a la cabaña o le escribo una carta a Fred y le cuento toda la verdad: que todo esto no ha sido más que una estúpida idea mía.

—Eso no hace desaparecer mi responsabilidad. Yo he sido el instrumento para llevar tu idea a la práctica.

—¡Pues díselo y échame toda la culpa! Es verdad que todo es culpa mía. Y ya no tengo nada que perder...

—Ni yo tampoco. ¿Y sabes qué es lo peor? Que me he dado cuenta de que juego mejor a ser Mara que a ser Lisi.

—«Jugamos siempre, quien lo entiende es sabio^[7]».

—No me vengas con citas. Fred va a odiar a Lisi.

—O quizá no...

—¡Pero si hasta yo prefiero a Mara! —Y notó que iba a echarse a llorar.

—Por favor, dime qué puedo hacer.

—Nada. No hay nada que hacer. Tu editorial se hunde, mi amor se hunde, y eso es todo —se levantó y se quedó un momento sin saber qué hacer porque su amiga no reaccionaba. Entonces rodeó el escritorio, le dio un beso en la mejilla y le dijo—: Todo se arreglará. Algún día...

Susanne cogió el billete y se lo puso en la mano. Lisi lo miró un instante y, sin pensarlo dos veces, lo rasgó en pequeños pedacitos. Después salió a toda prisa del despacho.

26 de julio

Cuando Fred se despertó tardó un rato en darse cuenta de dónde se encontraba. También en Berlín cantaban los pájaros, aunque de forma distinta. Sin duda, la mayor diferencia estaba en los olores. Kreuzberg, su barrio, olía a asfalto, a polvo, a especias y a gasolina, mientras que Grünbach olía a agua, a tierra y a agujas de abeto. Se dio una ducha fría, que no se podía ni comparar con su habitual baño matutino en el lago. Le dolía la cabeza.

El día anterior había encontrado su piso tal como lo dejó. No había estado fuera tanto tiempo, era normal que no hubiera grandes cambios. Sí es cierto que el aire estaba muy cargado, pero eso tuvo fácil solución. Özer alabó su buen aspecto y le vendió dos botellas de vino y una latita de su exquisito tabaco turco. Por desgracia, aquella noche se bebió las dos botellas.

Y ahora tenía resaca. Se había olvidado de lo deprimente que era. Las únicas resacas que no deprimen son las causadas por veladas divertidas, cuando al día siguiente puedes decirte: «¡Qué gran noche!». Aquella mañana Fred solo se decía que se estaba haciendo viejo.

Fue al teléfono.

«Bueno, parece que aún no me han cortado la línea», pensó Susanne, que, como todas las mañanas, estaba en la editorial aunque apenas había nada que hacer. Descolgó y se encontró con el saludo de Alfred, que le agradeció su estancia en la cabaña. La editora se sentía mal pero aun así se alegró de escucharlo. En el fondo le gustaba ese Firneis, a pesar de que no acababa de respetarlo (como a ningún escritor, por otra parte). Escuchó con atención lo que le contaba y se dio cuenta de que el nombre de Mara se repetía a menudo. Demasiado a menudo, incluso.

Sobre la mesa tenía los restos del billete de quinientos euros que la mujer de la que su interlocutor hablaba con tanto entusiasmo había hecho pedazos. «Si lo pego, seguramente podré cambiarlo en el banco», pensó, ya que no era nada amiga de los grandes gestos dramáticos. Sujetó el auricular con el hombro y, mientras escuchaba, se puso a reconstruir el billete con cinta adhesiva. Entonces se le ocurrió una idea. Su último cartucho:

—No parece que su estancia en la cabaña haya sido muy productiva.

—Bueno... Los últimos días más bien sí —contestó el escritor, algo vacilante—. Creo que en parte se debió a Mara.

—¿Eso quiere decir que puedo hacerme ilusiones? ¿Ha escrito algo, señor Firneis?

—Sí. Y cosas buenas, creo yo. Ya sabe usted que soy muy crítico.

—Hasta cierto punto, sí.

—De pronto volví a escribir.

—¿Y son textos suficientes para un libro? —La voz de Susanne sonaba cada vez más animada.

—Bueno, habrían bastado para un pequeño poemario.

—¿A qué viene ese condicional?

—A que los he quemado.

—¿Qué?!

—Que los he quemado. Usted me dijo que no quería rimas, ni haikus, ni descripciones, ni sentimientos...

—¡Yo nunca he dicho eso!

—Al final pensé que no quería poesía de ningún tipo. Así que lo quemé todo.

Susanne sentía ganas de gritar y de insultar a aquel maldito escritorzuelo pero, haciendo un esfuerzo supremo, logró contenerse. Solo tenía una oportunidad de salvar la editorial, debía mantener la cabeza fría. En un tono muy seco, disparó su cartucho:

—Señor Firneis, déjeme que le diga una cosa. Sé dónde está Mara. Estoy dispuesta a darle esa información con una única condición, y es que quiero esos poemas. Título provisional: *El amor entre los peces*. Ahora son las diez de la mañana, tiene usted treinta horas exactas para reescribirlos o para componer unos nuevos. Y no me pregunte ahora por ella, mañana se lo diré todo. Lo espero en mi despacho mañana, 27 de julio, a las cuatro de la tarde.

Y colgó. Entretanto había terminado de reconstruir el billete, que metió en el bolso para llevarlo al banco. No al suyo, claro, sino a otro en el que no la conocieran. Por el camino iba pensando que, en caso de que Fred entregara los poemas, tendría que incumplir el contrato y descubrir la identidad de Lisi, lo que seguramente le costaría su amistad con ella. Pero con el paso de los años Susanne había aprendido a no tener mala conciencia por cosas que aún no habían sucedido.

En ese mismo momento Lisi se encontraba ya cerca de Leipzig. Allí tomaría un desvío hacia el sur y seguiría a su corazón. Al menos de eso intentaba convencerse, porque en realidad no sabía si seguía a su corazón o si se había vuelto completamente loca.

Después de la patética escena en el despacho de Susanne había vuelto a su piso y había salido al balcón a contemplar el parque del cementerio y a fumar un cigarrillo detrás de otro. Solo fumaba un día al año, y ese era el día más indicado. Pensó que a ese ritmo enseguida estaría en la tumba. Aunque de todos modos eso iba a suceder antes o después, y tanto su atlética figura como sus elevados sentimientos acabarían pudriéndose en el cementerio. Aquel pensamiento la hizo entrar a la carrera en casa para abrir una botella de *limoncello* y devorar un paquete de *grissini* integrales. Llevó todo a la mesa, se sentó, encendió otro cigarrillo y decidió hacer balance. Hacer balance puede resultar difícil para un empresario pero para una persona en crisis es

sencillamente mortal. Tras tomarse tres chupitos del licor —que había traído de Apulia, de las que, con toda probabilidad, habían sido las últimas vacaciones con su hija— dibujó un gran símbolo de suma en un folio. Estuvo un buen rato devanándose los sesos pensando en los aspectos que podían considerarse positivos, pero solo encontró tres. El folio aparecía tristemente vacío.

- 1) Tengo una hija estupenda (a la que casi nunca veo).
- 2) Estoy (hasta cierto punto) felizmente divorciada.
- 3) Mi hermano es un triunfador.

Dedicó todo el siguiente vasito a considerar si debía incluir su figura atlética en la lista. Al final decidió que no porque el cuerpo es un valor tan inseguro como perecedero; además, acababa de iniciar su destrucción a base de *limoncello*, *grissini* y cigarrillos Muratti. ¡Aquello sí que era una dieta mediterránea! Le dio la risa y entonces cayó en la cuenta de que tenía la gran capacidad de reírse de sí misma. Sí, eso podía valer muy bien como último punto:

- 4) Se me da genial ridiculizarme.

La siguiente dosis de licor no la ayudó a aclarar si podía contar como aspecto positivo la capacidad de destruir su propia autoestima. Lo que estaba claro es que ese talento lo había heredado de su madre. No la autocrítica, sino la crítica-indiscriminada-a-Lisi.

Hacía un tiempo había asistido a un curso terapéutico de fin de semana orientado a la superación de dramas familiares. Allí, junto con la terapeuta, había podido identificar las tres fases de su infancia: de los cero a los siete años su madre la había tratado como a una muñeca, como a una nena de juguete a la que ponerle adorables vestiditos y trenzarle graciosamente el pelo para luego lucirla en público. Entre los siete y los catorce había reinado la indiferencia más total, lo que (considerado desde un punto de vista optimista) podía interpretarse como una fase de libertad. Sin embargo, a partir de los catorce años lo único que recibió de sus padres fueron críticas. Su madre ejercía la acusación y su padre siempre se ponía de parte del más fuerte, es decir, de su esposa. Partían de la base de que Lisi nunca hacía nada bien y, en caso de que lo hiciera, no era en absoluto necesario mencionarlo. Tenía malos amigos, malas notas, malas aficiones; llevaba zapatos feos y ropa espantosa; sus novios eran horribles; sus expectativas laborales eran muy ingenuas y sus papeles teatrales, ridículos; su piso carecía de gusto... Curiosamente, todo aquello no se cuestionaba en el caso de su hermano mayor, que creció en total libertad y con la idea de que se iría de casa lo antes posible. Y así fue. Incluso se casó con una suaba y se mudó a Heidenheim an der Brenz, sin que nada de eso supusiera un problema para sus padres. Era lo normal en él. Lisi, en cambio, tenía que mirar el pasaporte cada vez que volvía de la casa familiar para asegurarse de que seguía siendo mayor de edad. La terapeuta le dijo que debía librarse de aquellos patrones aprendidos, lo que activó de inmediato aquellos mismos patrones y la llevó a pensar: «Otra vez algo que *debo* hacer, no que *puedo* hacer».

Con el paso de los años, sin embargo, sí que se había dado cuenta de algo: aquella «insuficiencia» no era cosa suya, no estaba en ella sino en la mirada de sus padres. Era una especie de insuficiencia heredada, algo así como pertenecer a la realeza pero sin una sola ventaja. Sabía que aquello no iba a desaparecer por mucho que se esforzara, es más, solo se haría más evidente. Todos los intentos que hizo fueron en vano e incluso contraproducentes. Sabía que no estarían contentos ni aunque la eligieran presidenta del Gobierno por mayoría absoluta. En la toma de posesión seguro que tendría el pelo «un poco mal», el discurso estaría «así asá» y, en cuanto a la presidencia, «bueno, ya no es lo que era».

Había llegado el momento de escribir los puntos negativos pero no incluyó todos los que tenía en la cabeza porque la mayoría se los sabía de memoria. La gama completa empezaba en «Rompo cualquier aparato al intentar repararlo», pasaba por «No sé programar el vídeo» y terminaba en «Punto álgido de mi carrera: que me digan que no tengo nada que ofrecer». Sí, era verdad que se entendía tan bien con los repartidores de la empresa de *catering* como con los camareros y con los jefes de producción, era cierto que tenía muchas habilidades sociales. Pero su inestable autoestima se desmoronaba en el momento en que su madre le preguntaba «si aún seguía haciendo bocadillos». Y, en fin, tenía que reconocer que su madre andaba en lo cierto: había fracasado. Porque su lugar estaba al otro lado, en el plató, bajo los focos y ante las cámaras. Este era un pensamiento al que, en los últimos tiempos, procuraba no dar alas. Como mucho se lo permitía en las raras ocasiones en las que se miraba al espejo y podía verse como una chica de veinticinco años. La mayor parte de las veces, sin embargo, se veía como una mujer de sesenta (lo que estaba tan lejos de la realidad como lo anterior). Cuando se sentía bien, al ver los profundos surcos de su piel, recordaba con humor que la arruga es bella.

¿Cuándo había tomado su vida aquel desvío equivocado? ¿Cómo eran las cosas antes? ¿Cuáles eran sus sueños? Eso último lo tenía más o menos claro:

- 1) Quiero dedicarme a algo que me haga feliz pero no sé a qué.
- 2) Quiero salvar el mundo pero no sé cómo.
- 3) Quiero querer a alguien pero no sé a quién.

La botella de *limoncello* yacía acusadoramente vacía en el balcón cuando la noche cayó sobre las tumbas y las casas de Berlín. ¿Y qué eran las casas sino tumbas provisionales? Depósitos llenos de desertores del cementerio y de huidos del crematorio. Se dio cuenta de que sus pensamientos eran cada vez más inconexos, pero había una cosa que tenía muy clara: debía marcharse, salir de la ciudad por unos días, no importaba adónde. Ir al sur. Quizá a Grünbach... Sí, ¿por qué no a Grünbach? El lago Elbsee era un punto telúrico, un lugar mágico en el que los hechizos élficos restauraban el equilibrio de las almas. Y Fred... ¡A lo mejor podía volver a encontrarlo! Y entonces podría confesárselo todo. No, *debía* confesárselo todo.

Con toda seguridad eso le costaría su amistad con Susanne pero tenía que arriesgarse. Por una vez en la vida tenía que arriesgarse de verdad. No era el momento de dar mil vueltas a las cosas, de sufrir, de hacerse la víctima, de dejarse llevar por el orgullo ni de ser buena. Era el momento de seguir el camino que su corazón le indicaba. Ya lo dicen todos los sabios maestros y todos los gurús del mundo: «El camino empieza AHORA».

«Solo hay un problemilla —pensó—, y es que AHORA estoy muy borracha para empezar ningún camino».

Al día siguiente la borrachera había desaparecido pero no la decisión de abandonar la ciudad. Sin embargo, se planteaba si lo de Grünbach era una buena idea; al fin y al cabo, también tenía a su disposición la lujosa casa de su hermano.

Se estaba acercando al desvío de Núremberg y debía tomar una decisión. Podía poner rumbo a Heidenheim an der Brenz y refugiarse por unos días en el regazo familiar. O podía viajar a Grünbach y cobijarse en el seno de la naturaleza. Eso sí, sin olvidar que si todo iba mal, el seno de la naturaleza podía convertirse instantáneamente en el culo del mundo.

«A ver, está claro que quiero ir a Grünbach, y está claro que quiero ir para ver a Fred —admitió al fin—. Puede no ser muy buena idea porque aún no sé qué le voy a contar. Además, soy una mujer con autoestima y no una adolescente en plena explosión hormonal que corre detrás de un tipo al que ni siquiera conoce. Aunque en realidad no es que tenga autoestima, solo finjo tenerla de cara a la galería. Algo así como los actores que solo lo son para poder interpretar sus propias vidas. Pero ¿y si la autoestima real consistiera precisamente en mandar a paseo la autoestima fingida? ¿Qué se sentirá al dejar de interpretar y empezar a vivir?».

En ese momento estaba muy cerca de Heidenheim. Allí podría pasar unos días de descanso en la casita para huéspedes que su hermano tenía en el jardín. Sus sobrinos le enseñarían los últimos juegos de ordenador, charlaría con su cuñada (con la que en muchos aspectos se entendía mejor que con su hermano), saldría a caminar por el campo, comería pasta casera con salsa de carne y, en fin, disfrutaría de la tranquilidad.

Para ganar tiempo hizo una parada en una gasolinera que estaba antes del desvío. Además, necesitaba ir al baño, tomarse un café y echar gasolina. Y, cuando estaba pagando en la caja, sucedió. Se le cayó una moneda al suelo y se agachó a recogerla. Cuando se levantó sintió un dolor terrible que tenía origen al final de la columna vertebral y se extendía como un latigazo de los pies a la cabeza. Recogió el cambio con lágrimas en los ojos y logró llegar renqueando hasta el coche. Cuando abrió la puerta notó que tenía las manos entumecidas. Primero apoyándose con mucho cuidado y luego dejándose caer con más cuidado aún logró acomodarse en el asiento, con las piernas hacia fuera. Después, agarrándolas, consiguió meter primero la derecha y luego la izquierda. Sentada, el dolor era terrible; notaba que se estaba mareando.

El lumbago. Todos los años le pasaba y, mientras que a la mayoría de la gente le dan los ataques en el frío del invierno, a ella siempre le daban en verano. «¡Pero por qué justo ahora!», se lamentó, desesperada. Luego sonrió al darse cuenta de que esas cosas siempre pasan «justo ahora», en el peor momento posible. Y es que ningún momento es bueno para un ataque de lumbago... «¡Pero yo quería irme! ¡Liberarme! Y ahora esto...».

Puso el motor en marcha. Ya no había duda: tomaría la salida en dirección Oeste para ir a casa de su hermano, el ortopeda. Él podía calmarle el dolor con inyecciones y luego aplicarle un tratamiento osteopático de esos que lo habían hecho famoso. «Me refugiare en el idílico nido familiar. Todo irá bien. Mi vida retomará su curso normal».

Sin embargo, cuando vio las primeras señales que anunciaban el desvío sintió crecer en ella una rabia terrible. Una rabia que ni siquiera imaginaba llevar dentro y que se dirigía contra el lumbago, contra la lujosa casa de su hermano y su exitosa vida, contra Susanne, contra el destino y, sobre todo, contra sí misma. «¡Siempre es lo mismo! ¡Exactamente lo mismo! —Golpeó con furia el volante sin importarle haber dado un bocinazo—. Siempre encuentro cien mil excusas racionales para explicar lo poco razonable que es hacer algo irracional. Y este maldito ataque no es más que otra excusa. Me veo al final de mi vida explicándole a la muerte lo incómodo y poco práctico que es morir. ¡Pero a ella le va a dar igual!». Sonrió satisfecha y decidida cuando dejó a la derecha el desvío y continuó de frente, en dirección al sur.

También Alfred estaba furioso. Mientras colgaba el teléfono, gritó:

—¡Ni hablar! ¡No me dejaré chantajear! —Pero, por desgracia, Susanne había colgado primero.

¡Pero cómo se atrevía! ¿Y qué pasaba con Mara? ¿Cómo es que la conocía? ¿La había secuestrado? ¿La tenía escondida en un sótano? ¿Y cómo podía saber que le importaba tanto? Tenía que ser todo un farol. Susanne era experta en tirarse faroles, de lo contrario nunca habría conseguido hacerse un hueco en el mundo del libro con aquella insignificante editorial. Con sus cualidades arrasaría en cualquier mesa de póquer. Pero eso no iba a funcionar con Fred, que gritó por la ventana:

—¡Se acabó!

Había más editoriales que publicaban poesía, había más peces en el mar. Aunque en cuanto formuló ese pensamiento tuvo que reconocer que se entendía muy bien con aquella «editorial insignificante» y que sentía mucho haber destruido los poemas. Además, por muchas posibilidades que hubiera en el mundo, lo que más deseaba era retomar el contacto con Mara, quizá precisamente porque ella lo había interrumpido con tanto desdén. Ya sabía que estudiaba peces, ahora quería saber más cosas.

Tomó una decisión y salió a la calle con paso firme, rumbo a la tienda de electrónica más cercana. Allí compró el aparato plano más barato con conexión a Internet, cuyo nombre en inglés se negó a aprender.

Una vez en casa consiguió ponerlo en marcha con sorprendente habilidad, y después dedicó toda una hora a hacer búsquedas en Google. Había casi doscientos millones de resultados para la palabra *Mara*. Y más de cien millones de imágenes, de las que las tres mil primeras (en un primer vistazo) correspondían a personas que no tenían nada que ver con su Mara. Por otro lado, aparecían fotos de un animal que parecía una mezcla de conejo, cerdo y canguro.

La búsqueda con las palabras *Mara Eslovaquia* redujo los resultados a ciento cincuenta mil. Con el corazón acelerado repasó los cien primeros pero no encontró nada útil, solo información sobre un pantano y sobre una empresa dedicada al cuidado de ancianos. ¿Cómo se llamaba su profesión...? Algo con «limbo»... Cuando introdujo los términos *Mara Limnología Zvolen* le salieron solo siete resultados, la mayoría documentos PDF en eslovaco cuyo contenido no podía comprender pero en los que parecía claro que «Mara» era el pantano que había aparecido antes.

¿Era Mara un fantasma? ¿Una ilusión? ¿Un pseudónimo? Le hubiera encantado estrujar aquel aparato como una hoja de papel y tirarlo a la basura. Olvidarse de Mara.

Podía llamar a Charlotte pero no quería.

Podía salir a beber con Benno pero no quería.

Podía insultar a Susanne pero ya no quería.

¿Y qué quería?

Pues a Mara.

Podía subirse al coche, volver al lago y esperarla. Pero tampoco quería. En el lago llovía mucho. Y sabía que Mara no estaría allí.

Cuando Lisi llegó al lago, llovía. El ataque de rabia le había aligerado mucho el viaje. Sin embargo, su alegría desapareció cuando alcanzó el pie de la empinada pista. No quería conducir por allí con aquella lluvia, así que se bajó del coche y emprendió el ascenso renqueando. Para recorrer aquel escaso kilómetro necesitó tanto tiempo como una frágil ancianita de noventa años, y así era como se sentía. En la curva desde la que se veía el lago miró hacia la cabaña, que parecía cerrada a cal y canto. No salía humo de la chimenea. Se le aceleró el corazón. ¿Y si Fred estaba allí encerrado, escribiendo? Durante el viaje había procurado no pensar en lo que le diría porque tenía miedo de que, si lo pensaba demasiado, terminaría dando la vuelta. En ese momento la asaltaron las dudas y, efectivamente, dio media vuelta. Pero al instante siguiente dio otra media. Había viajado ochocientos kilómetros, ahora (¡sin pensarlo más!) tenía que recorrer los últimos cien metros.

El Mercedes blanco no se encontraba allí, las contraventanas estaban echadas y la puerta, cerrada con llave. Con lo bien que podrían estar los dos junto al fuego... Pero parecía evidente que Fred no se acordaba de ella. Cojeó hasta el embarcadero. Su gusto por el dramatismo la hacía arrastrar la pierna izquierda un poco más de lo requerido, sin necesidad de público. Contempló el lago, en el que se reflejaba el gris

del cielo bajo los alfileres plateados de la lluvia. Sintió que esos alfileres se le clavaban en el corazón. Y en la espalda.

Pronto se haría de noche y necesitaba un sitio donde quedarse. ¿No sería mejor ir a casa de su hermano? De pronto, oyó una voz de hombre tras ella:

—¡Mara!

Se sobrecogió y, con gesto de dolor, se agarró los riñones para poder volverse lentamente.

«Me voy a volver loco si no hago algo —pensaba Fred—. Pero hay una cosa que no pienso hacer: llamar a Susanne». Cada vez estaba más seguro de que todo había sido un montaje suyo. El plan había sido el siguiente: aquella noche en su casa le había administrado un veneno que le había causado la taquicardia. Después lo había llevado al hospital, donde una doctora cómplice le había aconsejado descansar en una cabaña. Después había alquilado una cabaña y le había pagado a ese August (seguramente, un simple leñador al que ya conocía) para que fingiera que le salvaba la vida. Y se había encargado de proveer al tal August con un cargamento de máximas de sabiduría sacadas de un almanaque rural para darle algo en lo que pensar. ¡Y la guinda del pastel había sido enviarle a la cuidadora eslovaca de su padre! Estaba claro. ¿Acaso no había dicho que la cuidadora parecía una bailarina de *striptease* y que cocinaba como si lo fuera? Aquella broma había delatado a la editora, habría hecho mejor quedándose calladita. Mara, desde luego, tenía algo de bailarina, una especie de ligereza y elegancia... ¡y no sabía cocinar! Ella misma lo había reconocido. Y él se lo había creído todo. ¡Era un plan tan malvado, tan péfido! ¡Y tan bien tramado!

Decidió que no quería volver a tener nada que ver con Susanne. Pero necesitaba desahogarse, sacar lo que llevaba dentro. ¡Y tenía que ser en ese mismo instante!

Cuando Lisi logró darse la vuelta reconoció a August en la distancia. Iba cargado con una planta de hojas dentadas y la saludaba con la mano. Cojeó hacia él, que se adelantó para ayudarla:

—¿Qué te pasa?

—Lumbago —Aisha le lamió la mano y se sintió reconfortada.

—Tengo que poner a secar las primeras plantas —y le puso sus «hierbas aromáticas alpinas» debajo de la nariz como si de un frasquito de sales se tratara—. Los cogollos están repletos de resina.

—¿Dónde está Fred?

—Se fue. Volvió a Berlín.

—Oh...

En ese momento sonó el móvil del joven:

—¿Dígame? —Sonó sorprendido—: ¿Fred? ¿Eres tú? Sí, sí, está aquí —escuchó durante un rato y se le fue ensombreciendo la expresión, hasta que finalmente activó el manos libres y Lisi pudo oír la indignada voz:

—¡... Y no solo la he descubierto a ELLA sino también a todos VOSOTROS! Pero la peor decepción has sido TÚ, August. ¿Lo has hecho por dinero? ¿O qué es lo que te ha ofrecido? ¿O lo has hecho gratis? ¿Es que estás liado con Mara y os habéis estado riendo de mí? ¡Pues a mí no me ha hecho ninguna gracia! ¡Esto es increíble! ¡Debería daros vergüenza!

—¿Fred? —preguntó August en voz baja y desanimada. Pero este ya había colgado.

—¡Llámallo, por favor! Está claro que no se encuentra bien.

El guardabosques marcó el número pero Fred no lo cogió. Volvió a intentarlo y de nuevo le saltó el contestador.

—¿Y ahora qué hacemos? —Estaba desesperada—. ¡Se va a volver loco!

—Antes que nada te voy a dar una friega en la espalda. Tengo un bálsamo que hace milagros, a base de una planta llamada consuelda, ¿la conoces?

—¡Tenemos que hacer algo! —Estaba al borde del pánico. Respiró hondo y luego preguntó—: August, ¿tú también estás comprado?

—¿Qué?

—Nada, déjalo.

—¿A qué viene eso de «también»? ¿Y por qué ya no hablas con acento?

—Tienes que ayudarme. Por favor, por favor... Tenemos que ir a Berlín ahora mismo, yo sola no puedo. ¡Por favor, llévame a Berlín!

—Bueno, por mí bien. Pero había quedado con Anni, déjame que la llame. Y al trabajo.

El Haflinger de August estaba en una explanada al otro lado del lago, así que le dijo a Lisi que irían un momento a recoger el bálsamo, que siempre llevaba porque la consuelda es eficaz para las mordeduras de serpiente, los esguinces y las rozaduras. Ella lo escuchaba sin entender nada porque tenía la cabeza en otra parte.

—También se la conoce como sínfito —el joven terminó su exposición sobre la planta mientras la ayudaba a bajar por la pista—: Madre mía, esto es como salir de excursión con la tercera edad.

Cuando llegaron al coche de Lisi, ya había anochecido. Con él fueron hasta la explanada en la que estaba el Haflinger. Una vez allí, August puso voz de médico y ordenó:

—Desnúdese por favor. Bueno, solo la espalda. Que pueda darte la friega.

Por suerte, sus manos eran menos rudas que sus modales. Después metió cuatro cosas en una mochila, buscó en vano por todo el coche una correa para Aisha y, finalmente, preguntó:

—¿Conduzco yo?

—¿Vamos en tu coche?

—En este trasto tardaríamos tres días. No sobrevivirías con la espalda así.

—¿Y cómo vas a volver si vamos con el mío?

—Yo siempre me las apaño para regresar.

Ella le dio las llaves y se tumbó en el asiento de atrás, cosa que no lo molestó. Aisha iba entronizada en el puesto del copiloto, encantada de viajar por fin en un coche de verdad.

—¿Voy por Passau y Ratisbona? —Lisi no contestó, estaba sumida en sus pensamientos—. ¡Eh! ¡Mara!

«Mara». Oír que la llamaba así la hizo sentirse fatal:

—Estoy comprada.

—No sé a qué te refieres.

—¿Tú eres de verdad?

—Cien por cien natural —contestó él, tras una pausa. Y los dos soltaron una carcajada estridente.

Con gran esfuerzo Lisi consiguió confesarle toda la historia.

—Increíble, vaya lío habéis armado —comentó August, una vez concluido el relato—. Pobre Fred... Aunque, bueno, él también es muy complicado.

Ella suspiró. La confesión la había dejado tan aliviada como cansada:

—¿Te molesta que duerma un poco?

—Claro que no.

Estaban a punto de quedarse sin gasolina y Lisi aún dormía. Al detener August el coche en una gasolinera y parar el motor, ella se despertó y preguntó:

—¿Dónde estamos?

—En Hof.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana.

—¿Y qué hacemos en Hof?

—Según el GPS de mi móvil es el camino más corto.

—Bien.

—¿Cómo estás?

—Ni idea...

Pero en cuanto salió del coche lo supo: no especialmente bien. Sentía los brazos y las piernas entumecidos y la circulación como parada. Tuvo que agarrarse al techo del coche porque se mareaba. August echó gasolina y luego se tomaron un café y compraron dos latas de una bebida energética.

—Me sientan tan mal que me mantienen despierto —afirmó el joven.

Caminaron un rato con Aisha y le dieron de beber.

—Conduzco yo ahora —dijo ella.

—Vale —aceptó bostezando, y se quedó dormido nada más sentarse en el asiento del copiloto. No durmió mucho; a la media hora ya se estaba estirando—: Ya estoy repuesto, ¿quieres que siga yo?

—¿Qué le voy a decir a Fred? —Lisi ignoró por completo su pregunta.

—No te preocupes. Cuéntale lo que me has contado a mí, y listo.

—Para ti todo es tan fácil.

—No entiendo por qué vosotros lo hacéis todo tan difícil.

—No voy a poder mirarlo a la cara...

—Claro que sí. Yo te ayudaré.

—No, por favor.

—¿Es que crees que te acompaño a Berlín por diversión?

—¿Y se puede saber por qué vienes?

—Siempre que he querido ir a Berlín pasaba algo y no conseguía salir de Austria. Ella no lo creyó:

—Lo que pasa es que estás molesto porque Fred piensa que estás comprado.

—¡Venga ya! Yo no me molesto por tonterías así —y su tono ofendido la hizo sonreír.

Cuando se acercaban a la ciudad por la autopista A-100 el cielo sobre Berlín oscilaba entre el gris antracita y el gris ceniza.

—Me había imaginado Berlín muy diferente —dijo August.

—Cada uno se la imagina a su manera. Lo mejor de Berlín es que en realidad no existe, hay al menos mil Berlines distintas... Solo el cielo es igual en toda la ciudad, como bien nos enseñó Wim Wenders.

—¿Y ese quién es? ¿Un astrónomo?

—¿No sabes quién es Wim Wenders? —No estaba segura de si era una broma, como siempre le pasaba con él, así que cambió de tema—: Ya casi hemos llegado.

Bajo uno de los puentes de la autopista vieron un grupo de neonazis que había acorralado a un joven contra uno de los pilares. Al pasar, se dieron cuenta de que le estaban pegando.

—Para el coche —dijo August.

—¿Qué pasa?

—Están pegándole a un chico.

—Es habitual aquí.

—Da la vuelta.

—Si quieres, podemos llamar a la policía.

—¡Que des la vuelta!

—August, esto es Berlín. No puedes intervenir en todo.

Pero cuando hizo amago de bajarse del coche en marcha, Lisi decidió dar la vuelta. Cuando llegaron, había tres cabezas rapadas pegándole a su víctima: uno alto y atlético lo tenía sujeto mientras otro bajo y gordo y con un tatuaje en el cogote le daba puñetazos y un jovencillo le daba patadas en las piernas y en la entrepierna con sus botas militares. Sin embargo, se veía que estaban jugando a asustarlo y se regodeaban con el miedo del chico como el gato que disfruta con el pánico del ratón. El muchacho agredido, que tenía el pelo rizado, sangraba por la nariz y parecía especialmente preocupado por su bonita chaqueta clara, probable regalo de su madre o de su novia.

Cuando el alto vio que un coche rojo se paraba cerca de ellos, le hizo una seña al gordo mientras el jovencillo miraba al vehículo con actitud provocadora. Como siguiendo una orden, los tres redoblaron la intensidad de los golpes. August se bajó:

—¡Eh! ¡Vosotros!

Los cabezas rapadas lo miraron, incrédulos, y no tardaron en echar a correr en cuanto vieron que aquel gigante de anchos hombros y enormes bíceps, en pantalones de cuero y botas de montaña, iba derecho a ellos con determinación. El gordo exclamó:

—¡Joder! ¡Mirad qué friki!

August se quedó asombrado de lo rápido que corrían, y más aún de que la víctima también saliera huyendo. Le gritó:

—¡Oye! ¿Estás bien? —Pero el joven de los rizos ya había desaparecido. Volvió al coche y, al sentarse, suspiró—: ¡Ay, la gente de ciudad...! —Y acarició a Aisha como para asegurarse de que ambos seguían en contacto con la naturaleza.

Lisi paró en una panadería turca que estaba abierta las veinticuatro horas y compró pan, cuyo maravilloso olor enseguida inundó el coche. Dieron un corto paseo con Aisha y luego subieron a su casa y desayunaron en el balcón. La botella de *limoncello* aún estaba tirada en un rincón pero al menos le había dado tiempo a retirar el cenicero rebosante de colillas. Sintió náuseas al recordarlo. Menos mal que solo fumaba un día al año.

El guardabosques, mirando a la calle y al parque del cementerio, le preguntó:

—¿Así que vives en Berlín por el pan recién hecho?

—Sí, entre otras cosas.

Tras el desayuno estaban muertos de sueño y, como la ciudad no despertaría hasta después de unas horas, decidieron descansar:

—¿Puedo acostarme en el sofá? —preguntó él.

—Puedes acostarte en la cama, si quieres.

—¿Quieres compartirle?

—Se dice «compartirla».

—Paso de gramáticas, estoy hecho polvo. Pero para todo lo demás estoy disponible, ¿eh? Solo tienes que pedirlo.

Ella se quedó otra vez confusa y sin saber cómo tomarse su comentario. Por lo que le parecía entender, August le ofrecía sexo por pura cortesía, simplemente porque es lo que se espera de un hombre. O, al menos, de un hombre de los Alpes profundos. En cualquier caso, lo que sí iba a pedirle era otra friega con el bálsamo de consuelda.

—Buenas noches —le dijo.

—La noche es buena —murmuró él, con los ojos cerrados y la enorme mano en la cabeza de Aisha.

—Gracias, August —pero no pudo saber si había llegado a oírlo.

27 de julio

Al despertar de aquel sueño matutino por fin tuvieron la sensación de haber pasado a un nuevo día. Lisi se sobresaltó por el sonido de la ducha, que siempre estaba silenciosa a menos que ella estuviera dentro. Seguramente por eso, el ruido se había filtrado hasta su cerebro y la había asustado.

Fue a la cocina a preparar café. Al poco tiempo apareció August con una toalla en torno a la cintura y no pudo evitar quedarse embobada mirándolo. Luego reaccionó: «Soy una mujer emancipada, urbana, libre y con formación, ¿por qué me quedo así como una tonta?». La razón era que en su vida había visto a un hombre tan fuerte. Sí más musculoso, el típico chulito de gimnasio enamorado de sí mismo que no deja de admirarse ni cuando se acuesta con alguien. Pero los músculos de August eran distintos, se debían al verdadero trabajo físico y le habría encantado poder tocarlos. «La proporción entre músculos y tendones es perfecta», pensó, y luego se dio cuenta de que sonaba como un carnicero preparando una receta de salchichas.

—¿Pasa algo? —le preguntó el joven, ante su silencio.

—No, nada. Solo me preguntaba cómo será el reencuentro con Fred.

—Es una pena que en Berlín el agua no salga fría de verdad —no parecía querer entrar en el tema.

También ella fue a darse una buena ducha para tratar de borrar las huellas de la dura noche anterior. Después le pidió que le diera una friega con el bálsamo:

—Aún siento el dolor, ¡pero no es nada comparado con ayer!

—No me extraña, tengo manos de curandero.

—¿De verdad? ¿Puedes hacer sanaciones?

—¡Venga ya! ¡Te lo crees todo!

Después se tomaron el café y ella encendió el ordenador. Encontró un correo electrónico de su hija, lo cual la alegró mucho porque sabía que para la *tuiteadora* «generación Facebook» escribir un *e-mail* es tan trabajoso como escribir una carta a mano, meterla en un sobre y ponerle un sello. Eso no la molestaba, entendía que las cosas habían cambiado y no tenía nada en contra de la tecnología, aunque era un campo que no le interesaba en absoluto.

—¿De dónde has sacado ese cacharro? ¿De un museo? —le preguntó él al ver aquel aparato.

—Me lo dio mi hermano: sus hijos ya no lo querían.

Hicieron varias búsquedas con términos como *Fred Firneis*, *Alfred Firneis* o *Firneis poemas*, y Lisi no dejaba de suspirar como una adolescente enamorada cada vez que salían fotos de él. Por su parte, August suspiraba de impaciencia porque el ordenador era lentísimo:

—¡Si saliera a buscarlo a la calle, acabaría antes!

—Pues no nos va a quedar más remedio, lo malo es que en la guía telefónica no aparece la dirección. Prueba a llamarlo otra vez, por favor.

El joven sacó el móvil, fue a la agenda y buscó el número, que previsiblemente había guardado:

—Salta el contestador. Vamos a ver a esa Susanne, seguro que ella sabe dónde vive.

—No sé... Es una manipuladora, ha hecho lo que ha querido con Fred y conmigo.

—Porque tú te dejaste manipular.

—Bueno, sí...

—Pues eso. No es con ella con quien deberías estar enfadada sino contigo misma.

—Es verdad —era el típico «es verdad» de seminario de autodescubrimiento, que no significa «lo entiendo, ahora todo está claro» sino «menudo desastre, más me vale intentar arreglarlo». Molesta y en un tonillo algo insolente, cedió—: Bueno, pues vale, vamos a la editorial. Ni siquiera sé si seguirá existiendo, Susanne me dijo que había quebrado. Espera, que cojo las llaves del coche.

—¿No podemos ir a pie?

—August, esto es Berlín. ¡De aquí a Mitte tardaríamos dos horas!

—Pero es que quiero caminar un poco.

—Mira, te propongo una cosa: vamos en metro hasta Alexanderplatz y desde allí podemos ir a pie a la editorial.

—No tengo correa ni bozal.

—Bueno, tan peligroso no pareces...

Ya en el metro un señor mayor hizo amago de regañar a August por llevar un perro suelto pero al final se conformó con mirarlo con desaprobación y murmurar cosas ininteligibles en tono indignado. Por lo demás, a todo el mundo le encantaba la perra, y esta disfrutaba con las caricias de los niños que aprovechaban las vacaciones para ir a las piscinas o los parques.

Aisha en ningún momento se separó de la pierna izquierda de su amo, buscaba el contacto incluso cuando salieron del metro y echaron a andar por las calles. Dieron un pequeño rodeo, pasando por el teatro Volksbühne y (en honor a August) recorriendo Auguststraße, hasta que llegaron al tranquilo lugar en el que estaba la editorial.

—¿Y qué tiene de especial Berlín? —preguntó al llegar, algo decepcionado.

—Quizá precisamente que no tiene nada especial.

En el portal, Lisi sentía el corazón desbocado. Pulsó el botón del interfono que tenía al lado el nombre de la editorial. El portal se abrió, subieron y se encontraron a Susanne esperándolos en la puerta. Sonrió con gesto cansado:

—Lisi.

—Susanne...

Y las dos se abrazaron. Pero no como si nada hubiera pasado sino en un gesto que demostraba a la vez alegría por verse y reconciliación. Después, Lisi hizo las presentaciones:

—Este es August y esta es Aisha.

—¡Ah, la perrita maravillosa! ¡Y el famoso August! Créame, Fred parecía perdidamente enamorado de usted.

—¿Es que es gay? —preguntó August.

—Ni lo más mínimo. Creo que era más bien una cuestión metafísica.

—En fin, dejémonos de metafísicas. Dile ahora mismo a esta chica que yo no estoy comprado.

—¡Por Dios, Lisi, si ni siquiera lo conozco!

—Bueno, me vale —dijo August—. Y ahora dame la dirección y los números de teléfono de Fred. Tengo que volver a juntar a estos dos —e hizo un gesto con la cabeza señalando a la implicada.

—Buena idea —dijo la editora, y luego añadió fríamente—: Pero me temo que aún no puede ser. Fred está escribiendo, hoy a las cuatro me traerá su nuevo libro.

—Todo eso me importa un pito. Quiero los números ahora.

—Pues a mí me importa cien pitos lo que tú quieras.

La situación era tan ridícula que a Lisi le dio la risa. August, que no estaba acostumbrado a que otro tuviera la última palabra, aún añadió:

—No hay pitos en el mundo para expresar lo igual que me da todo.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces qué haces aquí? —contraatacó Susanne.

—Fred me salvó la vida, así que he pensado que lo mínimo que puedo hacer por él es salvar su amor. Aunque, si quieres mi opinión, él está un poco pirado y ella va a tener trabajo para rato...

—Eso mismo pienso yo.

Se sentía respaldada. Además, le gustaba ese August. Por fin un hombre que llamaba a las cosas por su nombre. ¡Estaba ya harta de quejicas!

—Bueno, pues entonces habrá que esperar a las cuatro —concedió el joven.

—Eso si aparece, con Fred nunca se sabe.

—¿Crees que vendrá? —intervino Lisi, por primera vez.

—Yo creo que sí —la tranquilizó su amiga.

—Pues en este rato me podríais enseñar algo interesante de esta ciudad. Hasta ahora no he visto nada de nada. Y digo yo que algo habrá, ¿no? Algo tipo torre Eiffel o plaza de San Marcos o Broadway.

—Lo especial de Berlín es que no tiene nada especial —expresó Susanne, como antes lo había hecho su amiga.

—Pues vaya... Entonces fumemos un poco —y sacó del bolsillo del pantalón un paquete de tabaco en el que llevaba un maravilloso cogollo de sus «hierbas aromáticas alpinas», del que a veces añadía un poco en los cigarrillos que liaba.

—¿Has traído marihuana? —preguntó Lisi.

—¿Y por qué no?

—¿Por la frontera? ¡¿En mi coche?!

—Pero si ya no hay fronteras...

—¡August!

Pero este no se dejó estropear el placer. Después de fumar tranquilamente, declaró:

—Tengo hambre. ¿Hay algún mesón interesante en esta ciudad?

—Voy a reservar una mesa en el Borchardt, así nuestro visitante verá al menos Gendarmenmarkt.

—¿En el Borchardt? —Estaba claro que a Lisi le parecía una mala idea—. Queremos comer hoy, no dentro de tres meses.

Susanne se fue al despacho de al lado para llamar por teléfono sin ser interrumpida. Al volver, informó con total naturalidad:

—Tenemos mesa a la una.

—¿Cómo lo has conseguido? —Su amiga estaba asombrada.

—He reservado a nombre de Brad Pitt, siempre funciona. ¡Nadie se arriesga a dejarlo escapar!

—¿Y quién paga?

La editora sacó del bolso un billete de quinientos euros:

—Pegar y cambiar, querida.

Lisi sonrió, avergonzada.

Tomaron el metro y se bajaron en la estación de Französische Straße. August observaba la ciudad con ojos curiosos y un poco enrojecidos. Cuando llegaron al local y preguntaron por la mesa del señor Pitt, los miraron con cierta desconfianza pero a pesar de todo los instalaron en la mejor mesa, junto al ventanal.

Susanne pidió de entrante las ostras presentadas en una bandeja de varios pisos; Lisi, el *carpaccio* de conejo; y August, algo de mantequilla «para poder aprovechar» la cesta del pan. Mientras las señoras se decantaron por el escalope como plato principal, August prefirió la morcilla alsaciana, con el siguiente argumento:

—Alsaciana o no, será una buena morcilla, normal y corriente. Pero ningún escalope del mundo puede estar tan bueno como para costar ese dinerito.

Cuando llegó la comanda, August birló una ostra de la magnífica bandeja en que venían. Tenía que probarlas «al menos una vez en la vida». Siguiendo el ejemplo de Susanne, succionó el contenido completo en un solo bocado. Al instante se le desencajó la cara, escupió la ostra en la mano y se la dio a Aisha:

—¡Puaj! ¡Esto les gusta a los perros pero no es apto para humanos!

Untó un panecillo con mantequilla y se lo comió rápidamente. Un momento después trajeron el vino y el camarero le mostró la botella al hombre de la mesa, en una clara demostración de que la igualdad de género no ha llegado ni siquiera a los locales de máxima categoría.

—*Sau-vi-gnon* —leyó con esfuerzo, sin el más mínimo asomo de pronunciación francesa. Cuando el camarero le sirvió la copa se indignó muchísimo—: Pero ¿qué es esto? ¡Sirva primero a las damas, hombre! ¿O es que cree que me lo voy a beber yo solo?

—Tienes que probarlo... —le susurró Lisi.

August dio un trago:

—Aceptable.

La primera botella se acabó pronto y pidieron una segunda.

—Creía que estabas sin blanca —reprochó el joven a Susanne.

—Bueno, como decimos en Bayern: muerta la vaca, muerto el cordero. Significa que cuando todo ha ido mal no importa perder lo que queda.

—No hace falta que me lo expliques, en Austria lo decimos igual.

El vino los puso de muy buen humor y les coloreó las mejillas. Lisi rio cuando August se comió la morcilla con la mano y le preguntó al camarero si el chucrut al champán se hacía con Moët & Chandon o con Taittinger.

Susanne se dio cuenta de que había pronunciado los nombres en perfecto francés. Aprovechando lo distendido del momento le dijo:

—Querido August, te has delatado. Déjame que lo adivine: no solo has estudiado francés sino que vienes de una familia burguesa que te proporcionó una educación impecable.

—No hay que exagerar. Que me comporte como un bruto no significa que lo sea. Después del trabajo me gusta beberme una copita de champán, a poder ser Moët & Chandon. Pero vaya, también me tomo mis cervezas Gösser.

Estaba claro que no quería seguir con el tema y, por otro lado, iba siendo hora de volver a la editorial. Cruzaron despacio Gendarmenmarkt y el joven insistió en comprar algunos dulces en una afamada confitería. Ya en el metro, se los comió todos él solo, cerrando los ojos de placer.

—Vaya un goloso —se rio Susanne.

—¿Crees que aparecerá? —le preguntó Lisi.

—Sí.

—Menos mal que estoy borracha...

Cuando salieron de la boca del metro tuvieron que entrecerrar los ojos porque el cielo gris berlinés se había aclarado mucho. Entonces la editora dijo:

—Lo he estado pensando y creo que es mejor que no vengáis conmigo. Ahora quiero estar a solas con Fred. Luego le diré que os busque donde estéis.

—¿Y cómo vas a saber dónde estamos?

—¿No tienes un móvil?

—Sí.

—Pues ya está. Enséñale a nuestro visitante un poco de Berlín y yo te llamo luego y te digo dónde reuniros con él.

—Pero si ya me ha enseñado Berlín —terció August, que quería ayudar a su amiga.

—Seguro que no habéis paseado por Unter den Linden, el bonito bulevar de los tilos.

—He visto miles de tilos en mi vida...

Aprovechando que Lisi se había quedado ensimismada mirando un escaparate o, más bien, utilizando el reflejo del cristal para atusarse, Susanne se llevó al joven aparte:

—A ver, escúchame. Esto de volver a juntarlos tienes que hacerlo tú. De otra forma no va a funcionar, ya has visto cómo es Lisi. Así que prepárate para el ángel.

—¿Qué ángel?

—¡Shhh! Que viene... —Y se volvió hacia ella—: No te preocupes, llevas el pelo estupendo.

Lisi sonrió tímidamente:

—¿Y si no va a donde le digas? ¿No sería mejor que yo fuera a la editorial? De ahí no podría escaparse...

—Así es, pero eso no es nada bueno. A ese hombre no puedes obligarlo a nada. Aconsejarle una película es presionarlo y recomendarle un libro es coartar sus libertades. Hazme caso, es mucho mejor que te busque él a ti.

—Desde luego —apoyó August, ya de parte de Susanne—. ¿A quién se le ocurre que una mujer persiga a un hombre? ¿Adónde iremos a parar?

—Pero ¿y si él no quiere perseguirme? —Miraba a su amiga con reproche, pero esta no se dejó impresionar.

—Pues entonces sería mejor dejarlo estar.

—Tienes razón... —contestó, resignada. Entristecida, quiso saber—: ¿Y qué pasa con el contrato?

—Olvídate del contrato.

—Entonces ¿puedo contarle la verdad? —preguntó incrédula.

—Cuéntale lo que quieras, incluida la verdad.

—Vale. ¿Y qué hago hasta que llegue el momento?

—Enséñale a nuestro austriaco todo lo que hay que ver de Berlín —y le guiñó el ojo a August—. ¡Pasadlo bien! ¡Hasta ahora!

Eran las cuatro un poco pasadas cuando Susanne enfiló Tucholskystraße, en la que se encontraba su editorial. En ese momento la adelantó un hombre que la saludó amablemente:

—Buenas tardes, señora Beckmann.

—Ah, es usted.

—No parece muy contenta de verme.

—¿Le extraña?

—Para serle sincero, no.

Y es que el hombre no era Alfred Firneis sino el señor Meiningen, el director de su sucursal del banco.

—Es muy amable al venir en persona.

—Intentamos colaborar al máximo con nuestros clientes, señora Beckmann.

«Ah, cómo odio a este zalamero», pensó Susanne. Pero tenía que reconocer que, mientras otros acreedores enviaban al ejecutor judicial tras el tercer aviso, el banco estaba siendo extraordinariamente paciente. Sin embargo, no se le escapaba la razón por la que el hombre la acompañaba ahora a la editorial. Había conseguido ir

retrasando la cita, retrasarla de forma casi definitiva, entre otras cosas porque apenas le quedaba infraestructura en la que recibirlo. Ya en su despacho, le preguntó:

—¿Le apetece un café, señor Meiningen? Todavía tengo la máquina de *espresso* y una silla que ofrecerle.

—Muy amable.

El hombre esperó educadamente mientras la editora terminaba de preparar los cafés, momento que ella aprovechó para llamar a Alfred. Por supuesto, no cogió el teléfono. Cuando por fin se sentó al otro lado del escritorio, el banquero comenzó:

—Señora Beckmann, por desgracia tengo que informarla de que, cumpliendo órdenes de la central, no puedo seguir manteniendo activa su línea de crédito. Mañana procederé a dar los pasos necesarios para cancelarla.

—¿Y eso qué supone?

—¿Puedo ser franco con usted? —Susanne odiaba las preguntas retóricas, así que ni siquiera se molestó en contestar. Y parecía claro que su interlocutor tampoco esperaba una respuesta, pues enseguida continuó—: En el marco del concurso de acreedores se procederá a la subasta forzosa del inmueble.

La editora palideció. Claro que sabía que, dada la situación, en algún momento aparecería alguien y le quitaría el piso que su padre le había comprado para instalar la editorial. Pero «en algún momento» y «alguien» sonaban mucho más lejanos que «subasta forzosa del inmueble».

Cogió el catálogo de otoño y se lo puso delante al director de la oficina. En la cubierta había una foto de un lago con montañas al fondo y un embarcadero de madera en el que destacaban una toalla azul y una blanca:

—*El amor entre los peces*, el nuevo libro. Ya hemos ganado con él lo bastante para pagar todas las deudas de la editorial. Las ventas anticipadas han sido increíbles.

—Ya me había hablado de esto pero recuerdo que había un pequeño problema...

Susanne miró el reloj, que marcaba las cuatro y media:

—Señor Meiningen, el pequeño problema consistía en que el libro aún no estaba escrito. Y digo «estaba» porque ahora sí lo está, y en muy poco tiempo lo tendré entre las manos.

Había sido una tontería llamar a August. Peor que eso, había sido una completa estupidez, había sido absurdo, «deficiente». Esa era una palabra que siempre usaba Charlotte cuando algo no le gustaba. Aunque, por otro lado, los artistas son siempre seres deficientes, de lo contrario no serían artistas.

El ataque de cólera le había producido una taquicardia pero, por suerte, acordándose del consejo de la doctora, había metido la cabeza bajo un chorro de agua fría. Curiosamente, en ese momento le volvió a la mente la frase de la nieta de la doctora: «Cuando no sé qué hacer, hablo con el hada que vive en mi corazón. Siempre me da una respuesta».

En su interior se había hecho el silencio, al tiempo que una oleada de nostalgia invadía su alma.

Mara, Mara...

Sintió que se le presentaba el «espíritu del lago» que vivía en su corazón, así es como lo formuló aunque pudiera parecer una tontería. Pero era lo que sentía, la firme e inquebrantable certeza de haber pasado de ser deficitario a convertirse en un ser casi divino. Ya no se sentía separado de todo, sino en conexión con todo.

Y entonces se había sentido agradecido por el tiempo pasado en la cabaña, a la orilla del pequeño lago de montaña.

Todo aquello había sucedido la noche anterior, tras la conversación con August. Apoyado en el antepecho de la ventana abierta, había respirado profundamente. Fue entonces cuando sintió cómo lo arrastraba un torrente de gratitud y notó crecer en él el deseo de corresponder al mundo (el mundo era poco: al universo entero) con algo de lo que tenía dentro. ¿Qué le importaban las intrigas, las mezquindades de los demás? En ese momento se sentía completamente por encima del ansia de dinero, del deseo de fama y del anhelo de eso que llamamos amor.

Se puso a trabajar en un éxtasis de felicidad que ni sabía ni quería explicarse. Ponerse en contacto con las sensaciones de cuando estaba en el lago funcionó de forma casi mágica. En pocas horas había vuelto a escribir todos los poemas y, poco antes de la medianoche, ya había terminado. Se acostó exhausto pero el ataque de creatividad lo mantuvo despierto, obligándolo a levantarse cada dos por tres para corregir determinadas cosas y escribir otras. De madrugada habían surgido siete poemas nuevos.

Nada más despertarse buscó con la mirada el aparato electrónico, con el que se había congraciado aquella noche. Saltó de la cama, abrió con desconfianza los archivos y, para su extrañeza, vio que su nuevo poemario seguía allí, perfectamente almacenado.

No obstante, su entusiasmo se vio oscurecido por un sentimiento de contrariedad. Mientras apagaba el dispositivo se preguntaba por qué tenía que confiarle aquellos poemas a Susanne Beckmann. Al fin y al cabo era un artista y no un escritor por encargo al que extorsionar con un maldito ultimátum. ¡Merecía un poco de respeto!

—¿Te apetece montar en el barco turístico que va por el río Spree?

—Seguro que es muy bonito pero, como sabes, mi relación con el agua no es precisamente idílica...

—Pues... ¿Quieres que vayamos al Museo Bode?

—No.

—¿Prefieres el Museo de Pérgamo? ¡Es famoso en todo el mundo!

—No.

—¿Y qué tal el de Arte Islámico?

—Solo si puede entrar Aisha.

—No creo...

—¿Sabes? Los museos no me entusiasman.

—En realidad, a mí tampoco. Oye, ¿puedo preguntarte una cosa? ¿Cómo es tu familia?

August se paró, la miró a los ojos y suspiró dando a entender que no quería hablar de eso:

—Pues tengo un padre y una madre.

—¿Y a qué se dedican?

—Mi madre era cocinera y mi padre, conde —había comprendido que ella no desistiría y que era mejor ceder.

—¿Conde?

—Sí, era el dueño de todas las tierras y los bosques de la zona. Bueno, de todo lo que no pertenecía a la Iglesia, claro.

—Así que por eso tienes un nombre tan aristocrático.

—No, me llamo August porque nací en agosto. Es una antigua costumbre que comparten África y los Alpes.

—¡Menos mal que no naciste en marzo! Qué tradición más arcaica...

—Anticuada, desde luego. Fui hijo único, aceptado aunque no deseado. Crecí jugando con los hijos de los leñadores y los criados y después estudié Ingeniería Forestal. Conozco las normas de protocolo pero, la verdad, prefiero las del bosque.

—¿Por eso a veces te comportas tan mal? —Encontraba aquello tan sorprendente como divertido.

—No. Lo de ser maleducado es genético, me viene de mi padre —ella se rio y August siguió hablando, demostrando lo bien que podía hacerlo cuando se lo proponía—: Créeme, no se trata de un lugar común si te digo que he conocido a personas más nobles entre las criadas y los leñadores que entre condes y duques. Y esta es mi historia, fin del sermón. Amén.

Habían llegado al magnífico bulevar, donde ella explicó:

—Pues esto es Unter den Linden. Lo mandó hacer un noble, creo que como camino ecuestre o algo así.

—Debió de ser todo un reto para el forestal mayor conseguir de una sola vez tantos tilos del mismo tipo y tamaño.

Caminaron tranquilamente en dirección a la Puerta de Brandenburgo. Lisi iba contando algunas historias pero tenía que reconocer que era una guía pésima: aparte de los nombres de los edificios, no sabía nada más de ellos. En un momento, el joven le dijo:

—¿Sabes lo que sí me gusta de Berlín? Que puedes pasearte en pantalones cortos de cuero y llevar al perro sin correa y nadie te mira mal.

—Por eso vivo aquí, porque a nadie le importas. Aunque claro, eso también tiene su lado malo —mientras hablaba sacó el móvil del bolso y se aseguró de que estaba encendido.

—¿Estás nerviosa?

—Teniéndote aquí, solo un poco.

August le apretó cariñosamente la mano y siguieron su paseo bajo los tilos, como si fueran la pareja de esta historia que debía terminar junta.

—No se lo merece, pero aquí tiene el libro. El archivo que se llama «Peces». Puede quedarse esta tableta, ordenador o como se llame, a mí ya no me hace falta — Alfred Firneis había entrado sin saludar en el despacho de Susanne Beckmann. Dejó caer con estrépito el elegante aparato en el casi vacío escritorio y añadió con fingida frialdad—: ¿Dónde está Mara?

Había estado ensayando mentalmente en el metro aquella aparición tan grosera porque, al contrario que August, él tenía que hacer verdaderos esfuerzos para faltar a los modales. Quedarse el libro o volver a destruirlo le parecía poco sensato, y encontraba ridículo mantenerse en su orgullo y perder para siempre a Mara. Y tampoco quería caer en la flaqueza de presentarse como la víctima de un complot. Su vanidad le exigía una venganza al menos de la talla de aquella malintencionada escena.

—Le presento al señor Meiningen, del banco —dijo la editora.

—Buenas —saludó Alfred.

—Encantado —el señor Meiningen se levantó para marcharse y le estrechó la mano a Susanne—. En fin, parece que ahora está todo salvado. Pero, señora Beckmann, me temo que no va a ser tan sencillo. Si llamo a la central y les digo: «Todo va bien, los poemas han llegado», se van a reír de mí; y eso si tengo suerte. Si lo he entendido bien, ni siquiera puede costear la impresión.

—Eso no es problema, buscaré una imprenta con la que no tengamos deudas.

—Señora Beckmann, le doy un plazo de dos días. Tráigame algo: un recibo, un contrato de impresión, un libro; me da igual, algo que yo pueda presentar a la central. Hasta pronto —y entrechocó los talones. No había duda de que el hombre había estado en el ejército. No más preguntas. Adiós.

—Aunque pueda parecerle antipático —le dijo a Fred después de acompañar a la puerta al señor Meiningen—, en realidad es un gran tipo.

—¿Dónde está Mara? —preguntó Fred.

—Ahora el antipático es usted. Venga, brindemos con un *prosecco*.

—Odio el *prosecco*.

—¡Vamos, señor Firneis!

En su voz se mezclaban una fingida severidad maternal y la súplica de que se le uniera para no beber sola, lo que arrancó una sonrisilla al escritor.

—De acuerdo —concedió Fred, notando cómo se iba relajando.

—Es la última botella —anunció Susanne. Se la puso delante a su autor porque, en su opinión, abrir el vino era una actividad propia del género masculino, si no su razón fundamental para estar en este mundo.

Brindaron y se miraron largamente a los ojos, él un poco impaciente; ella, un poco cansada:

—Cuánto ha costado llegar a este momento... —suspiró.

—¿Qué tal van las ventas anticipadas?

—Casi alcanzamos los sesenta mil ejemplares.

—¿Y qué hay de mi adelanto?

—Se lo transferiremos en las próximas semanas.

Fred estalló en carcajadas. Conocía de sobra esa frase. Susanne le señaló el borrador del catálogo de otoño, que estaba sobre su escritorio porque el señor Meiningen no se lo había llevado.

—¿Qué opina de la foto?

—El lago real es mucho más bonito.

—*El amor entre los peces* le va perfecto —cogió las páginas y leyó en voz alta el texto—: «Fred Firneis. *El amor entre los peces*. Nuevo poemario. En un verdadero *tour de force* lírico, Fred Firneis supera todos los obstáculos que el veredicto de Adorno parecía haber hecho insalvables. La personalidad más polivalente de la lírica en lengua alemana, heredera de Kleist y de Eichendorff, despliega en este poemario el abanico de sus capacidades, pasando de poemas del asfalto y la gran ciudad a haikus tradicionales extremadamente sintéticos y a parábolas rimadas de resonancias pastoriles: un pulso entre la tristeza y la esperanza, entre el *Weltschmerz* y la iluminación, del que no es nada fácil decir si resulta romántico o posmoderno».

—Un poco larga, la frasecita. Pero en general está bien. Me sorprende un poco que mencione los haikus y las rimas.

—Bueno, un par de haikus no hacen daño a nadie. Además, así salían más páginas y podíamos subir un poco el precio. Y al final me pareció que las rimas tenían su encanto. Al fin y al cabo, una crítica despiadada en el semanario *Spiegel* tampoco viene mal.

—Claro, como no va contra usted...

—¡Yo no lo obligué a rimar! Pero insisto, tampoco sería tan malo. Aparte de eso, ¿nada que objetar?

—Eso de «posmoderno», no me gusta nada la palabra. La posmodernidad es una porquería, está anclada en los ochenta. «Una ironía que se podría calificar de romántica e *inmortal*». Eso habría sido más apropiado.

—Aún no le he leído la frase final —ella sabía que a los artistas se los puede elogiar hasta el infinito, que para ellos no existe la barrera del ridículo—: «En la estela de todos los grandes del género, desde Ovidio hasta Shakespeare, desde Matthias Claudius y Bob Dylan hasta Falco, Fred Firneis es la absoluta estrella del pop de la lírica contemporánea».

El autor arrugó la nariz:

—Dylan está muy mayor, ¿no podrían haber citado a Brecht? Y Falco está muy muerto, ¿qué tal Madonna? —Susanne sonrió. Fred notó que se sonrojaba, pero aún echó más leña al fuego—: En fin, sé muy bien que la frase no está en el catálogo, pero debería plantearse incluirla en los próximos que imprima.

Se levantó, quería irse. Correspondía a la editora sacar el tema de Mara, a él le parecía patético volver a preguntar por ella. Entonces Susanne lo agarró de las manos y le dio dos besos.

—Nunca la había visto tan efusiva —le dijo, sorprendido.

—Hoy ha salvado mi editorial. Gracias.

—Si me hubiera dicho que era tan importante, le habría escrito algo antes. ¿Por qué no dijo nada?

—Firneis, aparte de a sí mismo, ¿alguna vez presta atención a algo?

—¿No se supone que soy un fantástico observador?

—¡De sí mismo!

—También usted piensa solo en sí misma.

—Puede ser que cuide mis intereses pero, aun así, presto atención a los demás.

—¿Es que ahora quiere echarme un sermón?

—Solo quiero pedirle una cosa: préstele atención a Mara. Es una mujer estupenda.

—¿Mara? ¡¿Dónde está Mara?!

—Fred, vaya a ver a la diosa.

—¿Qué diosa?

—¿Cuál va a ser? ¡La Goldelse^[8]!

—¿La de la Columna de la Victoria?

—Allí encontrará a Mara.

—¿Y no le parece un poco fálico como punto de encuentro?

—¡Señor Firneis, por favor! Por una vez en su vida, ¡deje de complicarse!

—Lo intentaré.

—¡Le deseo lo mejor!

August contemplaba la Puerta de Brandenburgo como uno más de los cientos de turistas:

—¿Así que esta es la famosa Puerta de Brandenburgo?

—Sí —respondió Lisi.

—En realidad, solo destaca por lo feos que son los edificios de al lado... Esa avenida de ahí sí que está bien. Una recta perfecta.

—Me han contado que después de la guerra los aviones aterrizaban en ella. Es la Avenida del Diecisiete de Junio.

—¿Y qué pasó el 17 de junio?

—Ni idea... La *Love Parade*, o alguna cosa de Alemania del Este —en ese momento le sonó el móvil—: Sí, de acuerdo. Pues estamos casi de camino —colgó y, mirándolo a los ojos, resopló—: ¡Ufff!

—¿Te late fuerte el corazón?

—Sí.

—Ah, entonces todo va bien.

—¿Cómo que todo va bien?

—Si no te latiera, significaría que estás muerta —bromeó August, que se divertía a costa de los nervios de su amiga.

—Tenemos que recorrerla hasta el final —informó ella, señalando la bonita avenida.

—¿Toda entera?

—¡Vamos!

—Un momento.

August se quitó las pesadas botas de montaña y los calcetines de lana y se acercó a un turista japonés que contemplaba la Puerta de Brandenburgo con la boca abierta. Parecía que se hubiera separado del grupo y se hubiera quedado allí pasmado.

—*Please* —le dijo el joven, e hizo un cuenco con las manos. El japonés se puso a buscar unas monedas pero él le señaló la enorme botella de agua que tenía en la mano —: Agua. *Water, please*.

Aisha lo entendió enseguida y se acercó, preparándose para beber. Entonces el hombre lo comprendió a su vez y, sonriendo amablemente, le echó agua en las manos a August. La perra bebió a grandes lametones. En ese momento apareció el resto de turistas japoneses, a quienes la escena arrancó gritos de entusiasmo. Unos días después se enseñaba por Tokio, Osaka y Yokohama la siguiente foto: un turista japonés vierte agua en las manos de un hombre arrodillado ante la Puerta de Brandenburgo, y un perro negro bebe de ellas. El hombre no solo va descalzo sino que lleva el tradicional pantalón corto de cuero.

Aisha estaba sedienta, y a August le divertía mucho posar para aquellos japoneses entusiasmados.

—¡August, por favor! —le rogaba Lisi—. Tenemos que irnos.

—Un momentito.

Diez fotos después, porque todos los del grupo querían la suya, se incorporó, se llevó cortésmente las manos al corazón, hizo una pequeña reverencia, recogió las botas y estuvo listo.

—Ahí es adonde tenemos que ir. A la columna —lo informó su amiga.

—¿Tienes miedo?

—Pues... Estoy un poco nerviosa. Bueno, sí: tengo miedo.

—Muchas veces el miedo no viene de que nos sintamos pequeños e insignificantes. Nuestro mayor miedo viene de la certeza de que somos capaces de hacer cualquier cosa.

—No lo entiendo...

—Yo tampoco, pero así es como es. Y ahora me vendría bien ir al baño.

—La verdad es que a mí también.

—Pues ahí, detrás de esos árboles.

Cuando se reencontraron, August estaba fascinado:

—¡Hay más bosque en Berlín que en toda Austria!

—Exageras.

—En cualquier caso, hay muchos más jabalíes. Estaba el suelo llenito de...

—¿Podemos irnos de una vez o piensas quedarte a investigar esos «rastros»?

—Si te alivia, por mí puedes refunfuñar todo lo que quieras.

Pero ella no sentía ningún alivio. Ya solo quedaban unos cientos de metros hasta la Columna de la Victoria y se distinguían perfectamente las columnitas de la base y a la diosa dorada, flotando sobre el enorme pilar de piedra.

—Él sigue pensando que soy Mara, una científica eslovaca. Susanne no le ha dicho nada...

—O a lo mejor sí.

—No, no. Me lo acaba de decir cuando ha llamado.

August se paró en seco:

—Escúchame, Lisi. Sé que le gustas. Entérate de una vez: a Fred le encantan tus ojos, tu pelo, tus pechos, tu culo, tu olor... ¡Quiere acostarse contigo!

—¡Qué romántico!

—¡Solo quiero que te relajés!

—¡Y yo solo quiero que él me quiera!

—Bueno, el sexo es un buen comienzo...

—Tú lo ves todo siempre tan fácil.

—Es que no puede ser más fácil. El sexo mueve la naturaleza entera.

—¿Quieres parar de una vez?

—Lo que quiero es que entiendas que te llames Mara, Lisi, Greti o Yvonne, que investigues peces o seas pescadera, que seas estrella de cine o hagas bocadillos, todo eso a él le da igual. Le gustas. Y punto.

—Yo no hago bocadillos. Trabajo en una empresa de *catering*.

—Solo te doy un consejo, en la próxima media hora intenta no ser tan complicada. Es fácil: sin complicaciones.

—¿Podrías dejarme sola?

—Claro. Aisha, ven.

Y se dio la vuelta, dispuesto a marcharse. No estaba molesto, en realidad tampoco sentía una grandísima necesidad de presenciar el reencuentro.

—August, perdona —ella lo había seguido—. Lo siento. Por favor, acompáñame. Yo sola a lo mejor no lo reconozco...

—Como quieras. Solo me gustaría dejar constancia de que, por basto que pueda llegar a ser, hace mucho que no soy tan maleducado como tú ahora.

Ella le dio un beso de disculpa en la mejilla. En lugar de llegar a la columna por el subterráneo peatonal que atraviesa la glorieta, lo hicieron corriendo por entre los coches. Después subieron a toda prisa las escaleras de la base. Lisi tenía el corazón a mil pero no se sentía mal. Después de años de autoobservación sabía que en situaciones emocionantes se sentía un poco mal, pero que nunca pasaba nada malo. Esta vez estaba perfectamente cómoda en su pánico.

—Es enorme —observó el joven—. Aunque no especialmente bonita...

—Berlín no es bonita sino *sexy* —contestó ella, citando un lema del alcalde.

Ya le habían dado dos vueltas corriendo a la base de la columna y Aisha, a pesar de estar agotada, parecía encantada con el juego.

—No está aquí... —murmuró decepcionada, y notó que el ánimo le empezaba a flaquear.

—¿Se puede subir?

—Claro.

—Pues vamos.

Ella pagó las entradas y doscientos ochenta y cinco escalones después alcanzaron el mirador.

—¡Aleluya! ¡Victoria! —Y August saludó a la diosa como a una amiga de toda la vida.

—En Berlín todo el mundo la llama Goldelse —apenas le salía un hilillo de voz mientras miraba nerviosa a su alrededor, porque no quería aparecer sin aliento ante Fred. Aunque era inútil preocuparse: no estaba allí. Solo había un grupito de personas que se había atrevido a emprender la dura ascensión.

—¡Menudas vistas! —exclamó el guardabosques—. Es bonito hasta decir basta.

Entonces se irguió por completo y dejó escapar un grito de júbilo que poco a poco se fue convirtiendo en un canto tirolés, fuerte y lento a la vez, casi elegíaco y lleno de la más profunda alegría:

—Hul-yo-i-diri-di-ri, hol-la-rai-ho-i-ri.

Lisi notó un escalofrío que le recorría la espalda, tan exótico y bonito le parecía aquel canto. Y entonces... Una segunda voz se unió a la de August desde el otro lado del mirador:

—Hul-yo-i-diri-di-ri, hol-la-rai-ho-i-ri.

El joven entró en el juego y respondió a la pregunta musical, primero conteniéndose pero luego estallando en la alegría más total. A Lisi le vibraba la columna vertebral justo a la altura del corazón, allí donde a la diosa le salían las alas, y la Columna de la Victoria vibró con ella.

Cuando el canto terminó, Fred y August se fundieron en un gran abrazo.

—Así que no estabas comprado... —Y la frase del escritor sonó más como una constatación que como una pregunta.

—No digas tonterías —replicó con cariño, y volvieron a abrazarse. Ambos tenían lágrimas en los ojos.

«Bueno, pues estupendo, se han reencontrado —pensaba ella, que también tenía los ojos empañados por el miedo, por la emoción, por la rabia, en realidad no sabía muy bien por qué. Luego se dijo—: A ver, son dos hombres que se quieren y ningún sitio es mejor para un reencuentro que la Columna de la Victoria. Así que, Lisi, por una vez, ¡deja de complicarte la vida!».

En ese momento la vio Fred, que se soltó del abrazo de August y fue a su encuentro. La cogió de las manos y entonces ella tomó la iniciativa y le dio un suave

beso en los labios. La sensación era maravillosa. Él respondió a su beso y la rodeó con los brazos. Y ella pensó: «Ahora tengo que confesarle toda la historia de Mara. Ahora mismo, no después. O bueno, a lo mejor dentro de un momentito...».

28 de julio

El sol avanzaba por el cielo, lento pero seguro.

Dos manos se encontraron entre las sábanas revueltas; una de ellas dio un breve apretoncito dubitativo.

La otra contestó con un apretón afirmativo.

—Me siento cansada pero mucho más joven —dijo la mujer, y se rio como una adolescente.

—Una noche muy divertida —respondió el hombre.

Susanne se levantó y preparó café.

—¡Me apuesto lo que quieras a que siguen sentaditos charlando en algún sitio! —le gritó August desde el dormitorio.

—No sabía que eras tan mala persona...

—Es que no sabes nada de mí.

—Eso es cierto...

El guardabosques se levantó y se estiró mientras la editora lo observaba con discreción con el rabillo del ojo. Era descaradamente joven aunque, como se repitió Susanne, era mayor de edad, *absolutamente* mayor de edad. Los restos de alcohol apoyaban este pensamiento, así como los efectos de las «hierbas aromáticas alpinas». Había sido su primer canuto en quince años por lo menos...

—En realidad —dijo August, y se bebió un vaso de agua entero antes de continuar la frase—, no siento mucha simpatía por los poetas. La mayoría de los poemas se deben a la falta de sexo.

—Como la mayoría de los delitos —apuntó ella.

Él le dio la razón con un gruñido. Se sentía un poco gruñón. ¡Todo ese rollo de la búsqueda desesperada del amor! Ya lo había comentado con Aisha mientras bajaban de la Columna de la Victoria sin que ni Lisi ni Alfred se dieran cuenta. Fue con ella a un parque a dormir un rato en la hierba y luego, como no conocía a nadie más en Berlín, había ido a ver a Susanne. La pilló saliendo de la editorial de tan buen humor que primero lo invitó a cenar, después lo invitó a su casa y finalmente lo invitó a su cama.

—No le veo mucho futuro a lo de Fred y Lisi —pronosticó el joven, en tono agorero. Y, guiñando un ojo, añadió—: Pero tú y yo...

—August, podría ser tu madre.

—¡Qué va! Eres muchísimo más divertida que mi madre.

Él fue al baño y luego se sentaron en la cocina a tomarse el café.

—Voy a sacar de paseo a Aisha y luego me llevas a Grünbach, ¿vale?

Susanne se rio:

—¡Pero qué dices! Tengo cosas que hacer, no puedo llevarte a Grünbach. ¡Estoy salvando la editorial!

—Claro que puedes llevarme. Solo tienes que mandar el libro a la imprenta y ya estamos listos para el viaje.

—No tengo coche, August.

—Ese no es mi problema.

—Vuelve en tren.

—¡En tren tardaré tres días!

—Pues pídeselo a Lisi.

—Sospecho que Lisi tiene cosas mejores que hacer ahora mismo. ¡Y fuiste tú quien nos metió a todos en este lío!

—Te pagaré un billete de avión.

—¿Piensas que voy a meter a Aisha en una jaula y a dejarla en la bodega con los equipajes?

—Espera, se me ha ocurrido algo. Llamaré a Bassam.

—¿Quién es Bassam?

—Uno de nuestros autores. También es taxista.

—Espero que conduzca mejor que escribe.

—¡Es un escritor fantástico! Si no, no estaría en mi editorial.

—¿Y entonces por qué es taxista?

—Pues porque está en mi editorial.

—Para cuyo papel talamos nuestros preciosos bosques...

—Te hará un buen precio.

—Te hará *a ti* un buen precio.

Cuando August volvió del paseo se la encontró ya duchada y vestida:

—Bassam vendrá en media hora.

—Espero que tu Bassam sea un tipo divertido —refunfuñó.

—Estoy segura de que os lo vais a pasar muy bien.

Se sentaron en la terraza, entre los laureles y el romero, y contemplaron las copas de los árboles. Compartieron otra enorme botella de agua y ambos confesaron que se morían por saber qué había pasado entre Lisi y Fred.

—Voy a llamarlo —dijo Susanne—. De todos modos quería decirle que sus poemas son muy buenos. Buenos es poco, la verdad es que son sensacionales.

Activó el manos libres del móvil, marcó y sujetó el teléfono entre August y ella.

—Contestador de Alfred Firneis. Por favor, no deje un mensaje. No pienso llamarle.

—Cómo no... —suspiró la editora—. Al final nos tocará imaginarnos la historia.

—Ya sabes lo que siempre digo —contestó August con una gran sonrisa—: Las cosas son como son.



RENÉ FREUND (Viena, Austria, 14 de febrero de 1967). Hijo del director de televisión y gestor cultural Gerhard Freund, estudió teatro, filosofía y etnografía en la Universidad de Viena y trabajó como dramaturgo en el Teatro Josefstadt de la capital austriaca. Es autor de novelas, guiones para televisión y obras de teatro (por las que ha ganado varios premios), y también traductor del inglés y del francés. Entre sus obras destacan el libro de sátiras *Stadt, Land und danke für das Boot (Ciudad, región y gracias por el barco)* y la novela *Wechselwirkungen (Interacciones)*. En 2011 fue elegido miembro de la Asamblea de Autores de Graz. Vive en Grünau im Almtal, un pequeño pueblo en los Alpes austriacos.

Notas

[1] Distrito de Berlín conocido por su cultura alternativa, ahora muy de moda y en proceso de aburguesamiento. (*Todas las notas son de la traductora*). <<

[2] Principal distrito de Berlín, en el centro de la ciudad. En él se encuentran los lugares turísticos más representativos. <<

[3] Distrito colindante con Mitte, que alberga una parte importante de la escena alternativa de la ciudad. Está perdiendo su carácter bohemio debido al aburguesamiento y la subida del precio de la vivienda. <<

[4] Distrito del sur de Berlín con una alta tasa de inmigrantes y considerado conflictivo. <<

[5] Humorista y presentador alemán que hizo el Camino de Santiago y plasmó sus experiencias en un libro que se convirtió en un *best seller* en su país. <<

[6] Vestido femenino bávaro y austriaco. <<

[7] Cita de la obra *Paracelso* (1898), del narrador y dramaturgo austriaco Arthur Schnitzler (1862-1931). <<

[8] Nombre que los berlineses dan coloquialmente a la estatua dorada de la diosa Niké que corona la Columna de la Victoria. <<

René Freund

El amor entre los peces

Traducción
Claudia Toda Castán

ALFAGUARA

Lectulandia

